CREÁMONOS LIBRES

Hacia una vida libre, digna, fértil y justa

“Atracaremos los bancos.
Para rescatar a las personas
y dejar el dinero.”

Creámonos creémonos libres by Alejandro Salvatore Benito is licensed under a Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional License

Índice

Preámbulo: Nuevas herramientas para nuevas sociedades 4

1ª parte: Contra qué luchar

La Pequeña Historia 7
Deshagámonos de su mesa 10
La ignorancia del dinero 14
La violencia del dinero 15
Consumo, trabajo y deuda 17

2ª parte: Hacia dónde dirigirnos

Volvamos sobre nuestros pasos, pero con distintos zapatos 27
Medios de creación propios, flexibles, multiproductivos e intraconectados 30
Bolsas de Necesidades y Capacidades. Bolsas de Recursos 38
"Nosotrariado" 43
Cercanía a la naturaleza: sostenibilidad 48
Desarrollo tecnológico y trabajo 52
Ni país ni Estado, personas 55
Las pequeñas naciones 59
Más con menos: uso común y uso compartido 64
Convivencia y autoridad 66
Éxodo "rurbano" 69
Micro política 73
Afecto y conocimiento 77
Por la cercanía 78
Los derechos que nunca conquistamos (y de cómo alcanzarlos realmente) 81
Desde el dinero y hacia el fin del mismo 88
El cambio: una respuesta inevitable ante la precariedad del dinero 91
La vida de Liberta 92

Apéndice: Resumen de conceptos llave 100

Preámbulo: Nuevas herramientas para nuevas sociedades

Le pido que no me malinterprete lector, esto no es simplemente un ataque al dinero, ni a aquellos que lo ostentan y que con su opulencia son fuente de tanto sufrimiento. El dinero (y antes de este el trueque) ha sido utilizado durante siglos por diversas y numerosas civilizaciones para articular sus sociedades. En ningún momento me propongo negar aquí sus virtudes como herramienta para comparar el valor de objetos o servicios distintos y como herramienta de intercambio, sumado a su capacidad para conservar su valor a lo largo del tiempo. La historia se ha empeñado una y otra vez en demostrar su utilidad.

Sin embargo, que después de haber sido utilizado durante tanto tiempo, siga aún hoy en día usándose, es para mí motivo de reflexión. La tecnología avanza, y los coches que utilizamos hoy no tienen nada que ver con los que existían hace 50 años, de la misma manera la medicina progresa, y las enfermedades que antes eran mortales hoy son fácilmente curables. Nuestro mundo ha cambiado, cambia y todo parece indicar que seguirá cambiando en todos los ámbitos. ¿En todos? No, parece que no en todos. A la hora de gestionar los recursos humanos y naturales, la herramienta del dinero ha sido una constante en el progreso de las sociedades. No obstante, ante esta encrucijada en que las soluciones se han quedado obsoletas y los retos se empeñan en crecer en número y complejidad, la pregunta es fundamental: ¿ha llegado el momento de cambiar la forma en la que realizamos nuestros intercambios?, ¿es el tiempo de renunciar al dinero? Desde mi punto de vista, sí, y este pequeño ensayo es un esfuerzo por explicar porqué sí, y por definir una alternativa al mismo.

Si nos planteamos cómo queremos construir una sociedad alternativa, nos vemos impelidos a repensar sobre las herramientas de las que disponemos, y decidir cuáles queremos asumir y cuáles rechazar para articular esta. No tiene sentido demonizar el dinero, pero sí debemos ser conscientes de que **gran parte de lo que ha sido creado para el bienestar de las personas en el seno de las sociedades del dinero, se ha conseguido a pesar de este** y no gracias a este, como se puede pensar. En otras palabras, el dinero favorece las actividades que son rentables, no aquellas que, aunque suponen un bienestar para la mayoría, no se pueden rentabilizar económicamente. Si en cambio la actividad puede ser rentabilizada, pasará de beneficiar a la mayoría a ser instrumentalizada para servir al interés económico de unos pocos, corrompiendo su intención inicial. Por ello, los proyectos nacidos para el bienestar común se ven obligados, en la sociedad del dinero, a desarrollarse contracorriente, desafiando la lógica económica imperante, o a pasar a formar parte de ella. A lo largo del ensayo se reflexionará sobre las distintas consecuencias que esto tiene.

El dinero es solamente un medio, eso es innegable, pero es un medio que ha supuesto y supone muchas cosas. Ha facilitado y acelerado la mercantilización de prácticamente todo lo imaginable, y por tanto ha alimentado el crecimiento de un tipo de economía, un tipo de arte, un tipo de educación, un tipo de industria, un tipo de ciencia y en definitiva, un tipo de sociedad, en detrimento de otras ciencias, artes, educaciones e industrias posibles, que en la sociedad del dinero no se pueden dar o se dan con mucha dificultad. Aunque la tengamos tan

asumida, la sociedad del dinero, que es consecuencia de la herramienta de intercambio que articula la misma, no es de ninguna manera la única posible.

A lo largo de la historia y actualmente, el dinero se ha utilizado acertada o desacertadamente, para el lucro personal o atendiendo al bienestar común (superando en estos casos las dificultades que el mismo dinero plantea, como ya se ha mencionado). Pero al igual que un cuchillo de cocina puede ser usado para pelar patatas o para cortar un dedo a tu vecino, también es cierto que por mucho que queramos, nunca lo podremos utilizar para tomar sopa. O lo que es lo mismo, todos los instrumentos pueden ser utilizados para bien o para mal, pero tienen ciertas características intrínsecas que no podemos obviar, y que determinan la forma en la que satisfacemos nuestras necesidades.

He considerado necesario escribir este preámbulo para aclarar la naturaleza de las implicaciones, de las que hablo a lo largo de las siguientes páginas, que tienen y han tenido la existencia y uso del dinero en nuestra sociedad y en las sociedades precedentes. Como con un cuchillo, con el dinero hay riesgos que inevitablemente asumimos. A lo largo del ensayo se hablará de ellos, dándose ahora de manera ilustrativa unos cuantos ejemplos: permite la especulación, ya que no se crea sobre una riqueza real, y su valor puede ser manipulado; permite su acumulación, ya que no es perecedero, favoreciendo la acumulación de poder y la existencia de clases (entre las que media frecuentemente un abismo); permite la creación de riqueza ficticia, no fundamentada en una mayor producción industrial, científica u otra, conllevando, sin embargo, deuda real; permite que mayor esfuerzo y más horas trabajadas no se correspondan con un mayor bienestar; obliga a la existencia de un organismo regulador que emita moneda y le de su valor, controlando los usos fraudulentos, lo que a la postre significa poner la riqueza de los países en unas pocas manos… Estas, y otras características intrínsecas del dinero, hacen que una sociedad basada en el mismo esté determinada a enfrentarse siempre a los mismos problemas, y a caer siempre en la misma incapacidad para resolverlos. Los problemas causados por el dinero no pueden solucionarse con el mismo, en todo caso pueden postergarse.

La gran incongruencia de nuestro mundo es que trata de resolver con dinero las desigualdades, conflictos, injusticias que el mismo dinero favorece. O lo que es lo mismo, volviendo a la metáfora del cuchillo, nos empecinamos en curar el corte del cuchillo con el cuchillo que se hizo. En este sentido, existen numerosas alternativas que proponen, para curar las heridas, alcohol y tiritas. Esto sin duda hace más llevaderos los problemas durante un tiempo, pero ni lo resuelven ni tampoco impiden que en un futuro vuelvan a surgir, no evitan que nos volvamos a cortar con el mismo cuchillo. Por ello, desde mi punto de vista, la nueva sociedad pasa, necesariamente, por encontrar una alternativa al dinero. Porque de este, y siguiendo con el paralelismo del cuchillo, sólo podemos esperar los mismos cortes, las mismas heridas; todas las medidas tomadas dentro de la sociedad dinero nos permitirán, a los sumo, desangrarnos más lentamente, pero no evitarán que a la postre muramos igualmente.

La reflexión que hago en las líneas siguientes parten del razonamiento de que cualquier intento de crear una nueva sociedad con el dinero como herramienta, se topará siempre con los mismos problemas, estando abocados a convivir, más tarde o más temprano, con los mismos monstruos que creímos desaparecidos pero a los que el dinero siempre llama. Por ello el cambio debe ser mucho más profundo. Tenemos que aprender a utilizar otras herramientas, a articular nuestros intercambios de otras formas. Por ello, a pesar de que renunciar al dinero provocará el surgimiento de nuevos y desconocidos retos, también nos permitirá responder a nuestras necesidades de una forma totalmente distinta.

Hoy el dinero favorece injusticias, conflictos, desigualdades... fenómenos que se encuentran en potencia en el mismo, demostrándonos que es el medio equivocado para construir una sociedad sana, libre y justa. Los riesgos que asumimos empleando el dinero son profundos, afectan a la gran mayoría y, lo que es más importante, son omnipresentes, de una u otra manera siempre acaban manifestándose, haciendo que las sociedades libres, justas y sanas que asumen el dinero, puedan serlo sólo por un período, hasta que las consecuencias inevitables de su uso las pongan en peligro y eventualmente las hagan desaparecer.

Para crear una nueva sociedad las nuevas ideas son fundamentales, pero también se necesitan de los mecanismos, conceptos y herramientas adecuados, que en vez de alejarnos del mundo que queremos nos acerquen a él. Que su uso sea acertado o no dependerá, como no puede ser de otra manera, de las personas, exactamente que como con el dinero. No obstante esto no nos impide que elijamos aquellos que de manera intrínseca presenten el menor perjuicio frente al mayor bienestar posible.

Nunca antes nuestra sociedad ha disfrutado de tanto saber acumulado, de tanta conciencia sobre el comportamiento del planeta que habita, nunca antes ha disfrutado de tanta tecnología. Tecnología que se desarrolla a un ritmo que a muchos nos cuesta seguir, que nos ha permitido delegar en las máquinas los trabajos más desagradecidos y nos ha interconectado más que nunca. Este desarrollo sin precedentes de la ciencia y la tecnología han cambiado nuestro mundo y al mismo tiempo ha abierto la puerta a nuevos escenarios que antes eran inimaginables. En este contexto se plantean las siguientes cuestiones: ¿es el dinero, tanto el físico como el virtual, con sus virtudes y sus defectos, un herramienta llamada a acompañarnos para el resto de nuestra historia? ¿O sin embargo los progresos en el ámbito de la ciencia y la tecnología abren nuevas posibilidades? ¿Habrían recurrido también al dinero las sociedades precedentes si hubieran tenido a su disposición el conocimiento del que hoy disfrutamos? La propuesta que se recoge en este libro, parte de un esfuerzo por construir una alternativa al dinero desde las nuevas posibilidades que la ciencia y la tecnología nos brindan. Tengo la certeza, al igual que otros muchos, de que cualquier nueva sociedad será fructífera si sabe adaptarse y obtener el mayor bienestar posible de los avances científico-tecnológicos. Este aprovechamiento del conocimiento acumulado puede, no obstante, llegar a ser perjudicial si se hace sin criterios de sostenibilidad y con el pensamiento totalmente erróneo de que viene a sustituir

a la sabiduría popular. La sociedad sana, justa y libre será la que sepa conjugar, para su propio bienestar, el profundo conocimiento tradicional del entorno natural, transmitido durante generaciones, con los conceptos y herramientas fruto del desarrollo científico-tecnológico.

Por último una aclaración de tipo terminológico. He considerado más acertado utilizar el término "sociedad del dinero" antes que el de "capitalismo" o "neoliberalismo", porque aunque hoy, contra lo que debamos luchar sea el sistema económico del capitalismo, cualquier otro sistema basado en el dinero, o en cualquier otro medio de intercambio, como el trueque o los bancos de tiempo, que surgiera a raíz de este, estaría igualmente abocado a enfrentarse a las mismas crisis humanas y medioambientales. He considerado que "sociedad del dinero" es un término que se acerca más a aquello contra lo que pienso debemos luchar.

- 1ª parte -

La Pequeña Historia

Se sabe que la Gran Historia, la de los personajes históricos que aparecen grandilocuentes en los libros, (esa colección de reyes, reinas, generales, hombres de estado, magnates, presidentes, legisladores, aristócratas, emperadores, dictadores) ha estado siempre escrita con el dinero como protagonista. En cualquier clase de Historia saben que un cambio artístico, social, político, cultural... viene siempre precedido por un cambio económico, saben que **el motor de la Historia de la Humanidad ha sido siempre el factor económico**, estando el resto supeditados a este. Y esto lo asumimos hoy sin la menor reflexión.

Las páginas que siguen pretenden ser eso, una humilde y al mismo tiempo ambiciosa reflexión. Páginas en las que tengo, como mi deseo prioritario, que sirvan de inspiración a otros para la creación de su propio aparato crítico. Parece obvio a estas alturas, decir que cada uno de nosotros, sin excepción, es parte del problema y al mismo tiempo parte de la solución. No veremos una nueva sociedad, justa, sana, digna, libre y feliz, hasta que no unamos todos nuestras cabezas, como piezas de un mosaico, un gran mosaico sin agujeros, sin bordes limados para que las piezas encajen, sin piezas sustituidas ni desechadas… sí, un gran mosaico.

Lo que se propone en estas páginas es dar paso a la Pequeña Historia, la historia de aquellos a los que nunca se les escribiría una biografía, la de los héroes y heroínas que salvan el día a día, con su rutina, sus principios, su afecto, sus tradiciones, su esfuerzo, sus creencias, sus ambiciones, sus sacrificios, sus hijos y sus padres. Estas son las piedras sobre las que ha transcurrido hasta ahora el río de la Gran Historia, las piedras que a pesar de ser invisibles, han horadado el cauce del río, debiéndoles este mucho más de lo que nunca podrá devolver. Ahora estos cantos (que dejan de ser cantos rodados para ser cantos por la libertad), estas piedras más pequeñas, menos bonitas y más lentas que el río, deben florecer, emerger a las superficie y ser conscientes de lo que son: su

peso, su fuerza, es increíble si permanecen juntas; su erosión, es el desgaste orgulloso del choque de hombro contra hombro; y sus colores, sus colores diversos les dicen que son sedimento orgulloso de muchos pasados. Estas serán las piedras de un nuevo río para el curso de la Historia, un río que ya no corre, impaciente, por llegar a la desembocadura, sino un río de pequeñas historias, pequeñas piedras, que no se apresuran hacia un mar inventado con infinitas posibilidades, sino que son su propio camino, camino y destino.

Su dinero

"Nuestra pobreza, a todas luces,
es su mayor negocio."

Perdamos el miedo a depender de nosotros mismos y de los demás, de nuestra familia, nuestros amigos, nuestra comunidad. Se han preocupado durante generaciones de meternos en la cabeza que no podemos ser autosuficientes, que necesitamos su dinero, porque es lo único que nos da la capacidad para conseguir cualquier cosa que queramos, que necesitemos. Pero eso, lamentablemente, sabemos que no es así. Sabemos que incluso trabajando, nuestro salario no es suficiente para asegurarnos un techo, para recibir un tratamiento médico, para poder dar a nuestros hijos lo que necesitan.

Son nuestras manos, y no su dinero, lo que nos dará lo que necesitemos.

Y digo "su dinero" porque son ellos los que lo imprimen para invertir en sus guerras, tan cuantiosas en muertes como en dividendos, son ellos los que de la hambruna hacen su negocio infame, inflando el precio del cereal, son ellos los que con su dinero crean más medicamentos para nuestra enfermedad y menos remedios para nuestra salud.

Digo "su dinero" porque cada día cubrimos con nuestra infelicidad sus puestos en sus empresas, tratando de pisar los talones a una vida digna, arrastrándonos de la cama a un trabajo que detestamos. Un trabajo que no responde a nuestras inquietudes y que, aunque en algún momento nos pudiera enriquecer, nos consume sólo el hecho de pensar de que si queremos comer, tendrá que ser una obligación que se alargue toda nuestra vida.

Digo su dinero porque la deuda (antes incentivada y ahora inevitable, con sueldos que matan de risa y de hambre) caerá siempre sobre nuestros hombros. Es una deuda buscada, necesaria, para crear dinero sin crear riqueza. Una deuda que antes era de unos años, ahora nos esclaviza una vida entera, y en el futuro la heredarán nuestros hijos y nietos. Esto, que nunca te perdonaría el banco, es sólo una pequeña parte de lo que se prestan, regalan y condonan, cómo si ellos mismos lo fabricasen. Ah, que es lo que hacen.

Digo "su dinero" y sabéis que no invento nada. Cada vez sus manos amasan más y nosotros vivimos con menos.

¿Pero quiénes son ellos? Ellos son un puñado de familias sin naciones, leyes o moral, pero de cuyo puño y letra emanan las mismas. Se encuentran tras entidades financieras y multinacionales grotescamente grandes, que trocean, comen y regurgitan el mundo a su antojo, en la bandeja que les ha servido su mayordomo capitalismo. Pero el "ellos" no se queda aquí... Alrededor y dentro de la bandeja, como moscas a la mierda, está nuestra casta de políticos, nuestra piara política, energúmenos que metódicamente dan a sus amos la patita, para recibir, como ya sabréis, de estos su galletita. Parecido a una nube de electrones, el siguiente moscoso nivel es el de los medios de comunicación, los de la farsa hecha profesión. Estos reciben su trozo de galleta de los políticos cuando ladran, gruñen o muerden obedientemente lo que les mandan. Por último, para las moscas menos espabiladas, ya no queda apenas galleta, aunque si la mayor parte de la mierda. Tragan con la prensa, los recortes, la pobreza, la televisión, el paro, la corrupción y lo que les echen. Tragan con toda la mierda porque a veces, con un mucho de suerte, encuentran migajas de dulcísima galleta. Unos el origen y otros consecuencia, todos estos son ellos. No todos los que somos, ni todos por igual, pero sí todos la raíz de nuestra innecesaria e insultante decadencia.

El instrumento de instrumentos, el que les ha permitido concentrar, a lo largo de siglos pero de manera acelerada durante los últimos 100 años, poder como nunca antes se había hecho, es el dinero. Ya que no caduca, el dinero pide acumularse, es más, cuánto más se acumula más se multiplica. Llama también a la especulación, porque da la posibilidad de dar un valor arbitrario e irreal a las cosas, lo que llamamos precio. Esta palabra se repite a nuestro alrededor como un mantra, y no guarda ninguna relación con la realidad. No responde a la calidad del producto, a las condiciones del trabajador, a la distancia que ha recorrido hasta nosotros y ni mucho menos al impacto que su fabricación tiene en el ambiente. De esta manera nos desfiguran la realidad, nos esconden cuál es el coste real de lo que consumimos, su coste social, humano, medio-ambiental… se resume en unas cuantas cifras artificiales.

Este enmascaramiento de la realidad facilita mucho las cosas a nuestra conciencia, ya que nos permite cerrar los ojos a todas las injusticias que este crea. No obstante nos deja a merced de ser resumidos también en cifras, como contribuyentes, clientes, consumidores, usuarios, cuyos derechos llegan donde llega nuestra cartera. En definitiva, nuestra dignidad, nuestro bienestar, se subordinan al hecho de que tengamos o no trabajo, de que tengamos o no dinero, de que podamos o no pagar los impuestos, de que entremos en el centro comercial y podamos comprar.

Pero no sólo nuestra dignidad se vincula a nuestra capacidad de adquisición, también se nos pone un precio. En lo laboral se nos compra y se nos vende, se nos deja de utilizar o se nos utiliza por encima de nuestra capacidad, haciendo trabajos que nuestro contrato, también conocido como papel del váter, no contempla. Como si fuéramos un coche, se nos exigen los mejores resultados con el mayor ahorro, sin garantía alguna de que, si llegado el caso, saliese al mercado un trabajador último modelo, que hace más por menos, promete no quedarse embarazado y deja las huelgas a los vagos, no tuviésemos que elegir entre vendernos por menos precio o engrosar las listas de los que ya no son útiles. Os

adelanto que en esta búsqueda del más barato no hay límites y nada les impide pagar en comida o ciudadanía.

Por todo esto digamos no, no a este dinero, al fin y al cabo el único posible. Dinero como fin que se acumula por millones produciendo nada. No, no a este dinero, garante de nuestros derechos, derechos que nunca se deberían haber ligado al mismo. No, no a este dinero, que perfora países y pozos petrolíferos, coloca armas en manos infantiles, trafica con el cuerpo explotado de la mujer, esconde curas para seguir lucrándose con enfermedades, mueve droga bajo las narices de los que fingen luchar contra ella. Qué os voy a decir que no sepáis, en el teatrillo de la codicia todo es negociable, todo es mercancía, y la dignidad humana ya lleva su sexta caída en Bolsa en lo que va de párrafo.

Desengañémonos. Las pretendidas virtudes del dinero nunca fueron tales. Este no acerca mercancías lejanas, sino que, en aras de la rentabilidad económica, aleja mercancías que antes eran cercanas. De una manera geográfica, porque lo que antes se producía localmente ha sido sustituido por productos globales, y de una manera económica, porque quien fabrica esos productos globales no puede acceder a ellos, su escuálida capacidad adquisitiva le aleja de los mismos. Otra de las fábulas que existen alrededor del dinero y que debemos derribar es que fomenta las distintas actividades humanas. En primer lugar, cuando lo hace, fuerza a que las actividades que financia estén sujetas a la rentabilidad y que, por tanto, muchos proyectos que humanamente son muy enriquecedores no reciban los recursos suficientes porque no generan dinero. De esta manera tenemos un sesgo profundo y continuo de las actividades a las que las personas se les permite dedicarse y beneficiarse: estas deben ser mercantilizables. Por otro lado, cuando las actividades humanas se articulan con la lógica del dinero, se crean brechas insalvables entre los que tienen una necesidad y los que podrían cubrirla, dándose paradojas como la de que haya médicos que no pueden ejercer y enfermos que no puedan ser tratados, o universidades y colegios sin plazas suficientes y al mismo tiempo profesores que no pueden enseñar... El dinero nunca podrá ser una justa y eficiente herramienta de intercambio. La pregunta es: ¿realmente necesitamos un medio de intercambio?

Deshagámonos de su mesa

"Tenemos mucho que ganar,
mucho miedo que perder."

Les ha costado llegar hasta aquí… Pero lo han conseguido.

Podríamos haber puesto más resistencia, muchas cosas podrían haber sido de manera distinta, pero lo cierto es que han ganado. **La oligarquía**, que desde hace siglos ha manejado guerras, leyes, golpes de estado, cumbres, pactos, reformas, constituciones, rescates, tratados, crisis… lo ha conseguido. **Ha conseguido que todo tenga un precio, todo sea negocio**: nuestra salud, nuestra vivienda y en suma nuestra dignidad, ya responden únicamente a la

lógica económica. De nada importa que haya tierras sin trabajar, que haya alimentos, que se almacenen e incluso se tiren para inflar su precio, si no tienes dinero sólo te queda acudir a la caridad, o al hambre. Tampoco importa que haya casas abandonadas, pisos vacíos, si no tienes dinero sólo te queda acudir a los refugios o al cartón. A esto querían llegar, y lo han conseguido. La abundancia para unos pocos. Al resto que sólo nos quede trabajar para ellos, educar sus asignaturas, vivir bajo sus leyes, curar en sus hospitales, pagar las carreras en sus universidades, sufragar su corrupción, tragar sus noticias, pagar sus impuestos…

¿Y para qué?, ¿para qué toda esta docilidad?, ¿ganamos algo cediendo la soberanía de nuestras vidas? Nada. Porque ninguno de los derechos conquistados fueron tales. Al estar ligados a la rentabilidad económica, en el momento que han estorbado para obtener aún más beneficios se han barrido. Estos no son derechos conquistados, estos son derechos de alquiler, que mientras podemos pagar, tenemos, pero cuando no hay suficiente dinero, los perdemos. (En eso se basan las **democracias económicas en las que vivimos**: no son las personas ni tampoco los Estados los garantes de nuestros derechos, sino el dinero. ¿O acaso, por poner un ejemplo, puede hoy una persona vivir dignamente sin trabajo remunerado, sin dinero? No, **el dinero nos otorga nuestra dignidad**).

Y lo peor está aún por llegar, porque en este camino que recorremos, cogidos del cuello por banqueros y multinacionales, no hay punto y final. Siempre se puede trabajar más horas, vivir con menos salario, tener menos pensión, peor tratamiento sanitario, recibir peor educación, jubilarse más tarde o no jubilarse nunca, y morir antes. Saben que aún nos queda mucha dignidad por perder, que aún disfrutamos de demasiado bienestar. Por ello esto no ha hecho más que empezar, aún quedan derechos con los que hacer negocio. Sí, han vencido hoy, o quizá hace ya tiempo, qué importa, pero lo que sí es seguro es que lo lamentaremos durante muchos mañanas. No, no penséis que nos tienen miedo, el juego lo han creado ellos (ellos, la minoría de un poder silencioso, banca y grandes empresas, con su muñequito el político), ellos deciden las reglas, ellos colocan las piezas y el tablero, y saben que no tenemos manera alguna de ganar su juego.

Por eso, porque no hay manera de ganarles a su juego, sólo nos queda deshacernos de su mesa. Sí, la mesa sobre la que está su tablero, en el que mueven sus piezas, sobre las que mandan sus reglas, con las que hacen su juego. Y esa mesa es el dinero, sobre el que sustentan todo. Su dinero, impreso, repartido y controlado por ellos, pero que no tenemos que olvidar que somos nosotros quienes le damos su valor real, con nuestro trabajo, nuestra deuda y nuestro consumo. Sin dinero nos podremos dedicar a lo que queramos, lo que nos apasione, y así nos daremos cuenta de cuantas cosas hacíamos solo por interés económico, entre ellas el trabajo, y de cuantas cosas no podíamos hacer solamente por falta de dinero.

Deshagámonos del dinero. Pero no sólo contra ellos, contra los que lo controlan, los que lo utilizan sólo en su beneficio y pisando el bienestar de

la mayoría, los que prefieren la injusticia y pobreza de unos antes que sus cuentas con menos ceros… No, no sólo contra ellos, si no, y sobre todo, por nosotros.

Nunca más este dinero, que responde sólo a intereses de la oligarquía, nunca al interés común. Nunca más este dinero, que está por encima de cualquier ley y Estado, que nos da nuestra dignidad, vistiéndonos y alimentándonos, y del que dependen nuestros derechos y bienestar. Sí, sin el dinero no somos nada. Cobro, luego existo. Esa es la verdadera tragedia, y contra lo que debemos luchar. Hace tiempo que gracias al dinero dejamos de ser personas, hace tiempo que somos solo empleados, votantes, contribuyentes, clientes, trabajadores, consumidores. Hace tiempo que somos sólo simples números para su economía, que somos el dinero de nuestro bolsillo, que tenemos la salud de nuestra cuenta bancaria. Sí. Parece increíble. Dejamos de ser personas para convertirnos en números.

Números que sin paro no pasan hambre, esperan a que la comida acabe en la basura para recogerla; números que sin casa no pasan frío en la calle, esperan a encontrar cartón y un portal; números que no pueden estudiar ni lo necesitan, esperan a que la tele les diga lo que tienen que saber; números que no trabajan, entienden que haya alguien que haga más por menos; números que no reciben tratamiento, esperan a que los medicamentos que nunca pudieron comprar les maten antes de tenerlo; números que no protestan, esperan a que la ley les calle la boca; números que no tienen futuro ni alternativa, esperan que el alcohol y otras drogas les aparten de la mente la realidad.

Si queremos volver a ser personas, debemos comenzar a tratarnos como tales.

A una persona no se le niega la comida, cuando no sólo hay suficiente para todos sino que incluso, se tira; no se le niega el techo cuando hay casas vacías; no se le niega el conocimiento, cuando este no se agota cuando se comparte, al revés, se enriquece; no se le niega el trabajo, cuando tiene tantas cosas que aportar y hay tantas cosas por hacer; no se le niega la cura cuando esta se conoce; no se le niega la libertad a expresarse, cuando la verdadera sociedad sólo es la que escucha todas sus voces; no se le confina a un callejón sin salida, cuando de su destino sólo ella debería ser su dueña.

Pero este dinero nunca nos tratará a todos como personas, este dinero necesita de la pobreza de unos, con su dignidad reducida a números, para crear la riqueza de otros. Porque detrás de las grandes fortunas no hay grandes emprendedores, detrás de las grandes fortunas hay mucha, mucha pobreza: la pobreza de las minas de coltán en el Congo, de los talleres de ropa de Bangladesh, de los campos de opio de Afganistán, de las fábricas de cualquier cosa a cualquier precio de China. Pero no sólo hablo de esa pobreza, la de los países lejanos, la que parece algo casi exótico. También entre nosotros las condiciones laborales indignantes, los perennes becarios, las jornadas sin hora de salida, los sueldos ridículos… nos convierten en pobres, en pobres asalariados de este “primer” mundo.

Desde el momento en que no se puede producir más, gastar más, explotar más, trabajar más, consumir más, porque la economía real es limitada (una obviedad que el capitalismo no contempla), se trata de crear todo tipo de ficciones de la riqueza para justificar la creación de más dinero, que engorde aún más los bolsillos de los de siempre. La publicidad se encarga, con fervor, de crear consumo de productos programados para durar cada vez menos, de crear necesidades, como el agua embotellada, que no tendría ningún sentido si el agua de todos la cuidásemos entre todos, o crear modas, alimentando el mantra del "tener porque lo tienen los demás".

Pero, ¿qué ocurre cuando el sueldo ya no le sigue los pasos al consumismo y su marketing? Aún queda encadenarnos a la deuda, las tarjetas de crédito, las hipotecas, las letras, los préstamos, para asegurarse de que seguimos consumiendo, la maquinaria sigue bien engrasada con nuestro dinero. Porque, aunque ellos lo impriman, no tenemos que olvidar que nosotros le damos su valor, pagando la deuda y los intereses al banco, de un dinero que nos prestó pero nunca existió; pagando los impuestos, disfraz de las deudas que bancos y grandes empresas jamás pagaron; comprando sin necesitar, sin atender a la utilidad real, ni a la vida útil de un producto que nos introducen en el subconsciente, que nos convencen de que necesitamos. Pero, ¿porqué? Porque cada año hay que producir más que el anterior, ganar más que el anterior. Incluso cuando la economía real no puede sostener la ficción del capitalismo, cuando esta burbuja estalla y el dinero impreso no responde a la riqueza real, cuando las predicciones desorbitadas de crecimiento se topan finalmente con un mundo de recursos limitados, ellos siguen ganando, sí, a nuestra costa, gracias a su crisis, sufrida por nosotros e inventada por ellos, tan dañina para la mayoría como necesaria para unos pocos. Recordemos, es su juego, y ellos nunca pierden.

Nuestra crisis es su oportunidad para blanquear con dinero público la deuda privada. Es la justificación perfecta para los recortes, aprobados sin consultar al ciudadano por el gobierno acólito de turno, siguiendo obedientemente las normas del juego; es el momento para aún mayores exenciones fiscales y condonaciones de deuda, a bancos y multinacionales; el momento para bajar sueldos, alargar jornadas y abaratar despidos; el momento para hacer privado lo público, mercadear con nuestros derechos y servicios, hacer negocio con nuestro bienestar y dignidad, ahondando en nuestra pobreza y aumentando su riqueza, cada vez más repugnante.

Y habrá más crisis, seguro, porque la riqueza de unos pocos es insostenible, y estos las aprovechan para acumular aún más dinero. Tampoco nos dejemos engañar, si las crisis traen precios más bajos, estos no vienen porque hayan renunciado a parte de sus beneficios, beneficios que sólo engordan, si no porque nosotros renunciamos a parte de nuestro sueldo o de nuestros derechos, o directamente acabamos renunciando al trabajo, siempre hay otro que lo hace más barato. Esto no es un hecho ni nuevo ni aislado, claro. Si siguen jugando sus piezas es en gran medida gracias al coste humano y medioambiental que desde hace mucho tiempo hemos permitido que se cobraran y que hemos pagado todos. Por eso no nos extrañemos que cuanto más pobres, más guerras y más

hambre, más suba la Bolsa. Claro, su juego necesita de la escasez, en un planeta abundante en el que todo el mundo pudiera disponer de lo necesario su dinero carecería de sentido.

Lo más gracioso de todo (aunque realmente no tenga maldita la gracia) es que ese mundo existe, y lo estamos pisando. Por mucho que nos hayan convencido de lo contrario y por muy pequeño que quede para su carrera por el beneficio constante, vivimos en un planeta abundante.

La ignorancia del dinero

"El dinero es un fin disfrazado de medio.
Con él, todo aquello que nació como fin,
se convierte en medio."

Pensando detenidamente caeremos en la cuenta de que el dinero fomenta sólo el conocimiento que tiene perspectivas de producir más dinero, no el que busca el mayor progreso y bienestar humanos. El dinero funciona como agente limitante desde el momento en que la investigación o la enseñanza no pueden darse por falta de dinero. De esta manera hemos alcanzado el conocimiento científico y tecnológico que el dinero ha querido y como el dinero ha querido, marginando aquellas actividades cuyo desarrollo no es rentable ni tienen perspectivas de crear más dinero. Si en estas áreas de conocimiento marginadas se ha producido un avance, ha sido gracias al tesón y esfuerzo humano, no sólo necesario para hacer progresar un ámbito científico con escasos recursos, sino también para vivir en la sociedad del dinero con el poco dinero que su trabajo les retribuye.

Como ya hemos dicho, el dinero pone cotos al conocimiento, poniéndole un precio y mercantilizando su intercambio entre los individuos. Aunque esta privatización de la sabiduría tiene como origen principal la búsqueda constante de beneficio económico, se nos convence de que se hace en pro de un beneficio personal, obtenido por las rentas económicas que el conocimiento aportado genere. Sin embargo, este beneficio personal es pequeño si lo comparamos con el que nos retribuiría una sociedad donde el conocimiento circulase libremente.

La *ignorancia del dinero* convierte el conocimiento, que es por naturaleza inagotable, en un recurso preciado al que sólo privilegiados pueden acceder, dificulta el desarrollo del conocimiento que no es económicamente rentable, constriñe a aquellos ámbitos de los que se obtienen un beneficio económico a desarrollarse de manera que lleven a una mayor rentabilidad, degrada otras actividades cuya finalidad no es producir dinero para que así lo hagan, deshecha aquellas en las que no existe beneficio económico, etc. Muchas de las actividades culturales, sociales, científicas... que se desarrollan hoy en día, lo hacen a pesar de la *ignorancia del dinero*, y gracias a la increíble pasión y perseverancia humanas.

Desde el momento en que el dinero no sólo es un medio, sino también un fin (algo que es inevitable que ocurra) se dedican ingentes cantidades de recursos,

humanos y técnicos, para su gestión, captación y crecimiento: marketing, grupos financieros, bancos, publicidad, asesorías, empresas de crédito... Parémonos a pensar en las innumerables posibilidades que se nos abrirían si liberásemos todos esos recursos dedicados a la creación y cuidado del dinero. Imaginémonos como sería un mundo en el que todos estos recursos, humanos y técnicos, absorbidos por la ilimitada capacidad del dinero de multiplicarse, se invirtiesen en el desarrollo de otros aspectos de la sociedad.

Toca dejar de imaginar y hacerlo posible.

La violencia del dinero

"Incluso ganando en la sociedad del dinero,
vivir con este supondría vivir siempre con el riesgo
de que los mismos enemigos que se vencieron
volvieran a surgir"

La violencia es siempre más costosa, material y humanamente, que la paz, excepto cuando hay dinero que la sufraga, y este dinero promete mayores beneficios económicos. Sin el dinero la violencia se hace mucho menos rentable y los actuales escenarios en las que esta se origina y desarrolla se hacen mucho menos probables.

¿Pero cuáles son los tipos de violencia derivados todos de los intereses económicos?

- Violencia de la pobreza:

- Es obvio decir que sin dinero no hay desigualdad económica. Tampoco es nada que no sepamos que la pobreza genera violencia en muchas maneras:

    - Como alternativa ante la falta de oportunidades.
    - Del choque inevitable entre las distintas clases sociales, entre las que media un abismo de calidad de vida.
    - Entre una sociedad analfabeta, cultural y emocionalmente, en la que se introduce el prejuicio hacia "el otro" para hacerla más manipulable, con los conflictos religiosos y étnicos, la violencia doméstica y la violencia callejera como consecuencias inevitables.

- Violencia de Estado, oficial o institucional:

"Costará que las fuerzas de seguridad
muerdan la mano de su amo.
El perro es el animal más fiel."

- La que se produce dentro del Estado y es amparada por este. Para el mantenimiento del orden de la oligarquía y su enriquecimiento, y como herramienta para que se cumplan sus leyes, dictadas por el poder económico. Es

la más sutil y cuenta con el consentimiento de parte de la población, que basa su moral en el acatamiento de las normas (sin plantearse si son estas éticamente aceptables).

- Violencia policial, falta de libertades, censura, torturas en prisiones, represión en manifestaciones, expropiaciones forzosas, desahucios.
- Toda violencia que surge como respuesta de la población al punto anterior.

- Violencia entre Estados

Se produce entre Estados y/o por fuerzas externas a estos. Son amparadas por las grandes corporaciones. Reportan un gran beneficio económico y su objetivo es controlar la economía global:

- Guerras, conflictos bélicos, golpes de Estado, embargos, atentados, terrorismo de grupos financiados por gobiernos.
- Tráfico de drogas, tráfico de armas, trata de personas, contrabando de animales exóticos.

Las tres clases de violencia se fundamentan en el dinero: por su escasez (violencia de la pobreza), por el mantenimiento del poder económico (violencia de Estado, que se enfrenta a sus ciudadanos), por una mayor concentración del dinero (violencia entre Estados, alimentada por grandes corporaciones y por la lucha de recursos).

Aunque la posibilidad de tomar las armas y hacer justicia puede ser atractiva para algunos, debemos quitarnos de la cabeza cualquier intento de cambiar la sociedad actual mediante el uso de la violencia. En cualquiera de estos escenarios, las élites, estados y corporaciones, tienen el monopolio absoluto de la violencia y de hecho, es la base de su sistema utilizarla, financiarla y modernizarla. En cualquier conflicto contra un levantamiento popular, acabarían sin mucho problema instrumentalizando el alzamiento para su propio beneficio, para acabar incluso con más poder que antes (tras haber financiado tanto a un bando como a otro, por ejemplo). En su negocio predilecto los vencedores son siempre ellos, y los vencidos siempre nosotros.

En la nueva sociedad que se propone, la violencia, sin el soporte del dinero ni la escasez artificial que este provoca, es altamente improbable. En una sociedad sin dinero una organización violenta, que oprima a un grupo de personas para que, por ejemplo, trabajen para ellos, caerá en la cuenta al poco tiempo de que el esfuerzo (obviando el dolor ajeno que producen) que emplean para forzar a otros para que trabajen para ellos, para obtener y mantener las armas, para evitar las rebeliones y las fugas, para defenderse de los intentos externos por liberar a esa gente, para dar unas condiciones a los esclavizados de manera que puedan producir pero no tengan la fuerza y salud suficientes como para alzarse... y en definitiva los sacrificios y sufrimiento que causan, no valen la pena, es mucho más sencillo y menos costoso que nadie intermedie entre ellos y su sustento, evitando depender de terceros, en este caso individuos oprimidos por ellos mismos, para obtenerlo. ¿Porqué razón querrían poner su bienestar en las

manos de otros cuando la sociedad sin dinero, la sociedad del afecto y el conocimiento, les da la posibilidad de que ellos mismos se lo suministren?

Consumo, trabajo y deuda

Estos tres factores, que engrasan la maquinaria de hacer dinero, componen el círculo vicioso que nos mantiene atados a nuestras actuales vidas:

- El consumo depende de la deuda (a no ser que puedas comprar una casa sin hipotecarte o comprar un coche sin pedir un préstamo) y del trabajo (sin dinero en el bolsillo poco se puede comprar).

- El trabajo depende del consumo (si no se compra no se produce, si no se produce no se trabaja) y por tanto de la deuda.

- La deuda depende del consumo (si no se tuviera que consumir no tendría sentido endeudarse) y del trabajo (quien no trabaja, no tiene nada con que pagar un préstamo, no se endeuda, e incluso en el caso de que lo quiera hacer, escasas posibilidades tiene de recibir un préstamo).

Quedan fuera evidentemente de esta dinámica las clases más privilegiadas, que no se comportan como el resto de la población. No consumen empujados sólo por la necesidad, también en gran medida por la ostentación. Además no necesitan trabajar, su patrimonio lo hace por ellos. En tercer lugar tampoco necesitan endeudarse, son ellos mismos los que crean y prestan el dinero, y cuando lo hacen no es ni muchísimo menos por necesidad, sino por engordar aún más su riqueza, especulando con los ahorros y los recursos del resto de la población. Una operación sin ningún riesgo, ya que incluso en el caso de que se produzcan pérdidas tienen a sus gobiernos para que les recauden lo perdido.

Como se observa del círculo vicioso anteriormente reflejado, **los que representamos el grueso de la población endeudamos para consumir, consumimos para que haya trabajo y trabajamos para consumir**. En la sociedad del dinero, no es posible un menor consumo y al mismo tiempo la conservación de los puestos de trabajo, estamos encadenados al consumo como fuente de nuestro trabajo. En esta sociedad no hay alternativa, estamos obligados a justificar este sistema para asegurar nuestra supervivencia: producimos, producimos, producimos sinsentido para que la maquinaria no se pare, para que se siga consumiendo, se siga obteniendo beneficios, siga circulando el dinero y siga habiendo trabajo. Trabajo del que claro, dependemos, porque es nuestro medio para ganar dinero, para tener una vida digna. Justificamos así la producción por la producción, acelerando hacia el precipicio de un mundo finito, evitamos que puestos de trabajo maquinales los sustituyan las maquinas, creamos productos con los días contados, para seguir fabricando, creando la ilusión de que crecemos, de que sigue habiendo trabajo para todos.

- Liberémonos de la deuda

La deuda es dinero, el dinero es deuda, y esta es la que realmente mueve nuestro mundo. ¿Pero a qué tipo de deuda me refiero? A la que en forma de impuestos asigna el Estado a cada individuo, y a la deuda que asumimos en nuestro consumismo.

En cuanto a la primera, hace que la condición de ciudadano esté íntimamente ligada al dinero, y que por ejemplo un indigente quede fuera del Estado, ya que sin dinero no puede permitirse el lujo de pagar unos impuestos, de ser ciudadano. Los parados, por ende, sufren la incertidumbre de si su final será el mismo, de si el sistema les acabará apartando. Como vemos, nuestra dignidad nos la da el dinero, conclusión a la que hemos llegado y llegaremos repetidas veces a lo largo del ensayo y que no podemos aceptar por más tiempo.

El objetivo final de la oligarquía (y a lo que se encaminan las políticas económicas de los países) son unas condiciones fiscales que favorezcan un estado de castas, haciendo casi imposible el movimiento entre las distintas clases sociales y blindando así sus privilegios, haciendo de esta deuda con el estado, los impuestos, un arma represiva de las élites para mantener sus status. Y no me refiero aquí solamente a políticas fiscales injustas, sino a todas las deudas de las grandes empresas y bancos con los estados (la deuda, o lo que es lo mismo, hipotecar el futuro, es el único elemento que le queda al capitalismo para seguir creciendo), que nunca llegan a pagarse (condonaciones de deuda, exenciones fiscales), y que se traspasa a los hombros del ciudadano a través de impuestos.

Surge, a raíz de este problema la propuesta del vigilante, como un organismo que impida la utilización de los impuestos con fines represivos, supervisando la manera en que se gestiona el dinero recaudado. Sin embargo esta propuesta trae inmediatamente consigo un dilema insalvable, el "dilema del vigilante": ¿quién vigila al vigilante?, ¿quien vigila al vigilante que vigila al vigilante?, ¿quién vigila al vigilante que vigila al vigilante que vigila al vigilante?, y así *ad infinitum*.

Pero, ¿qué pasa con los estados en los que la política fiscal busca una redistribución justa de la riqueza? ¿Se puede justificar la existencia de los impuestos y por tanto la existencia de un Estado? La respuesta es que el hecho de que los impuestos sean bien utilizados por el Estado no justifica la existencia de ninguno de los dos, ya que el problema estriba en su propia definición y no solamente en su aplicación. Para explicar el porqué de esta afirmación es necesario introducir tres conceptos: lo que se puede entender como "mal del administrado", "mal del administrador" y "fe del contribuyente".

Los dos primeros hacen referencia a la justificación, por parte de los contribuyentes, de la existencia de un grupo de personas que gestionan la riqueza del país, lo que sería el partido electo en los gobiernos "democráticos" y que tiene varias consecuencias negativas. En primer lugar, en lo que sería el "mal del administrado", el ciudadano cede, en cualquiera de los Estados actuales, gran parte de su soberanía, dejando en manos de otros la gestión de la riqueza de un país. Las responsabilidades sobre el futuro y el presente de la sociedad en la que vive, se trasvasan a los representantes políticos, cayendo en el error de que son ellos los que deben tomar las decisiones y emprender unas u otras iniciativas, y

son ellos a los que hay que pedir cuentas. Esto favorece una actitud pasiva, limitada como mucho a la crítica y la opinión, cuando no a la apatía, pero en la que no cabe la responsabilidad en toda sus dimensiones, la acción directa sobre el curso que toma el entorno que le rodea. A esta pasividad se le suma el anonimato que de manera inherente permiten los grandes grupos (una razón más para organizarse en torno a pequeñas comunidades), y que brinda la oportunidad de eludir cualquier responsabilidad con respecto a la convivencia y bienestar de los demás, circunscribiéndose en la mayoría de los casos al pago de impuestos. Las personas no necesitamos el dinero, necesitamos a otras personas.

Por otro lado, en el "mal del administrador", quienes están al mando ostentan un poder demasiado grande, una responsabilidad que nadie debería tener. Gobernar un país de 40 millones, 10 millones, o los millones, miles o cientos que sean, significa gobernar desde la distancia, implica la imposibilidad de conocer los problemas concretos de personas concretas, a los que poder responder con medidas concretas, legislando, en el mejor de los casos, para una mayoría, sin responder a las necesidades específicas de cada individuo. Gobernar hoy significa manejar enormes sumas de dinero, cantidades que a ningún grupo se les debería ceder. Además, estas grandes partidas de dinero, convierten la corrupción de los representantes políticos en un fenómeno endémico, que surge tanto entre los gobernantes electos, quienes tratan de sacar el máximo provecho de su posición, como desde fuera de estos, convirtiéndose, a cambio de asegurarse su status, en títeres de grandes corporaciones y bancos, quienes quieren, también ellos, sacar el máximo beneficio de la posición privilegiada que ocupan las autoridades, recibiendo prebendas, concesiones, contratos, exenciones fiscales, financiaciones... de los representantes políticos. Por ello el gobierno honrado de personas honradas estará siempre en peligro, y en un mundo gobernado por el dinero, es una rara especie llamada a extinguirse. Gobernar es, en pocas palabras, poner el destino de un país, de millones, miles de personas, en unas pocas manos (la vigilancia de los gobernantes no es la solución, también en este caso llegamos al dilema del vigilante). Y esto no podemos aceptarlo más. Tenemos que llegar a la mayoría de edad como sociedad, un estadio en el que el destino de cada comunidad esté en las manos de cada individuo, inmerso en pequeñas naciones de unas pocas personas, cuyo reducido tamaño asegure la responsabilidad total de cada individuo sobre su sociedad y entorno.

Por su parte la "fe del contribuyente", es la confianza que exige al ciudadano el acatamiento de la política tributaria. Este debe creer que el dinero de sus impuestos se redistribuye a los más necesitados, que sus esfuerzos están contribuyendo al crecimiento de los sectores más importantes para el país, que la política tributaria no es una arma más de represión de los gobernantes sobre los gobernados, o que no acaba convertida en una herramienta populista para ganar votos en las elecciones. En este ejercicio de fe, el contribuyente no sólo tiene que creer que la riqueza se que redistribuye de la forma más justa, sino que aunque le sea imposible ver los resultados de su esfuerzo, cristalizado en el pago de sus impuestos, estos existen. Este creer con los ojos cerrados se debe a la enorme burocracia necesaria para manejar cantidades de dinero tan grandes,

haciendo que la contribución individual al bienestar común entre inevitablemente en el anonimato, en la invisibilidad.

En pequeñas naciones no tendremos que creer con los ojos cerrados en que contribuimos a nuestro entorno pagando unos impuestos, se podrá trabajar por el bienestar común en el entorno que se habita o en las comunidades cercanas, redundando de forma mucho más directa y visible en el propio bienestar del individuo, quien contribuye con sus propias manos a mejorar la vida de sus personas queridas, conocidas, cercanas, sabiendo a quienes va dirigido su esfuerzo, y pudiendo ver el resultado de este en sus rostros. Las energías se dirigirán a actividades, infraestructuras y personas del propio entorno, en decisiones tomadas activamente, siendo los integrantes de la comunidad partícipes de ellas y teniendo la oportunidad de observar de primera mano sus efectos, algo fundamental para que cada individuo sepa de la importancia de su trabajo.

Nadie mejor que nosotros sabrá en nuestras pequeñas comunidades, qué se necesita, dónde se necesita y quién lo necesita; ha llegado el momento de que pongamos caras a nuestro esfuerzo, que salga del anonimato.

Pero ahora hablemos de la otra deuda, la que no está ligada al Estado, la que crea ilusiones. La ilusión de que tenemos más posibilidades que nuestros padres, la ilusión de que tenemos mayor capacidad adquisitiva, la ilusión de que, dentro de lo que cabe, la economía no va tan mal, podemos comprarnos un coche, irnos de vacaciones, pagarnos unos estudios o comprarnos una casa. Esta deuda es ilusión de riqueza, en un mundo donde lo único real es la cada vez mayor precariedad. No nos engañemos, aquí son los bancos los únicos que ganan. Pidiéndoles préstamos, créditos, hipotecas, les servimos para producir el dinero que nunca tuvieron. Ya lo devolveremos. Sí o sí. Y si nosotros no podemos (con todo el dolor del mundo, tumbados en un cartón en la puerta de la misma sucursal que estudió que nuestro caso era rentable, tan rentable que incluso nos dio más dinero del que pedimos), el Estado se encargará de que la deuda siempre sea devuelta.

Esta deuda es buscada por los de siempre, no sólo para incentivar nuestro consumismo, para imprimir su dinero, para que nos quedemos contentos a pesar de lo insuficiente de nuestro sueldo, sino también, y más importante, para mantenernos atados y bien atados. La deuda con el banco te persigue allá donde vayas hasta que la pagues, te obliga a seguir trabajando, a seguir contribuyendo a esta maquinaria de la deuda, el trabajo y el consumo. De estos, es el consumo su gran aliado: después de un coche llega un ordenador (¡mira! ¡Te dan un préstamo para que lo pagues a plazos!), y después un móvil, que por la publicidad que han hecho debe ser la leche, y otro coche, porque la avería del anterior te sale más cara que comprarte uno nuevo (ay…la obsolescencia programada haciendo de las suyas), y una carrera, que en el futuro se sumará al máster (ahora sin él no eres nadie), y después vendrá el piso de los niños, sus coches y sus ordenadores… Así es la vida en la que no nos privamos de nada, el capitalismo todo nos lo permite… O bueno, espera. No todo. Le tenemos que entregar nuestra libertad, siendo obedientes como ciudadanos y como trabajadores, tragando con

impuestos, leyes injustas, horas extras, condiciones vergonzosas y reformas laborales esclavistas. Claro, una vez endeudados, nadie puede parar el mundo y bajarse. "Que gire, que siga girando, por lo menos hasta que pague las últimas letras", gritó aquél. Claro, una vez acomodados, con todos los últimos productos al alcance de nuestra tarjeta de crédito, nadie quiere parar el mundo y bajarse. Ese es el trato: abundancia a cambio de deuda, comodidad a cambio de nuestra libertad.

Se han enumerado una serie de razones por las que deberíamos desterrar cualquier tipo de deuda de nuestras vidas (tanto la que asumimos con el Estado como la que asumimos para seguir consumiendo). No obstante es importante recalcar la consecuencia, profunda, que tiene la defensa de la insumisión fiscal. Negarse a pagar esta deuda que el Estado nos asigna, es la negación del Estado mismo, ya que este se construye (por lo menos hasta ahora, veremos que este hecho empieza a cambiar) con la riqueza y deuda de sus ciudadanos. Pero no sólo esto, sino que también, para ser consecuentes con nuestra decisión, esta tendría que llevar a la negación del trabajo y el consumo actuales, actividades ambas gravadas con impuestos. Como vemos trabajo, deuda y consumo se encuentran estrechamente ligados, y la negación de cualquiera de ellos implica la negación de los dos restantes.

Es imprescindible, también, hablar de la deuda que el Estado asumió, ha asumido, y asume tanto de grandes corporaciones como de bancos y otros grupos financieros, y que ha convertido nuestra precaria democracia en una deudocracia, es decir, un gobierno de la deuda, donde el pago de esta marca la agenda económica, política y social de un país. La riqueza de un país ya no depende solamente de la contribución de sus habitantes, si no que ahora el Estado se convierte en una inversión más de los poderes económicos (instituciones internacionales, bancos centrales, fondos monetarios), tomado como rehén por planes de "rescate", que aseguran que la deuda generada por parte de grandes capitales (quienes en su momento generaron pingües beneficios con sus prácticas de especulación ilícita) es pagada, traspasándola al ciudadano en forma de impuestos. Sumado al pago de generosos intereses a cambio de este plan de financiación, se firman acuerdos para la privatización de sectores del país que antes no podían ser parte de su negocio.

El paso siguiente a esta deudocracia es la corporatocracia, el gobierno de las grandes corporaciones y bancos. En este escenario el Estado ha perdido ya toda su soberanía, y hace de mero intermediario entre las multinacionales y sus habitantes, quienes a su vez ya no son ciudadanos de un país, sino clientes de una multinacional con apariencia de país, donde los servicios se compran, y la carta de derechos humanos está impresa en los billetes de su bolsillo. Aunque en este sistema el Estado está reducido a su mínima expresión en el ámbito de cobertura social y servicios públicos, es utilizado como una herramienta muy eficaz por las élites económicas para la represión y la vigilancia de las voces disonantes (aparte de la ya comentada política fiscal, que alimenta un gobierno de castas). De esta manera el Estado se convierte en una pantalla sobre la que se vierte todo el descontento de la población, y tras la que se esconden los verdaderos gobernantes: los poderes económicos. Este hecho produce

situaciones tan dantescas la de gente asistiendo a manifestaciones con sudaderas de multinacionales de ropa deportiva, y que al terminar esta reponen fuerzas en las grandes cadenas de comida rápida. No se percatan de que todas las medidas que ha tomado el gobierno de turno han sido dictadas por estas empresas en las que compran todos los días.

No les sigamos haciendo el juego. No sigamos endeudándonos.

- Contra este trabajo

  ""Le decimos a la empresa que por favor nos de un trabajo,
  nos de la dignidad que antes era nuestra."

El trabajo es, tal y como se comprende actualmente, **cualquier actividad que se realiza para generar un beneficio económico**. Sí, cualquiera. Todo es tolerado por esta sociedad: el tráfico de drogas, la trata de personas, la explotación infantil, los medios de comunicación falaces y comprados, el contrabando de animales exóticos, la corrupción, la evasión fiscal de los grandes capitales, la financiación de conflictos bélicos…

Pero, ¿puede ser un trabajo traficar con personas para que ejerzan la prostitución; vender periódicos que deformen interesadamente la realidad; lucrarse con guerras, vendiendo armas a las dos facciones enfrentadas; amparar y favorecer el tráfico de drogas a cambio de compensaciones económicas? Sí, claro, y de lo más lucrativo. En este liberalismo "mejorado" que estamos sufriendo (y una minoría disfrutando) el gran negocio es la falta de ética. Cuando se borra cualquier consideración moral, humana, es cuando los beneficios económicos afloran con más facilidad y abundancia. Por ello, la justicia persigue estas actividades tan blandamente (castigando sin embargo con toda su dureza cualquier gesto de desobediencia civil), sabe que el sistema al que ella pertenece y del que es cómplice, depende del dinero que estas generan. El negocio es el negocio, y todos dependemos de él, también la justicia.

Pero, ¿qué ocurre con el resto de trabajos “legales” (bajo condiciones que no deberían serlo)? El grueso de este tipo de trabajos no es, en muchos casos, una actividad para satisfacer nuestras inquietudes personales, no nos relaciona con las personas que más nos interesan ni a las que más afecto tenemos, no es un medio para crecer como personas, ni tampoco una herramienta para encontrar y ahondar en nuestra felicidad. Tampoco tienen porqué ser éticos ni moralmente aceptables, no tienen porqué suponer una mejora en la vida de los que nos rodean, es más, no pocas veces suponen un deterioro de nuestro entorno (¿en qué condiciones se cose la ropa que vendemos?, ¿qué efectos sobre el medioambiente tienen las maderas que utilizamos para nuestros muebles?, ¿cómo contaminan el terreno las minas de las que se extrae el material de nuestros móviles?). No obstante, lo que todos comparten sin excepción (tanto por parte del contratado como por parte del que contrata), es la búsqueda de un beneficio económico, cometiendo el error de convertir nuestro trabajo en un medio, cuando debería ser un fin en sí mismo.

Sí, estamos acostumbrados a trabajar a cambio de dinero, para a través de este conseguir nuestra dignidad y libertad. Sin embargo no debería ser así. **No deberíamos trabajar a cambio de algo, sino simple y llanamente trabajar por nosotros y por quienes nos rodean**. No deberíamos cultivar la tierra para enriquecernos con el dinero obtenido, si no simple y llanamente por nuestra dignidad, para ser dueños de nuestros alimentos. El trabajo que debemos perseguir no es un medio, una actividad por la que nos dan una recompensa, si no una labor con valor en sí misma, que nos dignifica y nos hace libres, nos define como personas y nos enriquece a nosotros como individuos y a la sociedad de la que formamos parte. El trabajo del que hablo nos hace dueños y responsables de nuestras vidas, nos hace soberanos de lo que habitamos, lo que comemos, lo que vestimos, lo que usamos. En contraposición al actual, el cual sólo nos quita libertad. Nos ata a un horario, a una rutina que en muchos casos puede durar toda una vida, y que irremediablemente nos vacía por dentro. Nos vincula a unas personas, nuestros compañeros de trabajo, con los que en condiciones normales no necesariamente habríamos emprendido un proyecto. Influye en nuestro lugar de residencia obligándonos no pocas veces a viajar al extranjero, dejando a nuestra familia y amigos atrás. Sí, parece increíble, pero es nuestro trabajo, y no nosotros, quien elige dónde vivimos.

Otro hecho que define el trabajo actual, es que nuestras condiciones en el mismo no dependen de nosotros, sino que nos vienen impuestas por nuestros superiores, por las leyes, por el mercado, por el organismo regulador de turno... Siendo normalmente el empleado el que tiene menos voz sobre las condiciones de su puesto de trabajo. La dependencia del mercado, es decir, de la oferta y la demanda, es la más dañina y bajo la que se engloban todas las demás. Ésta es una consecuencia directa del dinero, y se basa en la necesidad de la creación o existencia de una demanda para que podamos ejercer nuestro trabajo y obtener una retribución del mismo. En la sociedad del dinero no nos es posible llevar a cabo libremente las actividades que queramos ya que nos vemos obligados a rentabilizarlas.

Sin embargo en la sociedad del afecto y el conocimiento de la que hablo, todo la responsabilidad y libertad está en nuestras manos, desde decidir en qué queremos trabajar, hasta conformar las condiciones en las que lo hacemos. Ya no tendrá porqué haber superiores, políticas de empresa, reformas laborales, que decidan sobre cómo tenemos que trabajar. Que el trabajo dependa de nosotros mismos tiene otra consecuencia. **A mayor dedicación, mayor pasión, mayor tiempo empleado, disfrutaremos de mayor bienestar, ya que, al no ser un trabajo a cambio de dinero, nuestro mayor o menor esfuerzo se verá directamente reflejado en mejores condiciones de vida**. Es decir, si trabajamos la tierra durante más tiempo, lo más seguro es que tengamos mejores cosechas, o si empleamos más dedicación en coser nuestra ropa, es muy probable que esta sea de más calidad, o si invertimos más energía en nuestra comunidad seguramente la convivencia mejore, etc. De esta manera habremos conseguido que nuestro bienestar sea una consecuencia directa de nuestro trabajo. Algo que difiere grandemente con lo que ocurre actualmente.

En primer término, aquello que se recibe a cambio del trabajo realizado hace mucho tiempo que dejó de estar en concordancia con lo que se aporta a la sociedad. Así quienes producen alimentos, curan o enseñan, actividades todas ellas fundamentales en cualquier época y sociedad, reciben a cambio de su trabajo mucho menos que quienes juegan en un equipo de fútbol, o actúan en una película. Esto nos demuestra que el dinero nunca ha sido un instrumento eficaz para medir el valor de lo aportado a la sociedad por parte de las distintas actividades humanas.

En segundo lugar a día de hoy, y a pesar de que empleemos más tiempo, más dedicación y más energía, lo más seguro es que recibamos el mismo sueldo, y nuestro bienestar cambie poco o nada (incluso con la política de promoción en las empresas, el ascenso en los rangos está frecuentemente limitado). Esto también se aplica en el caso de ser trabajador por cuenta propia, ya que las condiciones del mercado imponen su límites, como por ejemplo una demanda restringida. O lo que es lo mismo, por mucho que te esfuerces trabajando, la demanda es una concreta, y va a llegar un momento que no suponga mayores beneficios económicos, porque el consumidor estará saturado (hablo en todo momento de personas concretas, no de multinacionales, que tienen la capacidad de crear la demanda con su marketing).

En pocas palabras, el trabajo actualmente deja de estar ligado a nuestra calidad de vida, porque más o menos esfuerzo, o más o menos horas empleadas, no implican necesariamente mayor bienestar. La consecuencia más extrema de este fenómeno, en el que nuestra calidad de vida deja de estar ligada a nuestro trabajo, la observamos en los asalariados pobres, quienes a pesar de ganar un sueldo viven en situaciones de extrema precariedad. Y si esto no es suficientemente lamentable, coexisten a su vez con los presidentes, CEOs, directores ejecutivos… de las multinacionales para las que trabajan, quienes dedicando mucho menos tiempo ganan infinitamente más.

El trabajo que se propone aquí necesitaría una nueva palabra.

Porque la que se utiliza hoy es para un trabajo que no nos enriquece, si no que nos empobrece. Mercantilizando nuestras habilidades, forzándonos a especializarnos en tareas concretas, dejando sin desarrollar innumerables capacidades, en una dedicación monográfica que nos infravalora y anula todas las posibles personas que podríamos ser si tuviésemos la posibilidad de decidir con verdadera libertad. Cuando sin embargo nuestra verdadera naturaleza es "plurihábil", no "monohábil". Somos polifacéticos, y una vida dedicada a una sola actividad nos vacía. Nuestro espíritu nos empuja a probar, a hacer y deshacer, a intentar, conocer, practicar, aprender, muchas más cosas que las que nuestra sociedad actual nos limita a hacer: limpiar baños, conducir autobuses, realizar instalaciones eléctricas, vender ropa, diseñar edificios, tocar un instrumento, curar enfermos... con probabilidad durante toda nuestra vida. La especialización a la que nos empuja el mercado no contempla ni permite que un albañil se dedique a la música, o que un medico trabaje como fotógrafo en un determinado momento de su vida. Lo más seguro es que, en esta vida, el albañil tenga que ejercer siempre de albañil y el médico siempre de médico.

Así es como nos encasillamos, poniéndonos en venta, obligándonos a adoptar uno u otro perfil ya desde la Universidad, (gran bolsa de candidatos para las empresas). Así es como tristemente nos encorsetamos, cubriendo una demanda del mercado, profesionalizando lo que debería ser una inquietud más de nuestro espíritu, entre otras muchas. Crecer profesionalmente no implica hoy crecer personalmente, sino adquirir las habilidades que el mercado demanda, pero ¿y lo que nuestra mente y espíritu demandan? El trabajo hoy es el tiempo (y tanto tiempo!) en el que no nos estamos dedicando a construir nuestra vida, si no esperando a comenzar a vivirla, desde el momento en que termina la jornada laboral. Y no, no nos podemos conformar con el tiempo libre (¿es el restante por contraposición "tiempo esclavo"?) para desarrollar nuestra vida, aquello que queda cuando terminamos el trabajo. **Tenemos que recuperar el poder sobre TODA nuestra vida, decidiendo a cada paso en qué y a quién le queremos dedicar nuestro tiempo, nuestras ganas, nuestro interés, nuestra mente, nuestro corazón**.

Ahora esperamos a la salida del trabajo para retomar nuestra vida, para gastar el dinero que hemos ganado con tanta resignación y autodisciplina. Yo digo basta. Menos sudor de nuestra frente y más dos de dedos de frente. Démonos cuenta de que estamos poniendo intermediarios a nuestra dignidad, a nuestra libertad. En vez de procurarnos nuestro alimento, nuestra ropa, nuestra ciencia, nuestra vivienda, nuestro ocio, nuestro conocimiento, nuestra industria, ahora que tenemos todo de nuestra parte (sabemos más que nunca y tenemos más tecnología que nunca), dejamos que otros nos lo procuren, para que cuando nos quedemos sin dinero (por, vete tu a saber, algunas de las cosas del día a día del capitalismo: una crisis, un perfil que ya no se demanda, una edad demasiado avanzada para seguir trabajando, un sector que no es rentable porque otros producen más barato…) nos veamos abocados a la caridad de la iglesia, a la beneficencia del Estado o a los cafés calientes de las ong's, y no seamos ya dueños de nuestras vidas. El trabajo es un chantaje al que no nos podemos negar, porque sin él no hay dinero, y sin dinero no podemos comprar nuestra dignidad. Ya es suficiente. Ahora podemos y tenemos que ser nosotros la fuente de nuestro sustento, de nuestra dignidad, y dejar de depender de un mercado de trabajo donde somos mercancía y que está a merced de los designios de los grandes capitales.

- <u>Encadenados al consumo</u>

El consumo exagerado, innecesario, marcado por modas, alimentado por campañas publicitarias, causante de tantas injusticias y desigualdades, es el mayor logro de la élite económica para defender un sistema que nos perjudica a la gran mayoría. Esto lo consiguen colocándonos un antifaz en los ojos, un antifaz que llamamos marketing. Antes de nada nos debemos preguntar, ¿por qué existe la publicidad y el marketing?, ¿es que no somos capaces de, con las características técnicas en la mano, saber si un producto es bueno o no?, ¿necesitamos realmente que nos lo adornen y nos lo cuenten, creando canciones, spots y frases publicitarias pegadizas para que entendamos sus características y compremos con más criterio?, ¿o es que no pretenden que compremos el mejor

producto sino su producto?, ¿son entonces la publicidad y el marketing un engaño?

Efectivamente, son un gran espectáculo de la mentira, de la apariencia, de la envoltura. Al que además aceptamos exponernos diariamente, en un cortejo continuo a nuestros instintos primitivos, a nuestra sexualidad, a nuestros sentidos, a nuestros deseos. El chantaje de la necesidad creada.

Este consumo tiene un origen global: permite comprar en cualquier momento, en cualquier lugar, cualquier producto. A lo que se unen unas consecuencias globales: comprar aquí significa contaminar allí, consumir aquí implica esclavizar allí, lo barato aquí lo pagan caro allí…. El lugar donde se compra, es distinto del lugar donde se produce y distinto del lugar donde llega el dinero.

Sin embargo las consecuencias de este consumo global no se nos muestran, todo se mantiene oculto tras el precio, cifras que no hablan de las condiciones en las que se ha producido lo que consumimos, las consecuencias para la salud y el medioambiente de la química que lo compone, no hablan de quién se lleva la mayor parte del beneficio económico que genera, la contaminación que ha conllevado su proceso de fabricación, si la obra de mano recibe un salario justo... Incluso cuando corremos el velo del precio, y vemos todas las injusticias que conlleva, este tiene el mágico efecto de hacer que los consumidores encuentren todo tipo de argumentos para limpiar su conciencia tras su compra: "así es como funciona el mercado", "es normal, es que las empresas buscan el mayor beneficio", "el problema es de los estados, que no hacen nada", "debería haber mayor legislación al respecto"...

Lamentablemente a pesar de todas estas palabras, se llevan lo comprado, de precio injusto pero jugoso a casa. Y esto lo permiten y lo alimentan las distancias que tiende el capitalismo, aún mayores en un mundo globalizado. Las consecuencias de nuestros actos, en este caso nuestro consumo, se producen a cientos, miles de kilómetros, haciendo que la conciencia se pierda, que sea suficiente vivir con la ética de bolsillo, la que da respuesta y calma a cualquier cuestionamiento del mecanismo cruel del mundo. Si las injusticias que consciente o inconscientemente alentamos cuando consumismos, nos fuesen devueltas de manera directa y concreta, nuestro comportamiento sería infinitamente más responsable. Bien, pues eso es justamente lo que fomenta una sociedad articulada en torno a pequeñas comunidades, donde la vida de sus integrantes depende no sólo de sus manos sino también de la convivencia que consigan alcanzar.

Es también cierto que en la sociedad del dinero de interdependencias lejanas, nos es devuelta, sólo en ocasiones, la injusticia que cometemos con nuestro consumismo. Pero de esta injusticia culpamos por ignorancia a la mano equivocada: nos vuelve sólo como un boomerang remoto, del que no sabemos de donde viene ni porqué, lo único que sí conocemos es lo que nos supone.

Un ejemplo de esto son las consecuencias que tienen para nuestra vida comprar productos ridículamente baratos, en los que, para su producción, sabemos (pero preferimos obviar) que ha tenido que haber explotación. Comprando estos productos justificamos la pobreza de otros y la convertimos en necesaria, sin caer en la cuenta de que haciendo esto nos estamos condenando. Es cuestión de tiempo que las empresas, a las que no sólo se les han permitido esas prácticas indignantes sino que además han generado enormes beneficios de esta manera (beneficios a los que nosotros hemos contribuido), traten de introducir en nuestra sociedad las mismas condiciones laborales que tan buenos resultados les han dado en otras, amparándose en el hecho de que les sale mucho más rentable producir en otros lugares y utilizando esto como chantaje para que traguemos con sus condiciones. Una situación injusta, pero que nosotros con nuestro consumo hemos permitido. Y así el boomerang nos golpea un buen día, bajando nuestro sueldo, alargando nuestras jornadas, desmenuzando nuestros derechos. Siendo este lejano y con origen confuso, culpamos a las empresas y a los políticos, sin darnos cuenta que caímos en la trampa del dinero, en la ilusión de la riqueza, y fuimos nosotros mismos los que hace tiempo nos lo lanzamos.

Esta es la tríada, consumo, deuda y trabajo, que nos mantiene encadenados a esta sociedad en la que, aún considerando muchos de nosotros injusta, poco o ningún poder tenemos para cambiarla. Por ello estas páginas son también un llamamiento a recobrar un poder que nunca deberíamos haber perdido, el poder para decidir e interceder en el curso de nuestras sociedades, un llamamiento a recobrar la capacidad de reflexión sobre las condiciones de nuestras vidas y cristalizar a partir de esta propuestas concretas.

- Fin de la 1ª parte -

(para conocer más argumentos contra el uso del dinero, acude al artículo Porqué NO al dinero en la web: creamonoscreemonoslibres.wordpress.com)

Volvamos sobre nuestros pasos, pero con distintos zapatos

"Conoce la costumbre y la tradición,
pero no permitas nunca que decidan por ti."

En torno al nuevo proceso productivo que tendremos la oportunidad de desarrollar en la sociedad sin dinero, la sociedad del afecto y el conocimiento, es importante entender las consecuencias derivadas del hecho de que la rentabilidad económica deja de ser un factor que determina las actividades humanas. Todos aquellos materiales o técnicas en los procesos productivos que normalmente se han desechado porque no son económicamente rentables, podrán volverse a poner en práctica. De esta manera, por ejemplo, se abrirán nuevas y diversas posibilidades en el sector de las energías renovables, cuyos materiales podrán responder a su vida útil, a su capacidad para ser reutilizados, su facilidad para ser manipulados o el bajo impacto medioambiental en la extracción de las materias primas necesarias para su fabricación. Por otro lado ya no será necesaria la creación de grandes centrales de producción de energía renovable, si no que cada individuo, vivienda o fábrica podrá ocuparse de

proporcionarse la energía que necesite, y la sobrante volcarla en la red algo que ahora mismo, no supone ningún beneficio económico para los grandes poderes y por tanto no interesa fomentar. En este viaje de retorno, el destino debe ser una sociedad que comprenda al ser humano en su totalidad, y sea un reflejo de su riquísima complejidad. Una sociedad totalmente contraria a la actual, en la que la persona es considerada como un elemento productivo, por encima del resto de sus facetas creativas, emocionales, vocacionales...

Tenemos la tecnología, el conocimiento, y cada vez menos dinero, es el momento de demostrar que unas manos generosas pueden hacer aflorar la abundancia de este planeta, sin ninguna necesidad de su demanda y su oferta. Para ello debemos desandar el camino que nos ha traído hasta aquí, recuperar la libertad y dignidad que vendimos a cambio de dinero. Ha llegado el momento de contemplar la Historia también como un viaje de vuelta, en donde el ser humano es el viajero que vuelve a recoger en su equipaje lo que a lo largo del camino dejó, pensando que había quedado obsoleto. El viajero que al mismo tiempo abandona aquello que en su día le convencieron de que era beneficioso, pero ha terminado demostrando ser todo lo contrario. Quien trae consigo todo lo nuevo aprendido durante el viaje y lo utiliza en su propio beneficio y el de los demás.

Volviendo sobre nuestras pisadas, lo primero será retomar lo que nuestros abuelos, y abuelos de nuestros abuelos, tuvieron que abandonar: sus fuentes de sustento. Lo hicieron por un lado obligados, ante el ansia de los latifundistas por la explotación monopolizada del campo, y por otro lado animados por la idea de que en la ciudad se viviría mejor. En algunos casos pudieron acertar, pero indudablemente en el camino perdieron demasiado: pasaron a depender del patrón para trabajar, para llevar a la mesa la comida que antes salía de sus manos, pasaron a depender del precio de unos alimentos que en ocasiones no podían pagar, y de los que ahora desconocían toda la distancia y química que traían consigo. Buscando el dinero prometido vendieron su sustento, y se encontraron que en el cambio también perdieron libertad y dignidad.

Volviendo sobre nuestros pasos cambiaremos las ciudades, masificadas, dependientes y desvinculadas del medio natural, por comunidades en convivencia extensiva y simbiótica con su entorno. Concentrarnos en grandes urbes sólo nos aleja de las fuentes de sustento, mientras que una forma de vida extendida en el territorio, asegura que todos podamos tocar la tierra con el mínimo impacto en el entorno, dando y recibiendo del medio ambiente, o lo que es lo mismo, viviendo simbióticamente con este.

El trabajo de la tierra, menospreciado y evitado es, sin embargo, junto con la construcción de un techo con nuestras propias manos, y la fabricación de nuestra propia indumentaria, lo que nos da nuestra libertad y dignidad fundamentales. Ambas actividades nos hacen soberanos de lo que comemos, de lo que habitamos y de lo que vestimos, o lo que es lo mismo, de lo que vivimos. Como ya sabemos, ahora comemos lo que nos dan, lo que podemos comprar con el dinero que tenemos: alimentos adulterados, cultivados a base de química, modificación genética, sobreexplotación y contaminación de agua y tierra. Somos lo que comemos, y por eso a día de hoy, somos lo que quieren que seamos. Pero no sólo

el alimento tiene la suficiente importancia como para dejarlo en manos de multinacionales, que confunden el verde de los cultivos con el verde de los billetes, también nuestra vivienda es demasiado importante como para que no dependa de nuestras manos, sino del banco, de la constructora... Antes o después tendremos que comprenderlo, un individuo libre empieza por un individuo digno, aquel cuya comida, techo y vestimenta no dependen más que de sus manos y de quienes le rodean.

Los nuevos zapatos de los que hablo, y que usaremos para este viaje de retorno, son la tecnología que ahora nos acompaña. Tecnología cuyo denominador común debe ser la democratización de la producción, y que en conjunción con la sabiduría popular permite empoderar a los personas, individualmente o colectivamente, para convertirles en dueños de su dignidad y en sus propios productores. El desarrollo tecnológico (de la mano de una profunda *tecnologización*, término que abordaremos más adelante) nos permite hoy en día obtener energía, construir la vivienda, crear la vestimenta, cultivar los alimentos y desarrollar otra infinidad de actividades, modernas o tradicionales, con mucho menos esfuerzo que nuestros antepasados. Eso sí, para ello es fundamental la vuelta al entorno natural, o en sentido contrario, abrir las puertas del entorno urbano a la naturaleza.

Volviendo al tema que ahora nos ocupa, es importante subrayar que, a pesar de que volvamos sobre los pasos de nuestros abuelos, y de los abuelos de nuestros abuelos, retomando el contacto con la naturaleza y recuperando la sabiduría popular para aprender a interpretarla, no estamos obligados a vivir como ellos vivieron. Llevaremos el conocimiento acumulado y la tecnología adquirida durante todos estos años al campo, con una vida que sea consecuencia de su riqueza y diversidad, un reflejo de la tierra que pisamos, de sus costumbres y tradiciones. Hablo de tener una vida que sea consecuencia del medio que nos rodea, de que nuestra piel sea la nutrida con las especies autóctonas, curtida por su clima, hidratada con sus lluvias, sus aguas, gastada por el trabajo de su tierras... sintiendo así que realmente pertenecemos a un lugar, y que la innata riqueza de su entorno natural nos da vida, de la que esta es su consecuencia.

Sumado a esta recuperación de toda la sabiduría tradicional de la naturaleza, es importante recalcar el hecho de que hoy tenemos más conocimiento y tecnología que nunca antes para cultivar de la manera más eficiente y al mismo tiempo más natural, obteniendo más alimentos por menos agua, menos tierra y menos química. Quizá esto suene bucólico, pero porque aún no somos conscientes de nuestra capacidad para cosechar más por menos, y lo que es más importante, de nuestra capacidad para vivir en simbiosis con nuestro entorno: depurando naturalmente nuestras aguas residuales por medio de la fauna de estanques; obteniendo energía limpia, que actualmente sabemos aprovechar más que nunca y sabemos distribuir de manera inteligente, ahí donde en cada momento se demanda; construyendo con materiales presentes en nuestro entorno nuestras propias viviendas de adobe, de madera, de pilas de paja, de sacos de arena o materiales reciclados, viviendas sostenibles e inteligentes, que saben aprovechar la orientación del sol o la condensación del agua para regular

la temperatura en su interior (pero no sólo nuestras casas, también nosotros podemos y debemos acompasar nuestra vida con los ciclos solares...)

Sí, suena utópico para los urbanitas, pero los ejemplos de personas que ya viven así son innumerables y para el que busca no le costará encontrarlos.

En definitiva, hoy mejor que nunca sabemos cómo convivir con nuestro entorno sin ponerlo en peligro y al mismo tiempo sin renunciar a nuestro nivel de vida, eso sí, a un ritmo distinto del frenético, que actualmente mueve nuestra sociedad. Sólo nos queda confiar en nosotros, en que seremos lo suficientemente avispados para hacer realmente nuestros ciencia, tecnología y conocimiento, que alcanzados durante todos estos años, esperan ahora a una sociedad madura que los utilice en su propio beneficio, para recobrar su libertad e independencia. En esta sociedad, libre y autónoma pero al mismo tiempo profundamente colaborativa, la vida de las personas es una consecuencia de su entorno y no el entorno una consecuencia de las personas.

Medios de creación propios, flexibles, multiproductivos e intraconectados

"Menos mano de obra y más obra maestra"

Para nuestro empoderamiento es fundamental que reflexionemos acerca de un hecho: es de nosotros, de las personas, de quienes depende cualquier medio de creación. Medios de creación de conocimiento, como universidades y colegios; de producción industrial, como fábricas y talleres; de ocio, como teatros, museos y cines; de salud, como hospitales y ambulatorios… Sin olvidar los medios de recuperación, que reintegrarán todos los deshechos generados a lo largo de tantos años, una increíble fuente de recursos si nos esforzamos en reutilizarlos y reconvertirlos.

En las líneas que siguen veremos que ninguno de estos medios de creación necesitan de corporaciones para funcionar, una sociedad no está obligada a articularse en torno a empresas si sabe volver a las fuentes de sustento, la tierra, el agua, las materias primas, recuperar los medios de creación que ya existen, construir los que sean necesarios y modernizar o eliminar los que supongan un riesgo para el medioambiente y sus gentes.

Sin los poderes económicos los medios de creación serán distintos, pero indudablemente seguirán existiendo, ya que las personas tenemos una inclinación inherente a la creación intelectual, artística, tecnológica, artesanal... Si esta afirmación parece poco prudente basta, para deshacerse de todas las dudas, observar a los niños, como crean, crean y crean por el mero hecho de crear, maravillándose con lo conseguido, disfrutando con su capacidad para convertir lo abstracto en algo real, y lo más significativo, compartiendo sus creaciones sin esperar nada a cambio. Padres, hermanos mayores, tíos, abuelos, ¿cuántos dibujos, manualidades e inventos guardáis de vuestros hijos, hermanos pequeños, sobrinos y nietos? ¿Alguna vez os han pedido una contrapartida, algo

a cambio? Nunca. Disfrutan de las reacciones de los demás con sus creaciones, de las exclamaciones de asombro, de las preguntas sobre cómo y porqué, de los consejos para futuras mejoras. Pero esta natural generosidad humana, que se manifiesta desde los primeros años, es ahora tempranamente suplantada por una enseñanza que prima la búsqueda del beneficio y del interés propio. Se enseña aquello de "tu primero tienes que preocuparte de ti mismo, y luego ya de los demás", y se enseña tan eficazmente, que "los demás" a veces no llegan nunca. De manera que cuando estos niños se convierten en adultos, perpetúan la sociedad del dinero, la del interés propio por encima del bien común, enseñando a sus hijos lo mismo que les enseñaron a ellos.

Es una falacia que en una sociedad sin la motivación del dinero, sus integrantes no mueven un dedo, se vuelven perezosos. La necesidad de creación, la necesidad de esparcirnos, prolongarnos, perpetuarnos en aquello que creamos es profundamente humana, y aunque el dinero la haya dormido, la haya domado, volverá con renovadas fuerzas cuando este desaparezca. Tenemos poco a poco que recordar nuestra primera creatividad generosa, la que nos surgía de manera instintiva desde nuestros primeros años, sin que nadie nos la hubiera enseñado. Además de esta vuelta a la creatividad de nuestros primeros años, tenemos que acabar con la creencia que hoy se repite como un mantra: "mira primero por ti, y luego si acaso por los demás". Tenemos que terminar con esta actitud no por bondad, si no porque ante todo es rotundamente equivocada. Centrarnos en la consecución de nuestros propios intereses, sin atender al interés de los que nos rodean, nos aleja del resto, y eso nos hace tremendamente infelices. Sabemos que la mujer, el hombre, es ante todo un ser social, que necesita del apoyo, del respeto, del afecto, del amor, del cariño de los demás. Esta base afectiva es lo que realmente entronca nuestras vidas, siendo el resto de cosas que hacemos fascinantes, hermosas, interesantes y emocionantes pero al fin y al cabo hojas del tronco del afecto, que lo fortalecen pero no lo pueden sustituir.

¿Y de que manera se relaciona esto con los medios de creación que estamos discutiendo? El afecto, el amor, la estima, el enriquecimiento espiritual, debe ser el aspecto central de toda nuestra vida, también en el trabajo en nuestros medios de creación. Es por esto que el resultado de todas nuestras creaciones, desde la más pequeña a la más grande, siempre deberá buscar un espejo donde mirarse, es decir, personas que utilicen, admiren y disfruten aquello que uno mismo ha creado, construyendo y fortaleciéndose vínculos entre los creadores, entre el creador y lo conseguido, entre el creador y lo trabajado, entre el creador y el que usa, entre el creador y el que admira, entre el creador y el que disfruta lo creado. En la sociedad que vivimos, ese espejo, donde la creación resultante de las diversas actividades humanas se mira es, por encima de todo, el dinero, el beneficio económico que esta representa, haciendo que nuestro trabajo no nos devuelva afecto, sino dinero, vaciándonos por dentro aún con los bolsillos llenos.

Hay que recalcar así mismo que todo lo anterior se dará sin recurrir a la caridad, la solidaridad o el altruismo. En una sociedad sin dinero no hará falta apelar a la bondad del ser humano, tampoco en el ámbito del trabajo. Las personas, sin las limitaciones de un mercado laboral donde manda el dinero, finalmente podrán libremente elegir cómo y con quién cooperar, cómo

desarrollar su vocación, sus inquietudes, enriqueciéndose unas de otras, yendo ahí donde esté el conocimiento, llevando su conocimiento donde sea necesario. Este es el nuevo trabajo, el construido desde la realización personal, desde la necesidad de crecimiento intelectual, desde el magnífico sentimiento de sentirse útil, desde la hermosa constancia de que tu tiempo, tu esfuerzo, tu estudio, tu perseverancia, hacen más rica y feliz la vida de quienes te rodean, y así lo puedes constatar con tus propios ojos. Desde el momento en que las personas tienen la libertad para desarrollar sus inquietudes creativas, no será necesario apelar a su bondad o altruismo para que creen para la comunidad, el poder creador de la humanidad necesita, inevitablemente, alguien que disfrute de lo creado.

Ya no existirán las secretarias que hacen de secretaria toda su vida, ni el socorrista, ni el basurero, ni el cocinero, ni el albañil, ni el profesor, ni el electricista, ni el periodista, ni el enfermero, que ejercen de ello toda su vida, si no personas plurihábiles que saben gestionar, cocinar, mantener su entorno limpio, cuidar y socorrer a los demás, construir, reparar, enseñar, curar, informar... En definitiva gente consciente de la capacidad del ser humano para aprender y desarrollar las más diversas habilidades, haciendo de su vida una experiencia rica, heterogénea, con un inevitable conocimiento de su entorno cultural, tecnológico y humano. Consiguiendo así empoderar sus vidas, con una dignidad que parte de sus manos y una libertad que es sólo suya.

Con todas estas piezas podemos dilucidar el escenario de creación que se dará en una sociedad sin dinero: aquellos que posean inquietudes afines y conocimientos complementarios, se agruparán en torno a los medios de creación que les sean de más utilidad para desarrollar su actividad o actividades, en otros casos crearán otros a la medida de su trabajo. Irán ahí donde puedan desarrollar su actividad, donde puedan aprender más, donde puedan enseñar a otros, donde puedan intercambiar conocimiento, donde se necesiten sus mentes y sus manos. Hablamos de medios de creación propios. Antes de continuar, debemos ser conscientes de la enorme importancia que tiene, para que el trabajo sea una actividad elegida libremente y que responda a nuestras inquietudes, nuestras necesidades y las de nuestro entorno, que partamos de una situación en la que nuestra dignidad más fundamental está cubierta por nosotros mismos.

De esta manera tendremos las fábricas de las personas, y no las de las empresas, las del máximo beneficio a toda costa, las de la fabricación en cadena y las de la obsolescencia programada. En las fábricas de las personas se reunirán, por poner un ejemplo, los que les gusta diseñar, los que les gusta estudiar el terreno para extraer los materiales, los que les gusta obtener los materiales a partir de objetos reutilizados, los que les gusta pasar a la realidad lo que está en el plano, los que les gusta estudiar las propiedades químicas de los materiales, los que les gusta crear y reparar las máquinas que fabrican lo que las manos no pueden (no es difícil darse cuenta que aquí el verbo clave es “gustar”). Es decir, se reunirán, en este ejemplo, diseñadores, ingenieros, mecánicos, geólogos, químicos… para crear un proyecto común. Porque sabrán que sólo complementando su conocimiento el resultado de su actividad dejará de ser parcial, fragmentado, para ser integral, completo, de gran alcance para el bienestar de quienes les rodean y para el avance de su sociedad.

Cuando los medios de creación no tienen que estar sujetos a la lógica de la rentabilidad que impone la dictadura del dinero, estos pueden ser como las personas quieran que sean: podrán especializarse en una sola actividad, o albergar muchas de distintos ámbitos que pueden ser afines, o incluso no tener nada que ver entre ellas. Podrán servir para un propósito concreto durante un tiempo concreto, o utilizarse para muchos fines en un tiempo ilimitado. Todo depende de las personas, de quienes, en esta sociedad, son los medios de creación, y que inevitablemente son consecuencia de su entorno.

En la sociedad del afecto y el conocimiento este último no es un negocio, no se convierte artificialmente en un bien escaso, privilegiado, sino que circula libremente, y hace que los medios de creación puedan construirse en cualquier lugar, siempre y cuando existan manos. En la nueva sociedad la falta de conocimiento ya no es un impedimento real, tampoco la falta de dinero, todo depende del número de personas que se impliquen en cada proyecto.

Este empoderamiento a través de la recuperación de los medios de creación, se debe hacer desde el trabajo como vocación y dentro de la interdependencia a corta distancia. Pero para hablar del trabajo que debemos perseguir, tenemos que hablar del mercado de trabajo al que hoy nos vemos atados, profundamente limitante en la sociedad del dinero. Porque, ¿hay acaso algún momento en que ya no haya que dar un punto de vista más a la información, y por tanto no se necesiten más periodistas, algún momento en que no haya que seguir comiendo, o descubriendo nuevas técnicas agrícolas, y por tanto no se necesiten más agricultores, algún momento en que no haya que curar más, o investigar más, y por tanto no se necesiten más médicos, algún momento en que no haya que enseñar más, o enseñar desde otros métodos, otras propuestas, algún momento en que no haya que construir más, o investigar sobre nuevas formas de construcción, algún momento en que no se necesitarán más novelas, cuadros o músicas? No, nunca. Siempre se necesitarán recursos humanos, personas para afrontar los nuevos retos, para avanzar o por lo menos intentarlo, para cubrir las necesidades de los mayores, para alcanzar las expectativas de los pequeños, o simplemente, incluso cuando ya todo esté hecho, para regodearse en la creatividad humana sin más objetivo que la contemplación estética.

Entonces, ¿porqué razón hay tantos periodistas, médicos, arquitectos, profesores, agricultores, artistas sin poder ejercer su trabajo? Porque el dinero es, por definición, un factor limitante, también en el caso del mercado de trabajo. En la actual sociedad, tantos médicos, periodistas, profesores y artistas pueden ejercer, como dinero haya para pagarles, para darles un puesto de trabajo, para darles los materiales. No basta que estés enfermo, no basta que haya cientos de médicas, médicos, enfermeros, enfermeras, que salgan de las universidades preparados para tratarte, si no hay dinero ellos nunca podrán curarte. Si aún te da cobertura la sanidad pública tendrás que esperar a que otros, desbordados, lo hagan, y si no, tendrás que rezar para que la enfermedad no se agrave. Tampoco basta con que tengas la necesidad de arreglar un electrodoméstico, si no tienes el suficiente dinero tendrás que pasar sin él, mientras afuera hay tantas y tantas personas que podrían ayudarte y sin embargo la sociedad del dinero no se lo

permite. **Es evidente que en el actual sistema los recursos humanos no se distribuyen de la mejor manera posible. Existen necesidades, existen personas que pueden cubrir esas necesidades, y sin embargo la sociedad basada en el dinero hace imposible que ambos puntos se unan**. Así vivimos: algunos con carencias que no podemos cubrir, otros frustrados por trabajos que no podemos hacer, juntos pero separados.

En la nueva sociedad en cambio, ya no hay que esperar a que haya puestos, a que haya dinero para pagar un sueldo, a que el cliente tenga presupuesto. Tampoco hay profesiones, porque como ya se ha dicho somos polifacéticos, y nadie será conductor, informático, veterinario ni panadero durante toda su vida, sino que tendremos unos u otros conocimientos, inquietudes, intereses, afines o diversos entre sí, y simplemente podremos desarrollarlos, ampliarlos, ponerlos en práctica, usarlos para nuestro bienestar y el de quienes nos rodean.

Del mismo modo que las personas podrán ser multifacéticas, los medios de creación serán multiproductivos, flexibles e intraconectados. ¿Qué significan estos conceptos? Para entenderlos hay que acudir antes el escenario productivo que vendrán a sustituir. La sociedad del dinero, para asegurar su supervivencia, necesita manipular continuamente las necesidades de las personas, convertir una demanda puntual, circunstancial, en una demanda continua.

Pongamos por caso una fábrica de colchones. A lo largo de su vida productiva los individuos de su entorno se verán beneficiados por su producción, pero inevitablemente llegará un momento en el cual ya no se precisen más colchones. En el escenario de la sociedad del dinero, la solución pasa por:

- Crear necesidades artificialmente, sacando continuamente nuevos productos en los que lo importante no son sus características mejoradas con respecto a los anteriores (cosa que muchas veces es incierta), sino simple y llanamente su novedad.

- Buscar demanda más allá del entorno inmediato, consumiendo más recursos en el transporte y embalaje y desplazando a otras industrias locales, que conocen mejor los recursos disponibles en el entorno y las necesidades de sus habitantes, y además emplean un menor gasto de energía en transporte.

- Dando a sus productos una obsolescencia programada, para asegurarse la demanda de los mismos pasado un tiempo.

Como vemos el dinero no mueve el mundo, sino que el mundo se mueve como el dinero necesita.

Este trata de imponer su lógica a la realidad para que el beneficio económico no cese, modificándola, creando necesidades ficticias a través de la publicidad y el marketing, asegurándose la demanda por medio de la obsolescencia programada y justificando la producción continua de productos cuyas características no son siempre mejores a las de los antiguos que vienen a sustituir, de hecho su principal y a veces única virtud es su novedad. Dicho esto,

¿cuál es la causa que subyace a esta producción adulterada, para necesidades creadas y no reales? Lo que debería ser un medio se ha convertido en fin, lo que debería ser un fin se ha convertido en medio. O lo que es lo mismo, las distintas actividades de producción no tienen como fin crear productos útiles, sostenibles, saludables, sino que estos son convertidos en un medio para alcanzar un fin, que es el dinero. De esta manera los medios de creación actuales no satisfacen las necesidades de las personas, si no las necesidades del dinero. Lo que compramos no es lo mejor para nuestro día a día, para nuestra salud y necesidades, pero sin duda de lo que podemos estar seguros es que es lo más rentable para las empresas.

En cambio en la sociedad del afecto y el conocimiento, que se propone, los medios de creación son flexibles, tienen la libertad de adaptarse a las necesidades del medio natural y humano ya que, a fin de cuentas, estos dependen de los individuos que habitan su entorno. De este modo, los medios de creación se reconvierten para satisfacer nuevas necesidades, su producción se puede detener temporalmente para reanudarla cuando se necesite, incluso la maquinaria puede cederse a otros lugares para que satisfaga una necesidad que aún no ha sido cubierta. Esto, entendido fuera de la sociedad del dinero no supone gastos, pérdidas de puestos de trabajo, quiebras, informes negativos de rentabilidad... Cuando nos liberamos de la lógica del dinero, los recursos y los medios de creación que los explotan se pueden manejar de forma mucho más eficiente y consecuente con la realidad, en vez de imponerse a ella. Los medios de creación de la sociedad sin dinero tienen la capacidad de adaptarse a la sociedad y responder a sus cambios, sin manipular sus necesidades.

Además de su flexibilidad, los medios de creación que se proponen tienen la oportunidad de ser multiproductivos e intraconectados entre sus partes. Mientras que la sociedad del dinero y su búsqueda enfermiza de la rentabilidad hace que los medios de producción actuales se dediquen frecuentemente a un campo concreto, en la sociedad sin dinero el ámbito de producción en los medios de creación podrá ser tan amplio como se quiera. O lo que es lo mismo, en los mismos lugares donde se fábrica el hardware de los ordenadores, se crea el software, se recicla o reutiliza la basura electrónica, se investiga sobre los efectos en la salud derivados de sus uso, se experimenta sobre aplicaciones distintas para la tecnología creada...

Gracias a estos centros multiproductivos:

- Se disminuye considerablemente la energía empleada en el transporte y embalaje de todas las partes que componen un producto, ya que tanto estas como el producto final se crean en el mismo lugar.

- El espacio productivo se optimiza, de manera que dependiendo de las necesidades de cada momento, se pueden dedicar una mayor superficie a unas actividades en detrimento de otras, para en un futuro, cuando las necesidades sean distintas, el espacio dedicado a cada actividad se reconfigure.

- Dentro de las distintas áreas de creación, englobadas por el macro ámbito multiproductivo del medio de creación, confluyen personas con conocimientos muy diversos, que pueden tanto enriquecer como enriquecerse de quienes que participan en los procesos productivos que no son el suyo. Esto permite que el individuo tenga un conocimiento global, que complementa su conocimiento específico y lo hace más completo.

- La multiproducción pone en contacto ámbitos en un principio alejados entre sí, pero que en conjunción pueden conllevar posibilidades desconocidas hasta ahora. Esto abre la puerta a soluciones creativas que, en la sociedad del dinero, totalmente compartimentada, difícilmente se dan. ¿Qué pasaría si, por ejemplo, juntamos en los medios de creación de conocimiento a filólogos y químicos? A lo mejor los primeros pueden leer tratados a los segundos, y los segundos explicar a los primeros el contenido de estos. Quién sabe las relaciones y sus correspondientes resultados que se darían en estas colaboraciones. ¿Y si juntamos a físicos y cocineros? ¿A historiadores del arte e ingenieros?

- Estos polifacéticos medios de creación vienen a complementar la especialización en la creación industrial, en la creación de conocimiento. Esta, evidentemente, ha traído cosas positivas, pero también ha supuesto una visión parcial de la realidad. Un contacto permeable entre profesionales de ámbitos solapados entre sí, nos permitirá adquirir un conocimiento más holístico, más renacentista en cierto modo. Una percepción más global del mundo, entendiéndolo como un conjunto en el que cada cambio en sus partes tiene un efecto en las demás, lo que nos ayudará a resolver muchos de los problemas que hoy nos afectan.

La intradependencia en cambio, se manifiesta de dos maneras:

- Por un lado, el hecho de que distintos procesos creativos, cercanos en mayor o menor medida entre sí, compartan un mismo espacio, permite producir de manera adaptativa, configurando las características de un producto en relación con las del resto de productos junto con el que forman el producto final. Así, el hardware se podrá crear para potenciar las virtudes del software existente, o al revés, el software se desarrollará de manera que minimice los defectos del hardware existente, creando finalmente un ordenador eficiente, cuyas partes están totalmente integradas, porque han sido fabricadas pensando la una en la otra y viceversa.

- Por otro lado la intradependencia también se manifiesta en los elementos de deshecho de cada proceso productivo, que pueden ser de utilidad para otros. Así en un mismo medio de creación pueden darse la mano una fábrica de muebles y una de biomasa, en la que la segunda aprovecha para su procesamiento, los residuos de la primera.

En este espacio de creación que tendremos la posibilidad de desarrollar, las leyes, normativas, regulaciones, imprescindibles en la sociedad del dinero, no serán ya necesarias, porque las personas producen para sí mismas y sus cercanos sin interés económico de por medio, siendo esta la mejor garantía que

puede tener un producto de que es práctico y saludable para las personas y el medio ambiente. Sumado a esto, tanto usuarios como productores como medios de creación estarán en permanente contacto, ya que conviven y comparten en el mismo espacio: unos se acercarán a los medios de creación para crear, otros para disfrutar de lo creado, enriqueciendo con su experiencia el proceso creativo de los primeros.

En este sentido es importante recalcar que la distancia tendida por el dinero entre aquellos que tiene una necesidad y aquellos que pueden cubrirla ya no existe. Los primeros, los que necesitan de un conocimiento que no tienen, pueden contactar con los segundos, todos aquellos que tienen experiencia, sabiduría, habilidades, que desean compartir, aplicar, poner a prueba, supliendo las carencias de otros. Habrá completa libertad para establecer este tipo de relaciones porque ya no será necesario que intermedie el dinero y por tanto, no estaremos sujetos a sus limitaciones. Que nuestros alimentos dependan de nuestras manos, al igual que la ropa y la vivienda, no sólo nos da nuestra dignidad, sino que además permite que no tengamos que subyugar nuestro trabajo a un obligado beneficio económico, nuestras necesidades estarán cubiertas y podremos concentrarnos en adquirir conocimiento y ponerlo en práctica, guiándonos por nuestras inquietudes y compartiendo lo creado con el resto, para enriquecernos enriqueciendo, algo, que como ya hemos visto está en nuestra naturaleza.

El nuevo trabajo no podrá ser un derecho que puede darse o negarse, sino que se tendrá que entender como un hecho, como actividades que parten de nuestras manos y mentes, y que surgen inevitablemente ante cualquier inquietud intelectual o necesidad material. Un trabajo cuyos resultados son visibles, redundan directamente en el bienestar de uno mismo y el resto, y hace que nos identifiquemos con lo que hacemos, que nos identifiquemos con sus resultados y consecuencias. Un trabajo alejado de toda consideración mercantil, que nos permite atender solamente al bienestar que produce, y no al beneficio económico que retribuye. Contrario totalmente al actual, en el que justificamos puestos denigrantes, contaminantes, maquinales, donde no hay responsabilidad alguna con su influencia en el entorno, donde callamos nuestra conciencia simple y llanamente porque necesitamos el dinero en la nómina. El trabajo actual, institucionalizado, capitalizado, regulado, sindicalizado, es un derecho, pero el trabajo por y para nosotros mismos no necesita de defensores, ni de creadores, ni de reglamentos, porque es un hecho, una necesidad, que se puede y se debe articular entre personas del mismo modo que la convivencia. En el trabajo del que hablo las personas pueden encontrar libremente su dignidad, responder a sus inquietudes, compartir conocimiento y experiencias, buscar conceptos cómo la belleza, cultivar la creatividad… es en pocas palabras, una fuente inagotable de riqueza espiritual.

Otra de las consecuencias de deshacernos de cualquier consideración económica en nuestro trabajo, es que las oportunidades y maneras en las que una persona puede aportar a su entorno y al mismo tiempo sentirse útil, se amplían enormemente. Surgen todo tipo de actividades, iniciativas, proyectos… que de ningún modo habrían surgido en la sociedad del dinero por no ser

rentables, y que en la nueva sociedad no se ven forzadas a depender de ninguna subvención ni financiación para existir, evitando el consecuente control e imposición de condiciones por parte de quien cede el dinero. Deshaciéndonos de la consideración del beneficio económico, todos los resultados del trabajo dependen solamente del interés y del esfuerzo. Y esto se aplica a todas las personas, también aquellas impedidas física o psíquicamente. Estas adquirirán el valor que siempre debieron tener y que nunca recibieron. Claro, porque nada de lo que aportan el dinero lo sabe contar: amor, cariño, gratitud, superación, voluntad… No será necesario que tengan que pedir subvenciones o caridad de la iglesia, no hará falta que se pongan a vender cupones para sentir que aportan, por que su verdadera minusvalía ya la habrán superado: la falta de dinero en un mundo que sólo se mueve con él. Estas personas con discapacidad verán como sus posibilidades dependen solamente de su ambición, porque sus capacidades ya no tienen por qué ser rentables. Podrán intentar ser, hacer, dar, querer, vivir como intentamos todos, conscientes de nuestras limitaciones y no dejándonos arrastrar por ellas, encontrando el valor de sus acciones en el rostro de quienes les rodean.

El nuevo trabajo del que hablo es, en pocas palabras, una hermosa, compartida, y heterogénea experiencia vital.

Bolsas de Necesidades y Capacidades. Bolsas de Recursos

"El verdadero intercambio se produce
cuando lo divergente converge
en nueva divergencia."

En relación a los medios de creación y el trabajo es inevitable hablar de la manera en que los recursos humanos y materiales circularán en una sociedad sin dinero. El nombre de "Bolsas" es una clara alusión a una ocupación de las Bolsas de Valores actuales, espacios donde ahora se hace negocio con la dignidad, para comenzar a darles la utilidad que siempre deberían haber tenido: el reparto justo de la riqueza. Yendo a su significado concreto, **las Bolsas son los lugares físicos o virtuales en los que las personas intercambian habilidades, experiencias, conocimiento, necesidades y materiales en la sociedad sin dinero**. Es importante decir ya por adelantado que el trueque o la utilización del tiempo como dinero no son necesarios en estos lugares de intercambio. Éste se produce sin más incentivos que por la necesidad del que tiene un conocimiento de compartirlo o aplicarlo, y en segundo lugar por el interés de crear y enriquecer lugares donde en un momento dado tus necesidades encuentren respuesta.

Antes de continuar debemos entender la naturaleza del intercambio del que hablo, distinta a la que imprime el dinero hoy en día a nuestros intercambios. Actualmente estos son directos: doy dinero, recibo productos o servicios; trabajo, recibo dinero; pago, trabajan para mí. Sin embargo cuando a lo largo de éstas líneas hablo de intercambio, hablo de un intercambio indirecto, es decir, uno que no es tan simple como cambiar unas cosas por otras, o unos servicios por otros, sino un intercambio en el que la riqueza de una persona se vierte en

un todo, en su comunidad, o en las comunidades adyacentes, o en una Bolsa de Necesidades y Capacidades, y le vuelve en un tiempo y forma indeterminada. El intercambio es indirecto, porque la persona no se ve recompensada en un tiempo y de una manera concreta, sino que lo que aporte servirá para que en un futuro los participantes en la Bolsa, Bolsa que ella ha ayudado a construir y ha enriquecido, le presten la ayuda que ellos mismos recibieron. O lo que es lo mismo: las personas beneficiadas por las actividades de otras, no tendrán el más mínimo problema en ayudar cuando estén en disposición de hacerlo. Saben que lo que aporten a las Bolsas les será reflejado, y lo que ellos viertan hoy en otros, les enriquecerá de distintas maneras en un futuro.

Démonos cuenta de cómo estos intercambios indirectos imitan los intercambios existentes en nuestras relaciones personales: cuando invertimos tiempo, esfuerzo, en una amistad, o en un familiar, o en nuestra pareja, lo hacemos sin esperar nada a cambio, pero sabiendo que en el futuro, y de una manera que no sabemos, ese afecto, ese amor invertido nos será devuelto. De manera similar los resultados de nuestra creatividad, nuestro trabajo, nuestro tiempo, se verterán en un todo, que puede ser nuestra pequeña comunidad, nuestros medios de creación o nuestras Bolsas, y nos será devuelta en tiempo y forma determinados, gracias a la *interdependencia a pequeña distancia* que nos mantiene ligados a los mismos.

Tres son los aspectos que se dan la mano en estos espacios: los que tienen un conocimiento lo pueden compartir, o lo que es lo mismo, el médico encuentra aquí una oportunidad para compartir lo que sabe; los que tienen una necesidad la pueden satisfacer, o lo que es lo mismo, quien necesita construir un molino eólico encuentra aquí consejo y ayuda; y por último, los que necesitan materiales aquí los puede encontrar.

Pero, ¿cuáles son los fundamentos de estas Bolsas? La existencia de estos lugares se basa en el hecho de que el desarrollo de toda actividad humana necesita de alguien que se beneficie de ella. Las Bolsas simple y llanamente ponen en contacto a ambas partes. ¿A qué me refiero con esto? Quien se dedique a la medicina necesita de enfermos, quien se dedica a la geología necesita de gente interesada en la extracción de unos u otros materiales, quien se interese por la educación necesita de estudiantes, y quien se dedique a escribir libros necesita de lectores. De esta manera comprobamos dos cosas:

- Las personas nos necesitamos, tanto para ayudarnos a cubrir nuestras necesidades como para formar parte indispensable de las actividades de otros. La necesidad o carencia de unos es la oportunidad de otros para desarrollar sus habilidades y poner en práctica sus conocimientos.

- Cuando el dinero no es el que determina el valor de cada actividad, éste se puede medir por el número de personas a las que beneficia y el grado de bienestar que conlleva, para uno mismo y para los demás. De esta manera un arquitecto se podrá centrar exclusivamente en el bienestar de los inquilinos de sus viviendas y en su propia satisfacción personal, sin estar influenciado en ningún momento por el beneficio económico.

En este contexto las Bolsas son espacios, físicos o virtuales, donde las personas tienen la oportunidad de suplir una carencia, compartir los resultados de su actividad, intercambiar indirectamente materiales o conocimiento... Espacios imitan el funcionamiento de algunos sitios de Internet, donde se dan cita personas con ciertas necesidades y personas con la capacidad para suplirlas, sin que el dinero medie. Actualmente éstas webs se circunscriben a unas actividades concretas o a solamente el intercambio de conocimientos. Las Bolsas extenderían ésta filosofía al resto de ámbitos de nuestra vida.

Gracias al desarrollo de las comunicaciones, estas Bolsas serán grandes semilleros de ideas, ya que recogerán gran cantidad de información, conocimiento, materiales, productos… creados en los medios de creación y que no han encontrado salida en ellos (recordemos que los habitantes de las pequeñas comunidades se acercan a los medios de creación para disfrutar de lo que en ellos se crea). En la versión virtual de estos lugares de intercambio, los proyectos se podrán construir en red, con todas las ventajas del pensamiento colectivo, para posteriormente llevarlos a la realidad si las ideas fructifican. Además, los participantes de estas Bolsas harán lo posible para que estos centros de intercambio de ideas, manos, conocimientos y experiencias estén lo más vivos posible, porque esto redunda directamente en la calidad de sus vidas.

Pongamos por caso un médico que, ejerciendo en el hospital, ambulatorio o instituto correspondiente, tiene mucho más conocimiento que el que se limita al tratamiento de sus pacientes o al trabajo que realiza en el laboratorio. Las Bolsas representan para él un oportunidad para compartir sus experiencias, su sabiduría, sus ideas. Su conocimiento puede ser más o menos acertado, pero lo realmente valioso es la manera en que su visión conforma en las Bolsas, junto con una infinitud de visiones más, un caleidoscopio de opiniones, posturas, teorías… que enriquecen a todos los participantes de estos lugares de intercambio, desde aquellos de su mismo ámbito como otros totalmente alejados del mismo. Porque si algo caracteriza a estas Bolsas es la heterogeneidad.

Para la especialización, para el desarrollo de una actividad profesionalmente, existen los medios de creación: hospitales, institutos de investigación, fábricas, talleres… de los que ya hemos hablado. A ellos se acercan los individuos de las poblaciones adyacentes, para disfrutar de la cultura material e inmaterial producida en estos espacios. Las Bolsas son, en cambio, los lugares necesarios para el intercambio, lugares donde se entrecruzan, retroalimentan, se influyen, se mezclan, se contrastan los resultados de todas las distintas actividades humanas: teorías físicas, artesanías tradicionales, corrientes filosóficas, descubrimientos científicos, grupos sociales, movimientos artísticos... Hablo de lugares donde existe un intercambio sin barreras, plural, abierto e interdisciplinar, tan multifacético como lo somos los seres humanos. En este contexto el médico se zambulle, junto con su conocimiento, enriqueciendo y dejándose enriquecer, contrastando lo que él sabe con lo que saben los demás, (incluso con aquellos cuya área de conocimiento pareciera lejana, pero que puede contribuir de manera impredecible a su saber), conociendo las experiencias de otros, contando las suyas propias… Así, cuando el médico

abandona la Bolsa de Capacidades y Necesidades para volver a su comunidad, lo hace renovado, habiendo sembrado y habiéndose dejado regar con aguas distintas a la suya. También se lleva nuevas amistades, nuevos contactos interesante para su trabajo o sus otras inquietudes y aficiones e incluso, porqué no, algún proyecto, curso, iniciativa… de la que formar parte.

Se podría pensar que el médico de este ejemplo no tiene porque tener interés en hacer esto, y con limitarse a curar en el hospital a las personas que forman su comunidad y las comunidades adyacentes, habrá satisfecho su vocación e inquietudes intelectuales. Esto sin embargo no es así. Este médico, y al igual que el resto de individuos que aportan su conocimiento a la Bolsa es, antes de ser médico, una persona con inquietudes, carencias, dudas, necesidades… que en solitario no siempre pueden satisfacer. Haciendo todo lo posible con su conocimiento por contribuir a crear una Bolsa (que, repito, puede ser tanto física como virtual) rica, dinámica y diversa, a la que se acerquen muchas personas con distintos perfiles, estará haciendo posible que, cuando él mismo tenga una necesidad, una inquietud… exista un espacio con el que poder contar, que él mismo ha ayudado a construir y enriquecer, donde habrá gente dispuesta a informarle, ayudarle, enseñarle... como a ellos le han informado, ayudado y enseñado anteriormente.

Antes de continuar tenemos que tener en cuenta que las Bolsas son espacios de intercambio indirecto, y no medios de creación. Es decir, la actividad que un ingeniero pueda desarrollar en ellas no sustituye a las fábricas al igual que el conocimiento que pueda compartir el profesor no sustituye a las universidades. Las Bolsas son la manera en que los recursos humanos y materiales circulan en la sociedad sin dinero, no son lugares de producción, medio de creación, aunque evidentemente, por sus características, si sean el semillero de muchos proyectos. En lo relativo a su disposición en el territorio, para aquellas Bolsas que no sean virtuales, parece que lo más interesante es ubicarlas en la intersección o en las cercanías de tantas comunidades como sea posible, recibiendo gentes, materiales y conocimiento dispares y diversos, lo cual redundará inevitablemente en su riqueza.

En cuanto a las Bolsas de Recursos, estas presentan ciertas diferencias frente a las otras dos mencionadas, ya que en su seno no se produce el intercambio de capacidades y necesidades, sino que a éstas llegan los materiales u objetos resultantes de las distintas actividades que no han encontrado a los individuos que se beneficiasen de ellos, lo que hace que inevitablemente sean lugares físicos. Las personas, como ya se ha hecho hincapié a lo largo del libro, somos creadoras por naturaleza, por instinto. Como resultado de nuestras actividades surgen ciertos elementos (tecnología, artesanía, arte...) que no siempre encuentran una necesidad que suplir en su entorno más inmediato. Es aquí donde entran las Bolsas de Recursos, lugares donde las personas y medios de creación pueden dar salida a lo que de otra manera se quedaría acumulando polvo.

Es conveniente recordar, en relación a éste contexto de intercambio indirecto, que las diversas actividades creadoras del ser humano no necesitan de

un incentivo para que se produzcan. O lo que es lo mismo, a quien le gusta coser ropa, montar ordenadores, trabajar la madera o escribir libros, lo hará siempre, independientemente de que sus necesidades relativas a estas mismas actividades, estén cubiertas o no en su hogar o entorno más inmediato, ya que es lo que le apasiona, lo que le gusta hacer. Las Bolsas de Recursos son espacios que recogen estas actividades realizadas por gusto, vocación o inquietud (que la sociedad sin dinero favorece y la sociedad del dinero en cambio obstaculiza) y que de otra manera permanecerían inutilizados y sin aprovecharse.

Tenemos, por tanto, que estas Bolsas de Recursos recogen los objetos y materiales creados por individuos en sus actividades o que, producidos en los medios de creación, son sobrantes, es decir, ya han suplido todas las necesidades de la población adyacente. En pocas palabras, en estas Bolsas los recursos sobrantes se dan cita con las carencias de recursos. Asalta una vez más la duda, razonable, de porqué nadie, que ha producido cierto objeto o extraído cierto recurso en su actividad, haría el esfuerzo de llevarlo a una Bolsa de Recursos, cuando puede acumularlo en su casa. La respuesta es la misma que formulamos para las Bolsas de Necesidades y Capacidades: el individuo que por su actividad acumula ciertos objetos, materiales, productos... es el primer interesado en ayudar a crear una Bolsa de Recursos rica, que anime a otros a llevar los resultados de sus actividades, y donde pueda encontrar, en un momento dado, los recursos materiales que necesite. Además, el hecho de que exista un espacio donde las personas pueden llevar sus creaciones, crea un marco donde reciben las impresiones de aquellos que se benefician y disfrutan de ellas, pudiendo mejorar así en el desarrollo de su actividad.

Cabe el riesgo, como el lector habrá ya pensado, de que un grupo de personas se apropien de este jugoso espacio de recursos. No es necesario reflexionar mucho para darse cuenta de que su movimiento sería uno más bien ingenuo ya que, tras hacerse dueños de la Bolsa de Recursos el resto de usuarios dejarían de llevar sus productos, y por tanto su éxito sería limitado en el tiempo.

Otra cuestión que permanece abierta trata sobre qué ocurre con aquellos recursos absolutamente necesarios para una comunidad que se encuentran sólo en lugares muy alejados de la misma. Hago hincapié en “absolutamente necesarios”, ya que las comunidades deberán tratar, en la mayor medida posible, de crear los bienes e infraestructuras que necesiten con los recursos disponibles en su entorno o en las comunidades adyacentes. En los casos en que sea indispensable un material que se encuentra a cientos o miles de kilómetros de distancia de la comunidad, es decisión de la comunidad o comunidades adyacentes permitir su explotación por parte de los interesados. Aunque todos tenemos los mismos derechos sobre los recursos naturales del planeta, quienes son directos responsables de su cuidado, son aquellos que en cada caso conviven con estos. Por ejemplo, las comunidades que se encuentran en lugares donde crece una planta medicinal muy específica, serán responsables, por su propio bienestar, el del planeta y el del resto de comunidades, de una correcta explotación que no ponga en peligro su supervivencia. En los casos en que el recurso no sea renovable, como por ejemplo el hierro u otro mineral, la

comunidad o comunidades que sean responsables de su explotación tendrán la difícil e importante tareakk

Esta alternativa que se propone de intercambio de recursos humanos y materiales es hija, en su versión virtual, de las nuevas tecnologías de comunicación, de la nueva interconectividad global en la que nos vemos inmersos, que convierten las Bolsas de Necesidades y Capacidades en grandes centros de intercambio de miles de personas, donde éstas no sólo se ayudan, sino que también se ponen en contacto para crear proyectos. Esta propuesta y en definitiva la sociedad sin dinero de la que se habla en éstas líneas, son un reflejo de las nuevas tecnologías. Sin ellas, las alternativas comentadas en estas páginas estarían abocada al aislamiento y en último término al fracaso. Por ello hacernos conocedores y dueños de la tecnología que nos rodea es tan fundamental, sólo con ella seremos capaces de articular nuevas sociedades profundamente intercomunicadas.

En definitiva las Bolsas son, en una sociedad interconectada, lugares de intercambio y enriquecimiento mutuo, donde circulan libremente las inquietudes, habilidades, conocimientos, carencias y necesidades, junto con los productos resultantes de las actividades humanas. No necesitamos demanda y oferta, ni dinero, ni altruismo y caridad para compartir, sino simplemente encontrar una forma de organizar la sociedad, donde el bienestar común sea realmente el individual, y el individual el común. Creo que las Bolsas, junto con las pequeñas comunidades, son los espacios idóneos donde este concepto puede cristalizar.

"Nosotrariado"

El nosotrariado, en contraposición con el proletariado, viene a sustituir el trabajo actual por un trabajo nuestro y para nosotros, que no esté sujeto ni a las leyes del mercado ni a la voluntad de individuos en puestos superiores.

Nuestro trabajo NO debe ser nuestro medio de subsistencia

Para que podamos trabajar en aquello que despierte nuestro interés y nos enriquezca, y además lo hagamos libremente, tenemos que convertir el medio para conseguir dinero que es actualmente nuestro trabajo, en un fin en sí mismo. Para ello debemos cambiar de paradigma. Hasta ahora hemos entendido el trabajo como un inevitable medio de subsistencia, lo que hace imposible que tengamos total libertad a la hora de elegirlo y ejercerlo.

Sólo a partir del momento que cubramos nuestras necesidades básicas, ropa, alimento y vivienda, podremos realmente dedicarnos a trabajar libremente, sin la preocupación de que nuestros trabajos tengan que forzosamente atender a una rentabilidad económica a través de la cual podamos subsistir. Por ello, para alcanzar un trabajo verdaderamente libre, es esencial que, en primer lugar, nos ocupemos en proporcionarnos nuestra dignidad fundamental.

En la actualidad el dinero que obtenemos con nuestro trabajo es el que nos da nuestra dignidad, de manera que esta pasa a depender de una infinidad de factores que no están en nuestra mano: leyes y reformas laborales, demanda existente, crisis, paro, capacidad adquisitiva del país, políticas de empresa... Todos estos factores, y otros muchos, hacen que tengamos muy poco control sobre nuestros trabajos, sacrificando nuestras inquietudes personales para adecuarnos a las circunstancias imperantes, haciendo así nuestro trabajo rentable. Aquello que hacemos a lo largo de nuestra vida es una de las cosas que mejor nos definen, y en vez de convertirnos en verdaderos dueños de ello, permitimos que queda a merced de factores globales que escapan a nuestro control.

En cambio, y volviendo a la idea previa, una vez cubiertas nuestras necesidades básicas, podremos decidir libremente los objetivos y condiciones de nuestro trabajo, el cual, pasará a convertirse en un fin en sí mismo, donde su realización, el resultado del mismo y el uso y bienestar que comporte, serán sus únicas y mejores recompensas. De esta manera pasaremos a trabajar por pasión, por interés, por mejorar el bienestar propio y del resto, por saber más, por enriquecer y enriquecernos… Nuestro trabajo no será más un medio para nuestra subsistencia, un instrumento para conseguir dinero.

En este sentido, surge casi inmediatamente una cuestión: bien, parece obvio que si no dependemos de nuestro trabajo para subsistir, lo podremos ejercer libremente, sin importar que este sea más o menos productivo en términos económicos pero, ¿qué ocurre con el trabajo que llevemos a cabo para proporcionarnos alimento, vivienda y ropa?, ¿no es este un medio de subsistencia? Es aquí donde se produce el principal cambio de paradigma. De la misma manera que no consideramos un trabajo defender nuestro derecho a la libertad, o nuestro derecho a la información, pero sin embargo trabajamos por defenderlos, ampliarlos y promoverlos, trabajar en el cultivo de nuestros alimentos, la construcción de nuestras viviendas y la confección de nuestras ropas, no debe ser considerado un trabajo, sino parte de la defensa y desarrollo de **un nuevo derecho inalienable: tener y usar la capacidad para proporcionarnos nuestra dignidad más básica**. Al igual que hoy consideramos el acceso a agua potable un derecho fundamental e inalienable, y por ello entendemos que tener grifos en nuestra casa que nos den agua limpia es esencial para una vida digna, tenemos que comprender que tener un terreno que poder cultivar, crear un taller donde poder arreglar y crear nuestra ropa, y adquirir los conocimientos, el espacio y los materiales necesarios para construir nuestras viviendas, es igual de fundamental para una vida digna y libre. Por ello es absolutamente necesario que empecemos a considerarlos no como trabajos, sino como parte de la defensa y el desarrollo de un derecho, el derecho a poder proporcionarnos nuestro alimento, ropa y vivienda, y por ende una vida digna y en libertad.

Desprofesionalización:

La desprofesionalización es el proceso por el cual nuestras actividades dejan de entenderse como carreras profesionales, en las que adquirimos unas u otras

habilidades en función de la demanda del mercado, dedicando para ello la mayor parte de nuestra vida a obtener los conocimientos necesarios a través de los cauces oficialmente reconocidos (títulos universitarios, másteres oficiales...). Gracias a que los trabajos que realicemos ya no tendrán que responder a la lógica de la rentabilidad, tendremos libertad para especializarnos en el ámbito que queramos y cómo queramos, y libertad para, cuando así lo queramos, interesarnos y especializarnos en otros ámbitos. Así, podremos alcanzar una vida plena, una vida rica en diversidad de experiencias y conocimientos, una vida en la que podemos alimentar nuestra curiosidad y satisfacer nuestras inquietudes intelectuales como queramos. La desprofesionalización supone la libertad que como trabajadores siempre deberíamos haber tenido.

El concepto que, en esencia, la desprofesionalización viene a tumbar, y que actualmente es predominante y fomentado en las relaciones laborales de la sociedad del dinero, es el de la *utilización*. Actualmente, quien tiene dinero, emplea (utiliza) a otros para obtener más dinero, repartiendo a cambio entre sus empleados parte del beneficio. Asimismo quien es empleado se deja utilizar a cambio de una compensación económica. De esta manera llegamos a una objetificación de la persona, que no es valorada atendiendo a sus aspectos más humanos (capacidad para empatizar, para socializarse, para emocionarse, para amar y ser amado, para construir su felicidad y la de quienes le rodean...), sino a sus aspectos meramente productivos. No importa "aquello que uno es" (sociedad del afecto y el conocimiento) sino "aquello que es capaz de hacer" (sociedad del dinero).

Ahondando un poco más en el concepto de utilización de la sociedad del dinero, tenemos que el mecánico es el objeto-persona que arregla coches, al igual que el informático es el objeto-persona que diseña aplicaciones y el profesor el objeto-persona que enseña. De la misma manera que de una llave inglesa esperamos que nos sirva adecuadamente para apretar o aflojar, de cualquier profesional en la sociedad del dinero esperamos que nos haga correctamente el trabajo al que se dedica. Queremos que el objeto-obrero nos haga rápido, bien y económicamente el trabajo, su vida personal, si es feliz, si quiere y educa a sus hijos, si es un buen vecino..., no es tomado en consideración, lo principal es que el objeto-obrero haga correctamente el trabajo para el que se ha especializado. Lo principal es lo que haga, no lo que sea.

Esta instrumentalización, existente en cualquier profesión, no es ni mucho menos casual, y tampoco se debe solamente a una decisión meramente personal. La sociedad del dinero nos da forma conscientemente, nos convierte en piezas (objetos-persona) que la sirvan para integrarla y sostenerla. Esto se lleva a cabo a través de una *instrumentalización indirecta* y una *instrumentalización directa*.

Entre las que se engloban dentro de la primera, la más importante es la inducida a través del nivel económico del individuo. Como no podía ser de otra manera en la sociedad del dinero, la capacidad adquisitiva es la principal limitación a nuestras aspiraciones personales, y una de las principales herramientas de esta sociedad para modelarnos. Los objetos-persona como obreros, secretarios, camareros o barrenderos, son fabricados en los barrios más

humildes, mientras que sus respectivos jefes se fabrican entre las clases más pudientes. La educación es otro ejemplo de instrumentalización indirecta: nos enseñan a ser lo que es "necesario" que seamos, con contenidos pensados para mantener el sistema y encajar en él, no para cuestionarlo, haciendo hincapié en hacer seres humanos útiles antes que formar seres humanos felices.

Por otro lado, la instrumentalización directa se lleva a cabo por el mercado laboral a través de la oferta y la demanda. Este influye incluso a la hora de elegir una u otra carrera universitaria, dado que, el simple hecho de que exista una u otra perspectiva de trabajo, influye enormemente en la elección de una u otra carrera.

Aparte de la desprofesionalización, otra estrategia para combatir la utilización y la instrumentalización a las que las personas nos vemos empujados a someternos en la sociedad actual, es la *colaboración*.

En el escenario laboral actual, la preposición fundamental es "para": Trabajas para mí, trabajo para ellos. Sin embargo, en la sociedad del afecto y el conocimiento, esta pasa preposición pasa a ser "con": trabajo con ellos, trabajo contigo… O lo que es lo mismo, las personas ya no utilizan ni son utilizadas, sino que cooperan y colaboran, intercambiando indirectamente (ya sabemos cuál es el carácter de los *intercambios indirectos*) apoyo y conocimiento. Yendo a lo concreto, en la sociedad propuesta, cuando un individuo tiene una necesidad, en lugar de encargar a otro que la satisfaga recurriendo a una recompensa, busca a aquellos que pueden satisfacerla y colabora en la búsqueda de soluciones, poniendo a su disposición su esfuerzo y su capacidad de aprendizaje, para formar parte activa en la satisfacción de sus necesidades, en lugar de ser un mero observador.

Además, de esta manera el intercambio de conocimientos se produce en ambos sentidos, ya que quien necesita satisfacer la necesidad, podrá aportar, a partir de su saber, su propio punto de vista a la resolución del problema a aquél con quien trata de resolverlo, algo que siempre de alguna u otra manera le enriquecerá. Así, quienes en algún momento están en disposición de cubrir las necesidades de quienes les rodean, lo harán voluntariosamente, ya que por un lado les servirá como excusa para desarrollar sus trabajos, elegidos libremente y que responden a sus intereses y, por otro lado, tendrán la oportunidad de enseñar aquello que aman hacer (siendo su mejor recompensa el resultado de su trabajo), colaborando y enriqueciéndose con quienes precisen de sus conocimientos para la satisfacción de sus necesidades.

De esta manera, ya utilizamos a los individuos que nos rodean para alcanzar aquello que no tenemos y que no sabemos conseguir, si no que colaboramos con ellos para formar parte en la satisfacción de nuestra propia necesidad, ofreciendo nuestras manos y nuestro voluntad de aprendizaje.

En una sociedad profundamente interdependiente, como es la del afecto y el conocimiento, al individuo le interesa fomentar un entorno rico a su alrededor, al que pueda acudir cuando tenga necesidad. La mejor manera de construir este

ambiente es a través de los resultados de sus acciones, y en mayor medida aún, a través del ejemplo que esto genera. El médico colaborará con el ingeniero por la cura de sus enfermedades, fomentando con ello que el ingeniero vierta, en el entorno que cohabitan, su experiencia y conocimiento, lo que enriquecerá directa o indirectamente al medico. En pocas palabras, vertiendo su trabajo y sabiduría en su entorno, el médico construirá una riqueza que antes o después le será devuelta. Esta es la forma de ser los intercambios indirectos. Así tenemos, resumidamente, contra la *utilización,* colaboración instantánea o bien colaboración prorrogada en el tiempo, en forma de *intercambios indirectos*.

Somos piezas de una gran cadena de montaje

Sí, piezas de una gran cadena de montaje, donde cada una tiene en su puesto de trabajo unas libertades, unos derechos, unas condiciones, unas responsabilidades y unos conocimientos limitados. Todos somos obreros de una gran fábrica que es el mundo. Una fábrica que algunos sabemos dañina, empobrecedora espiritual e intelectualmente, alienante, insalubre, injusta… que a pesar de todo nos vemos empujados a seguir contribuyendo a mantener con nuestro trabajo, ya que de nuestro trabajo depende nuestra vida.

El primer paso que podemos dar para terminar con esta cadena de montaje es ser conscientes de ello, de que somos piezas engrasadas con algo que creemos que es nuestro sueldo, pero que sin embargo es grasa para la cadena de montaje. Cuando seamos viejas o cuando sea más cara nuestra reparación que la compra de una pieza más nueva, nos sustituirán sin pestañear. Si demostramos la capacidad para hacer el trabajo de dos piezas, desecharán las más costosas y las restantes trabajarán el doble. Lo importante es que la maquina no pare, la felicidad, el bienestar, la realización de sus piezas es algo secundario, lo primero y fundamental es que cumplamos nuestra función en la cadena de montaje, que hagamos nuestro trabajo y nada más: el camarero atienda las mesas, y el cocinero cocine, que el estado legisle y el ciudadano contribuya, que la empresa venda y el cliente compre, que la fábrica produzca y el transportista lleve lo producido. Así, vivimos juntos pero al mismo tiempo aislados, atendiendo a nuestra tarea, preocupados por hacerlo lo mejor posible para no ser sustituidos, para seguir recibiendo nuestro sueldo, que no es más que la grasa que necesita la cadena de montaje. Cada pieza, ocupada en conservar su puesto, velando por su propio interés, vela a su vez e inconscientemente, por la continuidad de la cadena de montaje que le mantiene atada a la misma.

Así, ocupados en nuestra pequeña labor, podremos aspirar sólo a un conocimiento parcial del mundo, el cual se circunscribe a nuestras competencias en nuestro puesto de trabajo. Esto nos hace incapaces de adquirir una visión de conjunto para comprender el verdadero origen de las injusticias y actuar en consecuencia. Pero no, no hay tiempo para eso, la cadena de montaje sigue funcionando, la visión del mundo mejor que sea también manufacturada, producto de otras partes de la cadena de montaje , como la educación o los medios de información.

El tamaño de esta nos abruma, ¿cómo podríamos vivir sin ella? ¿tener todo lo que tenemos sin ella? Nos vemos en una necesaria y casi deseable dependencia de la misma, justificando en pos de nuestra supervivencia, su existencia y todas sus injusticias. Hemos olvidado que durante la mayor parte de nuestra historia nuestras manos nos dieron lo que necesitamos. Por ello una vez convertidos en piezas elegimos la comodidad de asumir el trabajo asignado, en la pequeña parcela de responsabilidad dada, a cambio de sacrificar por ello gran parte de nuestra libertad y acallar nuestra conciencia. Esta grita: ¿quién lleva los mandos de esta cadena de montaje?, ¿quién la observa desde arriba, apretando este u otro botón para obtener este u otro resultado? ¿quién tiene todos los planos de la cadena de montaje, y por tanto acceso a todo el conocimiento sobre funcionamiento de la misma? Yo seguro que no, me limito a hacer y a creer lo que me dicen las piezas más grandes que yo, y estas a su vez, obedecen a las que son más grandes que ellas, y estas, a su vez…

¡Basta! Es posible otra forma de trabajar. No tenemos porqué ocupar un lugar concreto dentro de una cadena de producción. Somos seres cambiantes, seres que crecen y necesitan beber de muchas fuentes distintas para sentirse plenos. Nuestra creatividad es desbordante, y su instrumentalización sólo nos empobrece intelectual y espiritualmente, nos convierte en objetos, en pequeñas piezas de una máquina mayor que no mira por nuestro bienestar, si no por nuestra mayor productividad. El único trabajo deseable es el que se da en total libertad, un trabajo donde el qué, el cómo y el con quién trabajar, son preguntas formuladas por nosotros mismos, y respondidas por nosotros mismos cada día.

Cercanía a la naturaleza: sostenibilidad

"La verdadera escasez se encuentra
en las manos que olvidaron
lo fructíferas que fueron."

¿Cuáles son las estrategias que se contemplan en la sociedad sin dinero para superar la actual crisis de recursos que nos afecta?

En primer lugar, la distribución de la población en pequeñas comunidades cercanas a las fuentes de sustento, supone un ahorro importantísimo en el transporte de recursos (ya sean alimentarios, energéticos, como la electricidad, o sanitarios, como el agua). Estos tenderán a ser los presentes en el entorno que las comunidades ocupan, ahorrando mucha de la energía que actualmente se pierde en su transporte y embalaje. Es esta precisamente una de las razones por las que debemos crear una convivencia con las fuentes de sustento, prescindiendo de las grandes infraestructuras de transporte, volviendo a poner en valor la riqueza de los recursos locales, llenos de posibilidades si se conjugan el saber tradicional, la tecnología y el conocimiento científico.

Actualmente, en el viaje que realizan estos recursos hasta los núcleos urbanos, no sólo se consume una gran cantidad de energía para su transporte, a esto hay que sumar un importante porcentaje de pérdidas producidas en su

trayecto (pérdidas inherentes al sistema en el caso del tendido eléctrico, fugas en el caso de las canalizaciones de agua, pérdidas en su aporte nutricional en el caso de los alimentos, adulterados con química para que aguanten largo tiempo con un buen aspecto...). La cercanía de las pequeñas comunidades a las fuentes de recursos, minimiza el gasto energético en su transporte, al mismo tiempo que reduce drásticamente las pérdidas derivadas de su traslado. Esta estrategia de la sociedad sin dinero se presenta como un gran paliativo contra la situación de escasez de recursos en la que nos encontramos.

Otra estrategia propia de la sociedad del afecto y el conocimiento para hacer frente a la escasez de recursos, tiene que ver con la posibilidad de las comunidades de relacionarse directamente con su entorno natural para tratar sus residuos. De esta manera, todo el agua que actualmente se consume en las grandes urbes para canalizar los deshechos fecales, se ahorra en las pequeñas comunidades de la sociedad sin dinero a través de, por ejemplo, la utilización de váteres secos, que además permiten su posterior utilización como abono. Este es sólo un ejemplo que ilustra la capacidad de los individuos para gestionar sus propios residuos, posible en la sociedad sin dinero gracias a que, por un lado, las comunidades habitan en un entorno natural con el que están en perpetuo y estrecho contacto. La cercanía con el medio ambiente, prácticamente inexistente en los núcleos urbanos actuales, le dará al individuo también la capacidad para depurar el agua resultante de sus distintas actividades, tratándola naturalmente, por medio de sistemas como los estaques de plantas macrofitas u otros procesos igualmente sostenibles, que devuelven el agua utilizada al medio, sin apenas gasto de energía ni ningún impacto en el entorno. Vemos cómo, en cada de uno de los pasos a seguir, la recuperación colectiva de la soberanía sobre el conocimiento y tecnología existentes, sumado a una vuelta a la sabiduría popular, son elementos definitorios de la nueva sociedad propuesta.

Convivir con el entorno natural, y no aislados del mismo en bloques de pisos (por poner un ejemplo), nos permitirá crear los recursos que antes se desperdiciaban. Es el caso de nuestros deshechos, como ya hemos comentado anteriormente, el caso del agua de lluvia, que ahora escurre por nuestros tejados y se pierde, pero que en la sociedad sin dinero podremos recoger y aprovechar. Convivir con el entorno natural, y no aislados del mismo, nos permitirá conocer los recursos locales disponibles en el mismo, descubriendo todas sus posibilidades, creando una artesanía, una tecnología, que sea consecuencia de estos recursos presentes en el entorno más inmediato. Las comunidades no se imponen sobre su medio natural (algo que antes o después demuestra su inviabilidad) sino que se adaptan a él, siendo su consecuencia.

Una vez exploradas todas las posibilidades de los recursos locales, el intercambio de materiales (además de conocimiento), es posible gracias a las Bolsas de Recursos y las Bolsas de Necesidades y Capacidades. No obstante esta opción se presenta en la sociedad sin dinero, solamente como un segundo escenario, una vez utilizados los recursos locales en toda su capacidad, diferenciándose notablemente de la sociedad del dinero, donde lo que se fomenta son los intercambios a todas las escalas, por encima del total aprovechamiento de los recursos presentes en el entorno inmediato. Esto por

otro lado no es nada nuevo. Hasta hace 50 años los materiales constructivos de las viviendas dependían de los que estaban presentes en el medio. De esta manera existían casas de pizarra, piedra, adobe o paja dependiendo de los recursos disponibles en el entorno.

La pequeña industria

Siempre en pos de la eficiencia y la sostenibilidad, la comunidad de la sociedad del afecto y el conocimiento, tratan en todo momento de llevar a cabo un aprovechamiento cíclico de los recursos locales, haciendo énfasis en aquellos que pueden ser fabricados sin necesidad de grandes complejos industriales. Esto es lo que llamamos la *pequeña industria*, y que consiste en la búsqueda de la independencia productiva de las comunidades, a través procesos de fabricación simplificados, seguros y sostenibles, llevados a cabo a una escala que permiten su gestión por una o varias comunidades. La *pequeña industria* no busca sustituir por entero los grandes polígonos industriales, sino devolver la capacidad creativa que una vez tuvo el individuo sobre la fabricación de algunos de sus bienes de uso cotidiano, como jabones, enseres de cocina, muebles, velas… que pueden ser producidos a pequeña escala sin necesidad de una gran industria. Para ello, tiende a utilizar y producir aquellos bienes que pueden ser integrados en procesos cíclicos de fabricación, uso y deshecho, en detrimento de la mayoría de los materiales actuales, que son fabricados por una gran industria en la que los individuos sólo participan como consumidores, y tienen una vida útil lineal, es decir, con principio y fin, sin posibilidad de integrarse en ningún ciclo.

El aprovechamiento cíclico de los recursos consiste en el uso reiterado de los mismos, a través de las distintas etapas de su vida útil. El ejemplo por excelencia de aprovechamiento cíclico es el del agua. Con una gestión acertada, el agua puede por la cocina, en la ducha, la lavadora y nuestros cultivos, antes de volver limpia al entorno natural, tras pasar por humedales que hacen la función de depuradoras naturales. Otro ejemplo de aprovechamiento cíclico es el de nuestros alimentos cultivados, los cuales nos alimentan, pero cuyos deshechos también sirven de comida a animales domésticos como gallinas, y pueden ser procesados para formar compost.

Existen otros tipos de materiales que se prestan a un aprovechamiento cíclico:

- Ciclos cerrados:

El vidrio es un buen ejemplo de recurso cuya vida se engloba dentro de un ciclo cerrado. Una vez fabricado cualquier objeto con este tipo de material, este se puede utilizar, limpiar y volver a utilizar infinidad de veces. Además, en caso de rotura, se puede volver a fundir para convertirlo en un nuevo objeto. Hablamos por tanto de ciclo cerrado, porque el material, en este caso el vidrio, permanece como tal a lo largo de todo el proceso. Es importante que el ciclo se mantenga cerrado, ya que el material no puede ser directamente absorbido por el medio ambiente.

Existen otro materiales distintos al vidrio que, aunque actualmente no son tratados bajo esta consideración, pueden formar parte de ciclos cerrados. Es el caso de la cera o los tejidos de ciertas ropas. Así vemos cómo, la pertenencia de un material a un ciclo cerrado no se debe solamente a una cualidad intrínseca de este, sino también a una actitud de sus fabricantes y usuarios, para dar a los objetos, en los casos en que sea posible, infinitas vidas.

- Ciclos sosteniblemente abiertos:

Son aquellos ciclos en los que el material puede reciclarse un número limitado de veces. Este se degrada a lo largo de sus distintas vidas, pero puede ser reabsorbido fácilmente por el medio ambiente. Es el caso del papel, la madera o el barro.

Dicho esto, los plásticos fabricados con derivados del petróleo no son deseables, en cuanto a que no pueden ser integrados en ninguno de estos dos ciclos. Por un lado no pueden reutilizarse infinitamente, ya que pierden sus cualidades por la acción de la luz, el agua y el uso en general, liberando sustancias tóxicas en su descomposición. Por otro lado, el material degradado no puede ser reabsorbido fácilmente por el entorno natural, lo que hace imposible que forme parte de un ciclo sosteniblemente abierto. Los plásticos biodegradables fabricados a partir de resina, de aceite de cáñamo, de cáscara de plátano o de fécula de patata o maíz, en cambio si pueden integrarse en ciclos sosteniblemente abiertos.

Nuestro comunidad: espacio integrado y creador

En la sociedad sin dinero aquello que ocurre más allá de las paredes de nuestra casa es una consecuencia de lo que ocurre dentro: creación e integración con el entorno.

Debemos desterrar la creencia de que las fábricas son los únicos medios de creación y reciclado. Nuestro hogar, nuestra comunidad, pueden ser mucho más que un lugar en el que comer y descansar. No sólo puede ser nuestro, porque nosotros lo construiremos, no sólo será el lugar donde podamos crear nuestra ropa y proveernos nuestros alimentos (en continua y estrecha colaboración e intercambio con el resto de hogares de nuestra comunidad y con el resto de comunidades de nuestro entorno), sino que también será el espacio para actividades creativas que no necesiten maquinaria compleja ni grandes recursos, aquéllas que solo precisen tiempo y manos. Hablamos de la *pequeña industria*: artesanías, como la cerámica, el vidrio, la madera, el mimbre, el esparto... pero también actividades como la reutilización y el reciclaje de los deshechos generados en nuestro hogar. Debemos recuperar la confianza en nuestra capacidad para convertir los recursos naturales en productos tan valiosos como los creados industrialmente.

Por otro lado, nuestros hogares (que recalco, son el espejo donde la sociedad se mirará), tendrán la oportunidad de convivir de manera totalmente integrada

con el ambiente, tratando sus residuos para convertirlos en recursos, creando círculos cerrados de aprovechamiento de los mismos, donde los elementos sobrantes derivados de sus uso se reintegren en el entorno tecnológico, humano o natural. Una de las posibilidades que se abren con la sociedad sin dinero, es que las viviendas podrán ser espacios de creación de recursos, en vez de lugares de explotación de los mismos, recogiendo, por ejemplo, el agua de lluvia que ahora escurre por los tejados y se pierde, obteniendo electricidad a partir de los vientos predominantes, calentando agua a través de la energía solar. En las viviendas también se podrá alargar la vida útil del papel, con su reciclado, o del vidrio, con su reutilización. Deshechos, como los residuos fecales, se podrán convertir en recursos como el compost para el cultivo, cerrando así el círculo de aprovechamiento de los alimentos. Otros residuos, como el aceite de cocina usado, pueden ser de gran utilidad y al mismo tiempo evitar su impacto en el entorno al transformarse en jabón para uso doméstico. Incluso las heces de nuestros animales pueden convertirse en energía, gas para la cocina concretamente, a través de biodigestores.

Como se puede comprobar, la sociedad sin dinero nos da la oportunidad de convertir nuestras viviendas en algo mucho más importante que un lugar para comer y descansar: podrá ser un espacio de creación, tratamiento y reintegración de los recursos.

Desarrollo tecnológico y trabajo

Quien piense que la paulatina sustitución de personal humano en los puestos de trabajo por máquinas de inteligencia artificial es un argumento de una película de ciencia-ficción o, si acaso, el posible escenario de un futuro remoto, se equivoca. Un ejemplo que demuestra cuán actual es la robotización de la economía, son los automóviles autodirigidos, que ya han probado su eficacia frente a la conducción humana y supondrá, cuando se implemente a gran escala, la desaparición de los millones de puestos de trabajo que hoy el sector de los transportes emplea. Más tarde o más temprano llegará el momento del resto de profesiones, siendo los nuevos empleos surgidos a raíz de estas innovaciones tecnológicas insuficientes para compensar todas las profesiones que se volverán obsoletas.

Este fenómeno, que se lleva años produciendo a cada vez mayor velocidad, supone sin duda un reto adaptativo para nuestra sociedad, pero antes de entrar a hablar de ello, deberíamos recalcar lo que supone en la actual sociedad del dinero. En términos económicos el avance de la tecnología siempre ha conllevado un aumento de la productividad, y por tanto alguien podría proponer abrazar sin más miramientos este desarrollo, que traerá más producción por menos esfuerzo humano. No obstante a poco que se reflexione surgen cuestiones de calado:

- Pérdida de libertad y concentración de poder. A medida que la tecnología avanza y crece nuestra dependencia de ella, nuestro conocimiento va quedando más y más obsoleto. Esto hace que nuestro bienestar dependa cada día más de quienes controlan la tecnología, es decir, de las grandes multinacionales, cuyo

monopolio del desarrollo tecnológico les permite acumular más y más poder económico.

- Pobreza. No es difícil intuir que la destrucción de puestos de trabajo que este desarrollo tecnológico conlleva y conllevará, significará, en una sociedad fundamentada en el dinero y por tanto en el trabajo asalariado, menos trabajos, siendo los que queden más precarios, para poder competir contra la productividad de las máquinas.

En definitiva en el escenario actual (y en el futuro si nada cambia) el desarrollo tecnológico no irá de la mano del desarrollo humano si no que serán inversamente proporcionales. Este desarrollo tecnológico nos debe hacer ver que seguir pensando en términos de trabajo, salario o consumo, y por tanto continuar perpetuando la sociedad del dinero, no tiene sentido en un escenario futuro, en el que el trabajo será cada vez más y más robotizado. La sociedad que debemos perseguir debe convertir este fenómeno en vez de un inconveniente en una virtud, haciendo de la evolución de la tecnología una de las bases de su bienestar. Para ello se debe perseguir lo que se puede llamar, haciendo un símil con la alfabetización, la *tecnologización*.

Del mismo modo que la alfabetización, el conocimiento de la tecnología es indispensable para que cualquier individuo se integre en la sociedad y pueda desarrollar sus posibilidades plenamente, siendo la *tecnologización* un proceso necesario por el que las personas adquieren las herramientas intelectuales y materiales para controlar, mejorar y crear tecnología. Al igual que saber leer no implica haber leído todos los libros existentes, manejar tecnología no significa conocerla toda, sino haber adquirido la capacidad para, si las circunstancias lo precisan, aprender a manejarse en alguna de sus muchas ramas.

Todas estas reflexiones conducen a la misma idea: el progreso a toda costa no es progreso. El desarrollo en el que toda la población no es partícipe, conociéndola y haciéndola avanzar, es un desarrollo parcial, que margina por un lado y concentra el poder por otro. Y repito, ser protagonistas del desarrollo tecnológico y no meros espectadores no implica dominar todas las tecnologías, sino haber adquirido los conceptos para que en las situaciones necesarias cada individuo pueda ampliar su conocimiento para controlar, modificar y desechar unas u otras tecnología, o lo que es lo mismo, ser capaces de hacer nuestra la tecnología que hoy nos viene dada. La libertad, como se ha dicho siempre, sólo llegará desde el conocimiento, y hoy más que nunca desconocemos la tecnología que nos rodea, por ello somos esclavos de ella y en último término de quienes la conocen y la fabrican.

¿Porqué no tiene ningún sentido pensar en una comunidad indígena que no conozca las herramientas y objetos que le rodean y utiliza? Porque sencillamente no podría sobrevivir. Sin embargo, cuando trasladamos la misma pregunta a nuestra sociedad, se cae en la cuenta de que asumimos sin mayor problema el hecho de que no conozcamos la tecnología que nos rodea. Nuestra pérdida de libertad, acelerada desde la Revolución Industrial, ha sido un proceso gradual pero inexorable, que tiene su origen en la pérdida de conocimiento sobre cómo

esta hecha y cómo puede mejorarse la tecnología de nuestro entorno. El desarrollo tecnológico en la sociedad del dinero nunca ha contado con el individuo más que para utilizarlo como mano de obra, apartándolo del proceso creativo y de las fuentes de conocimiento que le hubieran permitido ser dueño de la tecnología, en vez de un simple consumidor, un usuario pasivo. Esta imperiosa necesidad de tecnologización no existiría si no hubiésemos permitido que el progreso tecnológico se hubiese realizado a nuestras espaldas. Volviendo al símil de la comunidad indígena, hemos permitido que nos cambiaran el hacha construida por nosotros mismo, que conocíamos y que podíamos replicar y mejorar, por una sierra eléctrica, potentísima y eficiente, pero que no nos permitieron conocer. Un utensilio pensado de manera que cuando se estropee, sólo nos quede acudir al que nos lo vendió para repararlo o mejor aún, para comprar otro nuevo, más potente y eficiente, pero aún menos accesible a nuestro (buscado) escaso conocimiento del mismo. Evidentemente es un gran avance pasar de la aguja de coser a la máquina de coser, pero se transforma en un avance para unos pocos (para el que fabrica y vende la máquina de coser en este caso), cuando la costurera o el costurero de turno no conocen la tecnología que está detrás de ella, pasando a ser dependientes de quienes sí la conocen.

Sin duda una de las razones por las que la tecnología y nuestro conocimiento de la misma están tan desfasados ha sido la velocidad con la que la primera se ha desarrollado. Sin embargo este vertiginoso avance también ha sido buscado. Sólo hace falta fijarse en la cantidad de modelos distintos de coches que aparecen cada año. Aunque no podamos decir que los coches de ahora sean peores que los de antes (cabría preguntarse lo buenos que hubieran podido ser sino hubiese predominado la lógica capitalista en su desarrollo), lo que realmente busca este avance de la tecnología del automóvil no es simplemente mejorarlos con nuevas prestaciones, sino convertir el automóvil en algo opaco, donde un "manitas" ya no pueda meter mano, y tenga que comprar otro nuevo después de que el antiguo cumpla sus programados escasos años de vida. En otras palabras, la velocidad del desarrollo tecnológico, aún siendo una consecuencia inevitable del avance científico, ha sido también una sensación que se han preocupado de crearnos, abrumándonos con nuevos productos y modelos cada día, que hacen lo mismo que los anteriores pero sin embargo parecen mucho más sofisticados, mucho más complejos y por tanto alejados de nuestra compresión. De esta manera consiguen que asumamos resignadamente que no podemos seguir los pasos a la tecnología, y que el único remedio es que de esta se encarguen las grandes empresas y los gobiernos.

En el proceso de tecnologización del que se ha hablado y al que debemos dirigirnos, es importante tener en cuenta que la velocidad de desarrollo de la tecnología debe ser siempre proporcional al ritmo de comprensión de la misma por parte de los individuos. Aunque en una primera fase esto pudiera ralentizar el desarrollo tecnológico, posteriormente lo potenciará, resultado de sumar la capacidad de un número mucho mayor de individuos. La tecnologización, al igual que la alfabetización, debe ser un fenómeno cultural que vaya mucho más allá de un proceso de aprendizaje y crecimiento intelectual, para acabar convirtiéndose en un rasgo constitutivo de la condición humana. El ser humano no es sólo un ser social, que aspira a la libertad, a su felicidad y a la de quienes les rodean,

naturalmente creativo y curioso, capaz de comunicarse con los individuos de su entorno, sino que es también un ser profundamente tecnológico capaz de prolongarse en aquello que crea, aumentando su bienestar a través de su tecnología.

La tecnologización, la capacidad de entender y crear tecnología, se producirá inevitablemente cuando la falta de medios económicos no permita comprar tecnología y empuje a su empoderamiento, comenzando a conocerla para repararla, mejorarla y por último crearla. Este es el único camino a través del cual no seremos víctimas del desarrollo tecnológico (consumidores dependientes de las multinacionales tecnológicas) sino que podremos empoderar nuestras vidas, ser realmente dueños del entorno tecnológico que nos rodea y en definitiva ser libres. Apropiados del desarrollo tecnológico, la sociedad sin dinero gana una herramienta imprescindible para su desarrollo: redes de información libre, como internet. Este hecho es de una gran importancia, y evitará lo que en épocas pasadas era casi ineludible: el asilamiento frente al resto del mundo. Hoy podemos vivir localmente, con una información y un conocimiento globales.

Ni país ni Estado, personas

"Para muchos la cárcel es en el único lugar
donde el Estado proporciona comida y techo.
Para muchos Estados la cárcel es el único lugar
para el que pide comida y techo"

Un país, junto con sus hermanos menores (comunidades, regiones, estados federales…) es un abstracto cruel. Un país es una distancia tendida a lo largo de sus fronteras, cicatrices en la tierra de la libertad. El éxodo y el asilo son sus bastardos, la cruel decisión de un cruel abstracto sobre quien se queda fuera y quien entra. Un país es una banalización de la diversidad, un "meternos a todos en el mismo saco", una generalización habitada por estereotipos. También un país es fuente de desigualdades, con vallas que la tierra no entiende, y que hacen que sea vital para tu hambre y tu dignidad tu pasaporte. Un país nunca es la decisión de sus gentes, sino el resultado de negociaciones de despacho, con el dinero como mediador. Este abstracto cruel fue y es manida justificación para tantos y tantos conflictos (en los que siempre existe el mismo derrotado, el pueblo), donde se mutilan familias, tierra y justicia, pero se gana tanto y tanto dinero. Un país es una mirada miope a su propio ombligo, una colección de prejuicios, propios y ajenos, con una historia hecha a la medida de las autoridades en un cuento con final feliz. Porque no olvidemos, la historia y su manipulación, es también un gran negocio, el negocio del patriotismo, el negocio de aquellos cuya única nación es la que habita el dinero. Para preservar el artificial país, creado para salvaguardar los intereses de las élites político-económicas, para acrecentar su riqueza y privilegios, para justificar sus puestos, leyes e impuestos, tratan de que nos reunamos en torno a una bandera, en torno a un sentimiento patriótico de cartón piedra, alimentado por el fútbol y otros

héroes, o por conflictos con otros países, o por el odio al extranjero. Todo esto, claro, también de cartón piedra.

Un país es un catálogo de héroes de circo, en el que los niños quieren ser futbolistas y cantantes, mientras aplauden a sus actores favoritos. Es la procesión del Santísimo Gobierno, por la que desfilan voceros, tertulianos y periodistas comprados, cuya palabra fetiche es, como no, país. Esta les sirve como parapeto para justificar sus medidas (repiten: es lo que el país necesita", cuando realmente es lo que sus bolsillos necesitan), como bálsamo para nuestros sacrificios (es por el bien del país", cuándo sólo salvaguardan el suyo propio), aunque, si nos paramos a pensarlo, en realidad no mienten cuando utilizan la palabra "país", porque lo que verdaderamente ha sido siempre es una representación del poder dominante en cada momento (poder militar, económico, aristocrático, religioso… solos o en cualquiera de las combinaciones posibles), nunca ningún país se ha construido como representación de la libre voluntad de todos sus individuos, por todo lo que se ha dicho hasta ahora y porque como veremos no es posible.

No obstante, a pesar de lo chillón de su patriotismo, este es frágil, y nunca pasará a ser nada más que un espectáculo televisado de luces y colores, básicamente porque, por mucho que lo deseen, nunca nos podremos sentir verdaderamente de un país. No sólo por la vacuidad del discurso patriótico, sino porque dentro de la inmensa diversidad que un país engloba, no podremos conocer nunca a todos sus habitantes, siempre existirán mayorías y minorías con realidades muy alejadas de las nuestras. Tampoco podremos nunca conocer todas sus tierras, verlas como las madres que nos dieron la vida, el sustento. En cambio las pequeñas naciones sí nos generarán ese sentimiento de pertenencia a un territorio, a unas gentes, a una tradición. Podremos conocer profundamente a sus habitantes, a los integrantes de una comunidad con los que avanzamos de la mano, conocer profundamente su tierra porque de ella dependemos, la trabajamos y cuidamos. Este reconocerse en nuestros vecinos, este sentimiento de pertenencia a una tierra, surge gracias al pequeño tamaño de la pequeña nación de la que hablo a lo largo de estas páginas. Su reducido tamaño hace que tenga verdadero sentido el sentimiento patriótico, nacionalista o como quiera llamarse, ya que al final este es o debería ser un sentimiento de pertenencia a un lugar, a una tierra trabajada, un vínculo emocional con unas gentes con las que se ha construido una realidad, con las que se han compartido problemas, alegrías y dificultades, algo mucho más profundo que gritar frente a una televisión a los jugadores de la selección de "tu país".

A un país no le pertenecen las tradiciones, porque estas son de las gentes, no le pertenecen tampoco las costumbres, porque estas también son de ellas. Y es que démonos cuenta, la cultura no necesita de un país, necesita de gentes que la hagan pervivir y estas, a su vez, no necesitan de un país, sino de otras gentes con las que convivir.

Por ello no queramos este abstracto cruel, convirtamos país en un arcaísmo.

Tampoco pensemos en que otro país es posible. Este será siempre demasiado grande para representarnos a todos, para conocer nuestras circunstancias y cubrir nuestras necesidades. Un país, el único posible, es siempre una oligarquía que toma las decisiones y una mayoría que prefiere que las tomen por ella. Es un gran pastel de intereses para los poderes económicos, con el riesgo de que le hinquen el diente planeando continuamente sobre las cabezas de sus ciudadanos.

Un país es, al fin y al cabo, la excusa a la que recurren para imponernos el Estado.

Un Estado es un gran negocio, con el contribuyente como cliente, pero en este caso, la oligarquía siempre tiene la razón. Un Estado, si lo pensamos detenidamente, no es otra cosa que una gran herramienta, que reprime, que castiga, que calla, que impone, que censura, que asegura que todo sigue el curso de sus amos, los billetes. Un Estado es el papá y el pueblo su hijo adolescente. Este último llama a su padre para que le limpie las calles, para que le limpie la conciencia con una justicia con la que juzgarse a sí mismo y juzgar al resto, para salvaguardar sus intereses, para hacer valer sus derechos, para que le quite los inmigrantes de sus puestos de trabajo, para que vigile y reprima, con violencia si hace falta, para que le den unas normas a las que atenerse, para que le representen. Pero también es, en la mente del ciudadano adolescente, el origen de todos sus problemas, el ser omnipotente que tiene en su mano la solución pero sin embargo no quiere tomarla, la diana de todas las quejas que surgen de una sociedad enferma y, sobre todo, el origen de tanto y tanto inmovilismo individual ("que lo haga el gobierno", "es que el gobierno no hace nada", "qué voy a hacer yo contra el estado").

Un estado es, en definitiva, un papá que castiga y premia el mal y buen comportamiento, pero que sin embargo frecuentemente tiene la libertad para hacer todo lo que a su hijo adolescente no le permite: roba, engaña, manipula y en definitiva abusa de su poder. En cualquier caso, incluso con un estado justo, la sociedad adulta a la que deberíamos dirigirnos, será la que no necesite un estado, vigilante, árbitro, administrador, supervisor, juez, porque las personas mismas se pueden bastar para articular su convivencia.

Habrá quienes piensen en el estado como un gran aparato solidario en el que todos trabajan para cubrir las necesidades de la población, bien indirectamente, pagando impuestos, o bien directamente, siendo funcionario. Pero sin embargo, las ventajas de esta forma de organizar nuestra sociedad son sólo aparentes.

En primer lugar, no se fundamenta en el principio de que el bienestar individual depende del bienestar de los demás, ya que "los demás" son una masa incógnita, un colectivo lejano, de cuyos integrantes uno no conoce su identidad, sus circunstancias, sus necesidades, y por tanto no puede crear vínculos humanos, afectivos y de dependencia. El estado en cambio se sustenta en el cumplimiento de unas normas y en una búsqueda de interés propio, bien recibiendo un sueldo de la Administración por el trabajo realizado o bien disfrutando de unos servicios públicos por los impuestos pagados. Como se

puede comprobar, no hay ningún sentimiento de colectividad, de cooperación, porque no se conoce al grupo, al otro, con su problemática y sus necesidades, la vida de cada uno es una experiencia individual, donde las relaciones con el colectivo que le sustenta están delimitadas, y la libertad para decidir dónde, cómo y a quién dirigir los esfuerzos individuales para mantener a la comunidad es casi nula. Por ello se le pide fe al ciudadano para que crea en lo que no ve: "ten confianza, tus impuestos serán utilizados de la manera más eficiente donde más se necesita, para cubrir necesidades que no conocerás de personas que no conocerás".

Como ya se ha dicho, el estado no se mantiene gracias a la conciencia de colectivo de sus integrantes, es imposible que en un grupo de miles, millones de personas este sentimiento pueda surgir. Esta falta de reconocimiento en el grupo, ese divorcio entre la realidad individual y la del colectivo que supone el estado, se contrarresta con la aplicación de leyes, que fuerzan la construcción por parte del individuo de la realidad pública, normalmente como contribuyente (haciendo, cómo no podía ser de otra manera, del dinero la principal herramienta para articular las distintas relaciones entre los individuos, integrantes de un estado).

Sumado a esto tenemos el hecho de que dentro de un estado, la situación de la comunidad es independiente de la situación individual de cada uno de sus integrantes. Esto se puede ilustrar de la siguiente manera: "La situación de mis vecinos es independiente de mi calidad de vida, podrán estar con la luz cortada, o sin saber qué van a comer al día siguiente, pero eso no impedirá que yo me pueda permitir dejar todas las luces encendidas y comer todos los días fuera". Estas paradojas se dan en el seno del estado continuamente.

Justamente, pensarán algunos, para dar cobertura a personas en situaciones precarias es necesario el estado. Pero esta visión con tintes “paternalistas”, en la que el estado está para protegernos, ayudarnos, defendernos… lleva a que la vida de muchas personas dependa de algo sobre lo que no tienen control, que no depende de ellos: las ayudas pueden acabarse, pueden cambiar la partida para el año que viene o los requisitos para recibirlas… Incluso en los casos en los que un gobierno cree los mecanismos para asegurar estas ayudas se nos presenta un problema mayor que a menudo olvidamos. El estado ocupa un espacio en un marco internacional, a través del que se financia y con el que las empresas de su territorio comercian, y por ello se ve sometido a continuas presiones por los actores económicos y políticos, que aún siendo externos al mismo, tienen un poder enorme sobre el mismo. Por esta razón un estado llega siempre al mismo dilema: ¿satisfacer las demandas del pueblo o a las exigencias del dinero? Estas a menudo no van de la mano, y recordemos que un estado lo primero que necesita para sostenerse es dinero. De esta forma, cuando un individuo depende de un estado (todos lo hacemos en mayor o menor medida actualmente), en primer lugar pierde su autonomía, pierde los mecanismos para asegurarse su dignidad y cede esta capacidad a terceros; en segundo lugar su bienestar no sólo depende de la gestión de los presupuestos públicos por parte de las autoridades locales, autonómicas o estatales, que hasta cierto punto puede elegir, si no que indirectamente depende de los innumerables actores internacionales (otros

países, organizaciones y empresas supranacionales) que interfieren en la política de un estado. Esto, en definitiva, supone una pérdida total de independencia y libertad para el individuo.

Precisamente, lo que persigue la propuesta de este libro, es recuperar la libertad perdida, permitiendo que la vida de las personas dependa de sí mismas y de su comunidad. Por ello, frente al estado se proponen crear comunidades donde el bienestar de la comunidad implique el bienestar individual y viceversa, donde la mal llamada solidaridad deje de ser producto de unas leyes que la fuerzan y un dinero que la articula, y pase a ser colaboración y enriquecimiento recíproco, consecuencia de un convencimiento vital: "necesito procurar mi bienestar, por tanto necesito procurar el bienestar de mi comunidad y comunidades vecinas, de las que dependo y dependen de mí". Hablamos de una sociedad donde sus individuos han recuperado la capacidad para proporcionarse la dignidad más básica, mientras que el resto de necesidades son cubiertas en continua colaboración con su entorno humano. Un mundo movido por la interdependencia a corta distancia, con un conocimiento que recorre largas distancias sin encontrar fronteras.

No continuemos permitiendo que el estado intermedie entre nosotros, seamos ciudadanos adultos que no necesitan de juez, de árbitro. Podemos desarrollar nuestras actividades y satisfacer nuestras necesidades sin intermediarios, conviviendo colectivamente, desde nuestras capacidades individuales y en la continua búsqueda de nuestras posibilidades colectivas. Somos el animal social por antonomasia, y sin embargo hemos creado sociedades atomizadas, individualizadas, donde lo colectivo, lo público, "lo de todos, es algo externo al propio individuo, quien se limita a seguir unas reglas y se relaciona con la esfera colectiva puntualmente y a través del dinero. En la sociedad que debemos perseguir, no existe lo público y lo privado, el hogar no empieza en el vano de la puerta de la casa, sino ahí donde se encuentren las personas a las que uno quiere y cuida, las mismas que le quieren y cuidan, personas con las que afronta una misma realidad barajando tantos puntos de vista como individuos son. Lo colectivo y lo individual son uno, se entretejen, formando una red tupida de dependencia, reciprocidad, enriquecimiento, proyectos comunes, convivencia. Hablo en definitiva de una sociedad en cuya base más elemental están las relaciones llana y plenamente humanas.

Las pequeñas naciones

"Sólo el conocimiento tendría que ser global"

Este es sólo un nombre para referirse a las comunidades en torno a las cuales podemos articular nuestra nueva sociedad.

- Comunidades de unos pocos integrantes (¿no más de 100?) que aseguren:

    - Que todos sus integrantes se conocen y establecen y fortalecen fuertes lazos afectivos.

- La organización de asambleas en las que se toman las decisiones que afectan a la pequeña nación y donde puedan participar todos los integrantes de la comunidad sin que por ello se pierda su funcionalidad y viabilidad (no se convierten en reuniones eternas en las que el consenso es casi imposible), y se haga necesaria la elección de representantes.

- Que todos forman parte de la pequeña política, la micro política, la de las decisiones diarias, la de la convivencia, la que aborda los problemas comunes, la que conoce las necesidades concretas porque las sufre, toma parte en su solución y experimenta sus efectos en persona.

- Comunidades autosuficientes en lo más básico, vivienda, alimento y ropa, pero profundamente interconectadas e interdependientes en el resto de ámbitos con las comunidades que les rodean:

- Conectadas con el resto del mundo a través de internet. Un internet que han hecho suyo, que crean y mantienen, porque como el resto de tecnologías, lo conocen. Un internet que no sólo sirve para compartir conocimiento, sino que también es una plataforma para discutir proyectos y resolver conflictos entre los integrantes de distintas comunidades. Se suma a esta interconectividad virtual una interconectividad real, donde cada comunidad busca la consolidación de una extensa comunidad de comunidades a su alrededor, que les enriquezca y a la que enriquecer, compartiendo conocimiento, tecnología, recursos...

- Comunidades fuertemente interdependientes para compartir experiencias, materiales, tecnología, conocimientos, para crear proyectos que por separado no podrían: fábricas, hospitales, polideportivos, bibliotecas..... La magnitud de un proyecto es proporcional al número de manos que contribuyen a su creación y mantenimiento y por tanto proporcional al número de personas que se benefician.

- Interdependientes también en la producción y distribución de la energía. Aunque las comunidades tienden a ser autosuficientes energéticamente, la energía sobrante de cada una de ellas circula libremente hacia donde se necesita, o en su caso se almacena, funcionando como nódulos de una gran red.

- El ejercicio asambleario es reproducible a todos los niveles. Para problemas que afectan a varias comunidades (como la gestión de un río, por ejemplo, o algún medio de creación común), se celebra una asamblea donde cada una de las comunidades implicadas aportan sus opiniones a través de portavoces, que no representantes.

- Comunidades cuyos integrantes son el origen de las normas de convivencia y buscan la justicia en cada conflicto que surge en ella.

- Comunidades que conocen su entorno natural y saben sacar el máximo provecho de este sin dañarlo, combinando el uso de la tecnología y los avances científicos con el de la sabiduría popular. De esta manera su vida diaria, su industria y su ciencia son un reflejo de los recursos naturales que les rodean, son una consecuencia de su entorno.

- Comunidades que conocen el pasado de su tierra, sus tradiciones, sus costumbres, su artesanía. Un bagaje cultural que respetan y valoran, pero deciden libremente hasta que punto adoptar.

- Comunidades que saben reducir, reciclar y reutilizar. Que saben dar una vida longeva, casi perenne a sus objetos, otorgar otra oportunidad a lo que se dio por inservible y acabó en los vertederos, transformando y recuperando los materiales de los que se componen los desechos de la sociedad pretérita (la actual para nosotros). De esta manera ahorran recursos, energía y esfuerzo que perderían creando objetos desde cero.

- Comunidades que saben innovar porque conocen la tecnología que manejan, porque están en continuo contacto con el exterior, aprendiendo y aplicando nuevas técnicas, avances, innovaciones. Sin embargo este progreso no pone nunca en peligro el bienestar general, porque los individuos saben que dependen efectivamente de la salud de su entorno.

- Comunidades que saben que el dinero no es necesario para que los intercambios culturales, materiales, tecnológicos… se produzcan. Estos, en la nueva sociedad sin dinero, se dan libremente, como respuesta natural del individuo a las necesidades, inquietudes y búsqueda de felicidad, de él mismo y de quienes les rodean. ¿Cómo? Cuando nuestra dignidad surge de nuestras manos, es decir, cuando nuestras necesidades básicas están cubiertas por nosotros mismos, no necesitamos buscar el dinero en aquello que hacemos y somos totalmente libres para articular nuestras actividades como queramos, sin atender a la rentabilidad económica.

- Comunidades creadas en torno al afecto. Cuando nos rodeamos de las personas que nos importan, aquellos cuya felicidad es nuestra felicidad, las actividades por el bienestar de nuestra comunidad son actividades por nuestro propio bienestar, y por tanto tampoco necesitan la motivación del dinero.

Lo anterior no es una lista de buenos deseos, sino una enumeración de las características de una sociedad adulta, en la que el bienestar del individuo no depende ni del estado ni de la multinacional ni del banco, sino de los integrantes de su comunidad y las comunidades adyacentes. Esto elimina consideraciones como el comportamiento egoísta, y hace innecesaria la actitud altruista. Porque lo primero que uno puede pensar cuando lee estas páginas, es que una sociedad que no está regulada por unas leyes, no está protegida por unas fuerzas de seguridad y en definitiva, no está sujeta a ningún mecanismo que cree un marco

de convivencia, tenderá inevitablemente al caos, un caos violento, donde cada uno mirará solamente por su propio bienestar.

Lo primero que hay que decir a esto es que, a pesar de todos los riesgos e inconvenientes que se nos puedan ocurrir, ganaríamos indudablemente libertad, ya que el sujeto realmente libre es el que crea, junto a otros, su libertad, y esto sólo puede darse en pequeñas comunidades. En grupos más grandes, como los actuales países, regiones, estados, comunidades o municipios, se hace necesaria la existencia de una administración, o corporaciones disfrazadas de administración, que regulen las libertades cedidas forzosamente por sus individuos. En segundo lugar hay que introducir un concepto que se ha dejado vislumbrar a lo largo del libro y que a mi parecer hace plausible esta sociedad que se propone. Este es el de la responsabilidad surgida de la interdependencia, o lo que es lo mismo: las personas asumimos nuestra responsabilidad hacia aquello que depende de nosotros o de lo que dependemos y hacia aquellos que dependen de nosotros o de los que dependemos.

Cuando dependes del entorno natural y dependes de quienes te rodean se produce el beneficio o daño reflejo, es decir, aquello que haces, aquello que das y que quitas, se refleja en tu entorno y vuelve a ti, dándote el mismo beneficio o daño que realizaste. Así es cómo actúa la interdependencia a corta distancia, y su consecuencia es la de individuos mucho más conscientes con su entorno y responsables con sus actos. Sin embargo, actualmente el dinero permite y fomenta la interdependencia a larga distancia y por tanto el reflejo de nuestras acciones, el daño o el beneficio que hacemos, no nos llega de vuelta. Esto nos permite limpiar sin dificultad nuestra conciencia o caer en el error de que nuestra actitud no genera ningún cambio en el entorno, ya que pocas veces lo vemos (obviando el hecho de que tenemos escasas oportunidades de incidir directamente en nuestro entorno inmediato, con nuestros actos y comprobando sus efectos de primera mano).

El dinero nos permite eludir la responsabilidad de las consecuencias de nuestros actos, nos invita a vivir sin conciencia de sociedad, de grupo. La interdependencia a larga distancia que favorece el dinero, hace posible que la gente viva rodeada de pobreza y sin embargo la acepte como algo natural, como algo que ocurre a expensas de sus acciones, cuando en realidad cada uno de sus gestos cotidianos sirven para sustentar el *statu quo*, para perpetuar una sociedad en la que nos han convencido que la pobreza se fundamenta en una suerte de Teoría de la Evolución, donde es inevitable que haya vencedores y vencidos. Y eso es cierto, aunque en parte, claro. Claro que existen vencedores y vencidos, pero no por una ley natural, sino porque la riqueza insultante de unos pocos necesita, por la lógica de las matemáticas, de la escasez y de la pobreza de otros para perpetuarse y seguir creciendo. Esta acumulación ofensiva y dañina de dinero del 10% sólo es posible con la mano de obra barata y a veces gratuita que suponemos el resto; con nuestro consumismo frenético de productos programados para ser obsoletos, que cubren necesidades irreales y creadas por el marketing; con nuestras deudas para alcanzar una vida fuera de nuestras posibilidades, que crean la riqueza de los bancos y que nunca tuvieron. Por eso

nos han repetido hasta la saciedad que este es el menos malo de los mundos posibles, para que sigamos consumiendo, trabajando y endeudando para ellos.

En la nueva sociedad, el bienestar de cada individuo depende de sus manos, del bienestar de quienes le rodean y de la salud de su entorno natural. Y esta es su gran virtud.

Es importante recalcar que la *interdependencia a corta distancia* sólo se puede dar cuando los individuos conviven en un mismo espacio de manera estrechamente interdependiente, lo que conlleva que cada individuo, en busca de su propio bienestar, trabaja por el bienestar del resto de individuos que la integran, porque sabe que depende de ellos. No hay necesidad de apelar a la solidaridad o el altruismo, en un ambiente en que cada individuo depende del resto para su propio bienestar.

En la sociedad del afecto y el conocimiento, donde toda la vida del individuo recae enteramente sobre su responsabilidad, no es posible vivir de forma aislada y al mismo tiempo tener una vida plena. Para numerosas facetas de su vida el individuo necesita colaborar con el resto de la comunidad y por ello, buscando su propio bienestar, se ve obligado a preocuparse por el bienestar de los integrantes con los que convive: desde la reparación de viviendas, hasta el cuidado del huerto comunitario, pasando por la elaboración de ponencias para formar al resto de la comunidad, es responsabilidad del individuo, para crear una comunidad rica en la que vivir, construirla de muy diversas maneras. Es importante notar cómo, este aspecto, hace que el énfasis en la convivencia se ponga en la capacidad de los individuos para las relaciones sociales: desde la toma de decisiones de manera consensuada, hasta pensar y trabajar colectivamente. Así es como siempre debería haber sido.

Aunque el uso de la palabra "interdependencia" se justifica por sí solo, el término "a pequeña distancia" necesita para su comprensión que nos refiramos a la naturaleza de las relaciones humanas en la sociedad que ahora vivimos. Actualmente, y por desgracia, la mayor parte de las relaciones con las personas que nos rodean son anónimas, lejanas y deshumanizadas. No conocemos las circunstancias de quienes cosen la ropa que compramos, ni la de los operarios que recogen nuestra basura. Tampoco sabemos nada de quienes cultivan nuestros alimentos ni de quienes fabrican nuestros medicamentos. Y lo que es más grave aún, vivimos junto a decenas en los pueblos, cientos de vecinos en las ciudades, y conocemos poco o nada de su vida.

De manera directa o indirecta, dependemos de todos ellos, claro, y ellos dependen de nosotros a través de las actividades que llevamos a cabo, y por ello podemos decir que existe interdependencia. Sin embargo, esta no está construida sobre un mismo espacio de convivencia, sino sobre encuentros puntuales, en los que el desconocimiento sobre la vida del otro es total o muy grande. A esto se suma que nuestra aportación económica al conjunto del estado está deshumanizada, ya que no se realiza de persona a persona, nos es imposible saber a quienes beneficia nuestro esfuerzo.

Por todo ello podemos decir que, aunque vivamos en una sociedad interdependiente esta interdependencia es a larga distancia, ya que existe una lejanía, entendida como desconocimiento entre sus integrantes. En contraste, vivir en interdependencia a corta distancia, es decir, en un espacio donde conocemos la vida de quienes dependemos y de quienes dependen de nosotros, nos hace actuar de forma mucho más responsable y empática, conociendo las consecuencias de nuestros actos sobre las personas que nos rodean, y tratando de que estos sean lo más humanos posibles, generando así el mayor bienestar posible a nuestro alrededor. La interdependencia a corta distancia también existe en esta sociedad del afecto y el conocimiento que estamos describiendo, reflejada en su relación con el entorno natural en el que se emplaza. De esta manera, cada individuo se preocupa de vivir y producir de manera sostenible, tratando de que sus deshechos sean reutilizados o reabsorbidos naturalmente, y al mismo tiempo buscando devolver al medio ambiente la riqueza que le aporta. De manera análoga a la interdependencia a corta distancia entre personas, cada individuo trata de enriquecer, conocer y cuidar el medio natural que habita como forma de asegurarse su propio bienestar.

- La interdependencia de las pequeñas naciones:

"Frente a la globalización,
cercanía"

Extendidas homogéneamente en el territorio, pero como una red de neuronas fuertemente interconectadas, las pequeñas naciones se plantean como un proyecto común de lo común desde lo común.

- Un proyecto común porque implica a todos sus integrantes y se construye sobre una convivencia entre iguales.

- Un proyecto de lo común porque aspira a cubrir las necesidades que todos sus integrantes comparten: vivienda, alimento y ropa, y que les da su dignidad. Al mismo tiempo aspira a ser una red donde los recursos humanos puedan circular: conocimiento, cultura, tecnología y personas.

- Desde lo común porque parte de unos mismos recursos: la tierra, el agua y en definitiva el medio ambiente que rodea a sus integrantes. Pero no sólo estos, también los elementos rurales o urbanos que existieran o se crearan en su caso.

Más con menos: uso común y uso compartido

En nuestra búsqueda de una sociedad más sostenible y eficiente en el uso de los recursos, estos dos conceptos cobran una gran importancia. Suponen un cambio de paradigma grande en lo relativo a lo que significa el concepto "pertenencia": en la sociedad propuesta, la propiedad sobre algo ya no se adquiere a través del dinero, ni se otorga ni se quita por inmediación del estado.

Este se basa en el hecho de que las personas somos por naturaleza creativas, y por tanto tenemos un poder de decisión sobre el fin de nuestras creaciones. En un contexto de interdependencia profunda, en el que el bienestar individual es la fuente del bienestar colectivo y al revés, estas creaciones son disfrutadas colectivamente, a través del uso común y el uso compartido. Mientras que en el primero, creadores y usuarios son múltiples y muchas veces los mismos, en el segundo el creador suele ser un número más reducido de personas, siendo los usuarios con frecuencia personas distintas.

El uso común, hace referencia a una utilización y mantenimiento colectivos por parte de la comunidad de ciertos elementos que satisfacen necesidades comunes: electrodomésticos, instalaciones deportivas, medios de transporte, baños comunitarios, cocina comunitaria... A parte de una necesidad de un número menor de bienes para realizar las tareas diarias, con el consiguiente ahorro de recursos que eso conlleva, el uso común también conduce a un ahorro de tiempo para el individuo, donde los integrantes de las comunidades se reparten las tareas a realizar en los espacios comunes, como comidas o lavado de la ropa. El uso común de bienes y espacios sigue las normas que el colectivo que participó en su creación y uso decidan en cada caso.

El segundo, **el uso compartido, se refiere por su parte a aquellos elementos que, sin pertenecer necesariamente al espacio colectivo, su poseedor o creador decide libremente prestar bajo la condición de su uso y cuidado**. De esta forma, lo prestado pasa a ser propiedad de quien lo usa hasta que deje de utilizarlo, momento en el cuál se devolverá a su poseedor, y sobre él recae toda la responsabilidad de su cuidado. Dentro de los paradigmas de la sociedad actual, donde el individuo trabaja por la adquisición y posesión individual de bienes materiales, este uso compartido puede resultar utópico para la mayoría de nosotros, sin embargo, en condiciones de estrecha convivencia e interdependencia como esta, que se propone para pequeñas comunidades, el uso compartido es tan inevitable como deseable.

El hecho de pasar de una carrera individual por la satisfacción de nuestras necesidades a una búsqueda colectiva de estas, hace que el individuo tome la decisión de compartir sus bienes personales en favor de su propio beneficio, ya que, como siempre, mejorando el bienestar de los habitantes de la comunidad de los que depende, mejora el suyo propio. A esto se añade que, un uso compartido de sus bienes por parte del individuo, anima a los vecinos de su comunidad a hacer lo mismo, fomentando ese mismo espíritu.

Por otro lado, el uso compartido es la respuesta más racional a una realidad: sólo una parte muy pequeña de los objetos que poseemos los utilizamos a lo largo de todo el día, usando la mayor parte sólo durante una parte del mismo, y quedando por tanto la posibilidad de que otros los usen en nuestro lugar. El uso compartido, revaloriza y explota al máximo las posibilidades de uso de nuestros bienes, bienes que ahora se encuentran infrautilizados. Estos están para ser utilizados tanto como sea posible, y no para ser almacenados esperando a que en algún momento los usemos.

Otra virtud del uso compartido reside en el hecho de que los bienes de los que un individuo puede disfrutar, compartiendo los que tiene y haciendo uso de lo que otros le prestan, son muchos más que los que podría llegar a adquirir. Además, el tiempo y esfuerzo que le tomaría ganar el dinero para comprarlos, no le permitiría, irónicamente, disfrutar de los mismos. A cambio, el individuo que recibe el bien, se compromete a su uso y cuidado, y por tanto a devolverlo en buenas condiciones una vez que no lo necesite. Alguno se preguntará, ¿qué nos asegura que vaya a devolverlo en buen estado? La respuesta es la *interdependencia a corta distancia*. Desde el momento en que el individuo depende de los demás para la satisfacción de ciertas necesidades a través de los bienes que otros poseen, tratará de preservar la confianza de sus vecinos, para que estos sigan queriendo compartir con él sus bienes. Sin contar con que los lazos afectivos que los integrantes de la comunidad se han esforzado en crear y fortalecer, también jugarán un papel importante en el uso responsable de lo prestado.

Una vez más se observa cómo las habilidades sociales cobran especial importancia en estos espacios de uso colectivo. Desde el momento en que la lógica del consumismo es rechazada, la adquisición, uso y cuidado de bienes e infraestructuras, depende de la capacidad de organización de los integrantes de la comunidades, y por tanto de sus habilidades sociales, y no de su productividad o de la rentabilidad de sus actividades.

El uso común y compartido tiene también consecuencias positivas para el ámbito del transporte. En las pequeñas naciones comunidades, el uso de los medios de transporte dependen en gran medida de la capacidad organizativa de sus habitantes. O lo que es lo mismo, cada comunidad tratará de tener, para su uso colectivo, un número de automóviles u otros medios de transporte, mantenidos en buenas condiciones por todos sus integrantes. Estos se pondrán de acuerdo para turnarse en el uso de los mismos, tratando de hacer una utilización lo más intensiva posible de estos medios de transporte (en otras palabras buscando cubrir todas las plazas disponibles en cada trayecto).

No sólo todos los integrantes se preocuparán, en menor o mayor medida, por su cuidado, sino que también se preocuparán por conocer su funcionamiento y manejo, para las circunstancias en que se precise un conductor (transporte de niños, ancianos u otros casos). En la sociedad del afecto y el conocimiento ya no existen profesionales del mundo del transporte que sólo se dedican a ello, sino que todos los integrantes de la comunidad tratan de adquirir la capacidad de conducir todos los medios de transporte disponibles, para su enriquecimiento y para el enriquecimiento de su comunidad. Claro está, que esto no quiere decir que no existan especialistas en el ámbito de transporte que pongan a su disposición sus conocimientos para el resto de individuos.

Convivencia y autoridad

Aunque algunos podrán ver en una sociedad sin autoridad anarquía, desorden o caos, yo veo una oportunidad para que las normas de convivencia se construyan desde el interior del individuo y, partiendo de una constante

reflexión moral, se proyecten hacia el exterior, donde las distintas visiones sobre lo que es justo, lo que es conveniente para el grupo y para la persona, lo que es éticamente aceptable y lo que no... desembocarán en un inevitable consenso. Este acuerdo social, que podrá costar más o menos alcanzar, debe su inevitabilidad a la dependencia absoluta de cada individuo con su comunidad, y esta a su vez, a la dependencia con las comunidades adyacentes.

Ya no hay sindicatos que negocien por nosotros, estados que velen por el cumplimiento de nuestros derechos, organizaciones sin ánimo de lucro que luchen contra las desigualdades. En la sociedad sin dinero lo único que cada ser humano puede depender es otro ser humano, o lo que es lo mismo, su pequeña comunidad, y por tanto se ve impelido continuamente a, en primer lugar, realizar un ejercicio reflexivo que construya su propia moral, y en segundo lugar, a hacer un esfuerzo por poner en común sus principios con los del resto, y crear así un marco de convivencia, una comunidad en la que el crecimiento personal de uno supone el enriquecimiento del grupo (y al revés), sus debilidades las debilidades colectivas (y viceversa), una comunidad de la que en definitiva el individuo pueda depender (y que al mismo tiempo depende de él).

Las flaquezas de una sociedad basada en unas normas que emanan de una autoridad son varias. Primeramente debemos ser conscientes de que es el gran tamaño de los actuales países (tanto en población como en extensión) lo que hace necesaria la existencia de una autoridad. En cambio, gracias al reducido tamaño de las comunidades que se proponen, que por su pequeño tamaño pueden basarse en una democracia horizontal sin representantes políticos.

En primer lugar, dejando a un lado los abusos a los que ya estamos acostumbrados por parte de los dirigentes políticos, la autoridad, inserta en la sociedad del dinero, corre continuamente el riesgo de sucumbir a los deseos de los poderes del capital. Una democracia jerarquizada como la que tenemos ahora, significa, entre otras muchas cosas, facilitar el trabajo a las élites económicas para que se haga su voluntad: es mucho más sencillo chantajear a los 20, 50, 100 políticos que forman un gobierno que a toda la población de un país.

En segundo lugar, en las sociedades actuales se crea y fomenta un sentimiento de dependencia hacia la autoridad (de la que emanan las leyes y articula los consiguientes organismos que aseguren su cumplimiento) y una necesidad de justificación de la misma. El individuo confunde el orden creado por los agentes económicos, políticos... ajenos a él mismo, y que responde a una defensa de sus propios intereses, con el orden más deseable para su bienestar y el de su entorno, convenciéndose de que debe justificar a la autoridad para que mantenga unas normas sociales en cuya construcción nunca ha participado (o si lo ha hecho, ha sido en un porcentaje ridículo comparado con el total de las normas que le afectan).

Así, a pesar de todas las razones que el individuo acumule para no defender a la autoridad, la continuará defendiendo. La pregunta es, ¿hasta cuándo? Hasta que caiga en la cuenta de que tiene más que ganar cuando él mismo sea, en consenso con los individuos con los que convive, el origen de las normas bajo las

que actúa y con las se relaciona con los demás. Ese momento puede estar más cerca de lo que pensamos, gracias al resquebrajamiento de la tríada trabajo - consumo - deuda. La cada vez mayor escasez y peor estado de los recursos, provocada por un sistema basado en la explotación de recursos, está haciendo que el desarrollo ya no pueda medirse en un consumo siempre mayor. A esto está ayudando la pérdida de capacidad adquisitiva, tanto por la obsolescencia del trabajo humano frente a los avances tecnológicos, como por la enorme deuda que se ha trasvasado a los ciudadanos en forma de impuestos y recortes sociales. Deuda generada por los agentes económicos en connivencia con las autoridades políticas para crear más dinero sin que exista más riqueza, para seguir creciendo en un mundo de recursos limitados y seres humanos de productividad limitada.

Una vez que el individuo acepta y justifica la autoridad, su moral puede circunscribirse al correcto acatamiento de las leyes, normas, reglamentos... existentes. Esta moral dictada y aprendida desde fuera y hacia dentro, le basta al individuo para que su comportamiento sea considerado como correcto o cívico en las sociedades del dinero. Podrá ser egoísta, intolerante, individualista, interesado… o tener cualquier otra característica que mine la convivencia, las relaciones más puramente humanas, sin embargo, mientras que pague sus impuestos, respete el reglamento de viajeros en el tren, no altere el orden público con su desnudo y se manifieste en orden y forma preestablecidos, será más que apto para formar parte de la sociedad del dinero.

En este contexto, ¿qué escenarios se abren para el desarrollo de una moral propia en la sociedad sin dinero? En la sociedad propuesta la moral es propia, alcanzada tras un continuo ejercicio de profunda reflexión. Su dirección es la contraria a la moral actual inspirada en las normas dictadas por las autoridades: de dentro hacia fuera. O lo que es lo mismo, la convivencia no se construye sobre las múltiples conjugaciones del binomio “mandar” y “obedecer” (mando lo que me mandan, mando que obedezcan, obedezco lo que me mandan…), si no sobre el círculo infinito, reflexionar - contrastar - actuar consecuentemente - reflexionar - contrastar - etc. Esta manera de articular la convivencia, que alude al espíritu crítico y a la empatía más elemental, tiene a la reflexión individual, sobre los valores y principios a través de los que un individuo quiere guiarse, como elemento imprescindible antes de la necesaria puesta en común de sus distintas posturas, en los procesos colectivos de búsqueda de soluciones. Esta puesta en común, este consenso, impelido a producirse ante los continuos retos que plantea una vida interdependiente, sirve para alcanzar las normas sociales, propias de cada comunidad y necesarias para articular su convivencia. Habiendo surgido del propio individuo, y habiendo sido este partícipe en el consenso alcanzado y en su realización, tenemos casi asegurada el cumplimiento de estas normas, lo que anteriormente hemos llamado “actuar consecuentemente”.

Este proceso como ya se ha indicado no tiene fin, y se repetirá tantas veces como retos surjan en la convivencia dentro y entre comunidades. Esto fuerza por un lado al individuo a estar constantemente activo moralmente, o lo que es lo mismo, le empuja a replantearse continuamente sus principios con una actitud crítica, reflexiva, introspectiva, en relación a todas los hechos sociales de su entorno, con el objetivo no sólo de ser capaz de analizar y comprender los

hechos y actitudes que le rodean, sino además para estar preparado para los momentos en que haya que abordar colectivamente los problemas derivados de la convivencia y se precisen propuestas, distintos puntos de vista, etc. Por otro lado, este círculo infinito de responsabilidad moral colectiva, otorga mucha flexibilidad a las normas sociales que regulan las comunidades: estas, al partir de decisiones alcanzadas sin jerarquía, sin burocracia, sin autoridad, o simplemente, horizontalmente (con la reflexión individual como semilla), están totalmente abiertas a ser, en cualquier momento, replanteadas por los mismos integrantes de la comunidad, que las consensuaron o, lo que es seguramente más importante, replanteadas por las generaciones posteriores, que viven retos distintos que necesitan de distintas soluciones de convivencia.

En la sociedad sin dinero el fenómeno de "la persona legal pero humana y socialmente pobre", en el que lo fundamental es cumplir las normas, limitándose a las obligaciones como ciudadano, no tiene cabida alguna. No sólo por que la sociedad sin dinero niega la necesidad de una autoridad sino, lo que es más importante, porque es posible sólo cuando el individuo participa en ella en todas sus dimensiones. La actividad de cada individuo, a falta de las instituciones tradicionales, tiene que darse forzosamente en términos de dependencia, intercambio, enriquecimiento… con los restantes integrantes de su comunidad y las comunidades adyacentes. Esto exige del individuo mucho más que el simple desarrollo de sus facetas productivas y el cumplimiento de las normas establecidas. Este se ve empujado a involucrarse en su entorno social a través de otras muchas maneras, por medio, por ejemplo, de su dimensión creativa (como la creación de su propio ocio), su dimensión pedagógica (como la enseñanza de unos conocimientos), su dimensión comunicativa (como la transmisión de unas ideas en una asamblea), su dimensión colaborativa, su dimensión resolutoria de conflictos, etc. Estas y otras muchas más, son caras del poliedro humano, que se reflejan en la sociedad sin dinero y son parte inherente de la misma, convirtiéndola en un sistema abierto, vivo, cambiante, adaptativo, permeable, complejo y nunca definitivo. Al igual que los seres humanos que la integran, de la misma manera que el entorno natural con el que convive.

Éxodo "rurbano"

"Los árboles encontrarán
en nuestras ciudades su hogar,
haciendo de la ciudad bosque
y del bosque ciudad."

El éxodo rurbano (rural-urbano) es el último movimiento del péndulo de las migraciones poblacionales. Partió de un extremo que fue la vida en el campo, para alcanzar el extremo contrario con la migración a la ciudad y la vida totalmente urbanita, y finalmente descansar en el punto intermedio, un punto en el que la sociedad recoge lo mejor de ambos mundos, creando un entorno sano, rico, sostenible y cercano.

El éxodo rurbano significa volver a convivir con la naturaleza, yendo allá donde esté o trayéndola de vuelta a los núcleos urbanos. Aunque llevemos mucho tiempo viviendo dándole la espalda, seguimos siendo parte de ella y, queramos o no, de ella dependemos. En estrecho contacto con la naturaleza podremos recuperar sus ritmos, los que nuestro cuerpo y rutina nunca deberían haber perdido; podremos recuperar nuestra salud, la que el hormigón y el asfalto nunca nos han dado. Alejarnos de la naturaleza ha significado alejarnos de nuestras fuentes de sustento, y por tanto perder la posibilidad de que nuestra dignidad fundamental surja de nuestras manos; ha significado perder la capacidad de tratar nuestros propios residuos, justificando la creación de insostenibles redes de saneamiento; ha conllevado una dificultad añadida, a veces insalvable, para obtener nuestra propia energía... En definitiva alejarnos de la naturaleza ha significado menos libertad para nuestras vidas.

El éxodo rurbano significa recuperar la sabiduría de nuestros ascendientes de la naturaleza, aplicando, en equilibrio con esta, la tecnología para conseguir más por menos.

El éxodo rurbano no supone forzosamente una vuelta a las fuentes naturales de recursos, también abre la posibilidad a la creación de los mismos ahí donde ahora no existen, abriendo el asfalto de la ciudad para volver a hacer su tierra productiva, aprovechando su arquitectura para obtener energía (con turbinas eólicas movidas por las corrientes de viento propias de las ciudades, con placas térmicas y fotovoltaicas que aprovechan la superficie de las fachadas y azoteas, con sistemas de recogida de agua de lluvia que antes se perdía...), condensando la humedad presente en el aire y obteniendo agua… Sin embargo no sólo la ciudad deberá cambiar, al campo también se podrá llevar la cultura de las ciudades e integrar cuidadosamente y siempre y cuando suponga un avance real, el desarrollo tecnológico de las mismas. En definitiva se propone suplir las deficiencias del entorno urbano con las virtudes del entorno rural y viceversa, de manera que tras un largo proceso sean indistinguibles, formen un paisaje homogéneo, en el que los problemas de la ciudad, como la contaminación, la falta de espacio, o la dependencia energética y alimentaria del exterior, y los problemas del campo, como el aislamiento, la despoblación, o la falta de oferta cultural se han superado, tomando lo mejor de ambos mundos.

El éxodo rurbano significa también retomar, modificar y crear las infraestructuras en las que se desarrollan nuestras actividades más importantes, como institutos científicos, hospitales, fábricas, universidades, centros sociales, bibliotecas, laboratorios, museos, teatros, escuelas... Parece una incoherencia en sí misma, articular nuestras sociedades en torno al campo y al mismo tiempo en torno a las universidades, los hospitales, las bibliotecas... pero no es así. Porque este cambio que se propone se fundamenta en llevar el campo a las universidades, y las universidades al campo, creando un entorno rural con elementos urbanos, o al revés, un entorno urbano con elementos rurales. Nuestra calidad de vida aumentaría grandemente si aprendemos a coger ciertas cosas de cada mundo y a desechar otras. La creación de una sociedad “mestiza” en estos términos es posible pero, ¿de qué forma?

En una sociedad sin dinero el conocimiento fluye libremente (e incluso rápidamente, gracias a internet), y por tanto los medios de creación pueden diversificarse, esto sólo depende de cuántas manos se comprometan. Los grandes centros de salud, o de formación, o de producción, siguen existiendo, pero conviven y paulatinamente se ven sustituidos por otros de menor tamaño, más coherentes con el tamaño de las comunidades y fácilmente gestionables por estas. Así las grandes fábricas, las grandes universidades, los grandes hospitales, los grandes institutos científicos, los grandes centros deportivos, se irán paulatinamente sustituyendo por otros medios de creación similares pero a más pequeña escala. Si existen los recursos humanos (las personas y su interés, su voluntad, su esfuerzo, sumado al conocimiento para obtener los materiales, para usar o crear la tecnología) nada impedirá que se construya una pequeña fábrica de papel (o de paneles solares o de cerámica), que produzca para varias comunidades y se mantenga por las personas de las comunidades circundantes, que son al mismo tiempo quienes la usan. Esta fábrica de papel puede crecer, si cuentan con el interés de más integrantes de comunidades más alejadas, puede permanecer estable, si en otros puntos se deciden crear otras fábricas, o puede desmantelarse, si las necesidades han sido cubiertas y por tanto ya no cuenta con las manos necesarias para su mantenimiento. Cómo vemos, los medios de creación son un fiel reflejo de las decisiones, necesidades y conocimiento de las comunidades donde nacen, porque dependen directamente de ellas. Merece la pena reflexionar acerca de las características de esta forma de redistribuir los recursos humanos, tecnológicos y naturales:

- Primeramente, al darse la posibilidad de diversificar los medios de creación a lo largo del territorio, se evitan los grandes gastos de energía en transporte. No sólo debemos buscar acortar las distancias entre las personas, sino entre las personas y los medios de creación.

- En este paisaje rurbano que se propone, las explotaciones agrarias son diversificadas y a pequeña escala, e imitan la diversidad del ecosistema a través de policultivos. Además conviven con el entorno natural, entremezclándose con sus especies autóctonas, fomentándolas y cuidándolas, porque se tiene consciencia de sus beneficios.

- Por otro lado, al cubrir sus necesidades y depender directamente de estos medios, sus usuarios harán lo posible por cuidarlos y desarrollarlos, mirando por su propio beneficio. Además, el hecho de que el individuo tenga que convivir en su comunidad con estos medios de producción, hará que se interese por el origen de las cosas que le rodean, y que pueda observar la manera en que se producen, conociendo el coste medioambiental y humano.

- En el ambiente rurbano, personas, naturaleza, elementos urbanos (como fábricas, escuelas, hospitales) y elementos rurales (como cultivos, invernaderos, granjas o silos) comparten el mismo espacio, y por tanto sus habitantes conocen las consecuencias de la actividad de cada uno de estos elementos en su medio ambiente y en el resto de

elementos, achacando o beneficiándose de sus resultados. Esto garantiza una fuerte conciencia del individuo, una preocupación por encontrar un equilibrio, asumiendo la responsabilidad de que cualquiera de las actividades realizadas, respeten y enriquezcan el entorno en el que influye, ya que su propio bienestar, como individuo que forma parte de una comunidad, depende de ello.

- El hecho de que los medios de creación dependan de las manos implicadas, hace que todos ellos tengan el respaldo de gran parte de la comunidad porque, sino, no son posibles (a menor número de personas interesadas, menos manos disponibles para llevar a cabo cualquier proyecto y mantenerlo). Al mismo tiempo, esto implica que los grandes proyectos, que también tienen un mayor impacto en el entorno, tengan de manera inevitable el consentimiento y el apoyo de un gran número de integrantes, tanto de una comunidad como de las adyacentes, y que por tanto estos sólo se den cuando beneficien a un gran número de personas.

- Que dependan estrictamente de las personas hace que los medios de creación sean abiertos, y no se cierren a otras colaboraciones o usuarios, ya que cuantos más interesados haya, el esfuerzo por mantenerlo está más y mejor repartido, y el enriquecimiento, con mucha probabilidad, es mayor. Además, la interdependencia entre comunidades es grande. Negar la participación en un proyecto a las comunidades adyacentes de manera injustificada (no porque el medio de creación esté saturado y haga falta construir otro, por ejemplo) puede significar que posteriormente estas comunidades no colaboren con la comunidad que lo hizo cuando esta lo necesite. El aislamiento en esta nueva sociedad nunca trae riqueza.

- Finalmente es importante aclarar que *éxodo rurbano* es sólo una forma de llamar a este proceso, y aunque es probable que en muchos casos se dé, hay que recalcar que no tiene porqué conllevar una migración de la población. Quienes vivan en los centros urbanos tienen la oportunidad de convertirlos en lugares sostenibles y autónomos en energía y alimentos. Trabajando la tierra de sus parques y zonas verdes, sustituyendo el asfalto por huertos donde haga falta, cubriendo las azoteas y fachadas con placas solares, etc.…Por su lado quienes vivan en el campo podrán construir aquello que echen en falta de la ciudad. El éxodo rurbano significa ir hasta la montaña pero también hacer que venga hasta nosotros.

El éxodo rurbano es, en definitiva, un paisaje, un paisaje mestizo y hermoso, diverso, donde los cultivos se mezclan con los colegios, las fábricas con los bosques, los molinos de viento con los polideportivos, los hospitales con la cosecha. Sí, he dicho las fábricas con los bosques, hoy más que nunca es posible que los procesos creativos del ser humano no sólo no perjudiquen el medio natural en el que se encuentran, si no que aporten a este. Un cuadro heterogéneo,

como las personas que lo habitan, el verdadero reflejo de sus vidas, de sus necesidades y de sus inquietudes.

El final de este largo camino es un gran equilibrio entre el factor humano y el natural, entre los elementos urbanos y los rurales, entre la naturaleza y la tecnología.

Micro política

La articulación de la política como actividad que resuelve los problemas derivados de la convivencia y trata de potenciar las virtudes de la comunidad, se presenta, dentro de la sociedad sin dinero, llena de tantas posibilidades como responsabilidades se asuman por parte de cada individuo.

Pero antes hablemos sobre la política actual, la macro política. Los partidos políticos actualmente se ven obligados a tener el tamaño de los estados y organizaciones supranacionales donde se gestan, para tener la posibilidad real de realizar cambios efectivos en los mismos. Sin embargo su gran tamaño no responde a una necesidad organizativa de los propios individuos, es más, la fisionomía de los actuales partidos políticos, con una gran estructura que llega a todos los niveles, sólo entorpece la posibilidad de que el ciudadano pueda hacer política, ralentiza las posibles repuestas ante nuevos desafíos y consume grandes recursos. Otra de las taras de la macro política, y que siempre estará presente en mayor o menor medida en la misma porque es consecuencia de su tamaño, es el inevitable alejamiento entre los que toman las decisiones, los que las acatan y asumen sus consecuencias y los que las llevan a cabo. Mientras que estos grupos no estén representados por los mismos individuos, los integrantes de cada uno de ellos estarán abocados a observar con ojos miopes a los del grupo opuesto, y por tanto a lidiar con conflictos perennes: no entenderán la importancia y alcance de la labor del resto de grupos, ni la dependencia recíproca que existe entre ellos (en la macro política los que toman las decisiones existen gracias a que otros las acatan y otros las hacen posibles, y viceversa).

La micro política transforma estos 3 grupos (los que deciden, los que acatan lo decidido, los que lo hacen posible) en uno solo, y esto se produce gracias al reducido tamaño de las pequeñas naciones. En una comunidad de 60, 80, 100 o los integrantes que sean (dependerá en cada caso de en qué punto se encuentre el equilibrio entre una comunidad suficientemente poblada para ser productiva y rica, pero sin tantos individuos como para volver la toma de decisiones y la resolución de conflictos una misión interminable), la convivencia es tan estrecha y la interdependencia tan necesaria que la política se convierte en un ejercicio diario e imprescindible para cada individuo.

En este escenario, que brindan tanto la sociedad sin dinero como las pequeñas comunidades desarrolladas al calor de esta, los problemas derivados de la convivencia, los proyectos que quieran desarrollarse, los conflictos que deban resolverse y la ayuda que necesite recabarse, deben pasar forzosamente por el diálogo con el resto de individuos que componen la comunidad, de los que

cada uno depende y que dependen de uno. Esto implica que las propuestas que reciban un mayor apoyo dispondrán de más manos para su realización, al igual que las decisiones con un mayor consenso tendrán más posibilidades de que efectivamente cristalicen. Esto se debe a que los mismos que deciden son los que ponen el trabajo, el conocimiento y el tiempo, y los mismos que disfrutan o sufren sus resultados. Resumidamente, la atención que reciben las distintas propuestas es proporcional al número de personas a las que benefician. Evidentemente nada impide que un individuo haga lo que desee, aún siendo perjudicial para su comunidad, pero no es menos cierto que tendrá difícil llevarlo a cabo porque no contará con ayuda de su entorno y es posible que eventualmente, si insiste en propuestas que perjudican a su entorno, no pueda contar tampoco con una comunidad que lo acoja.

Como vemos, la micro política hace que la política no sea una profesión, ni tampoco un servicio más o menos altruista a la comunidad, si no un ejercicio social ineludible, llevado a cabo por cada individuo de manera integral, como siempre debería haber sido. Integral porque los individuos toman parte en todas las fases de la micro política (o lo que es lo mismo, de la resolución de un conflicto o de la construcción de una propuesta): detección del problema, reflexión, consenso, toma de decisiones, participación en las acciones necesarias y convivencia con los resultados alcanzados. Ineludible porque este ejercicio de verdadera política integral no es voluntario, sino obligado, ya que en la sociedad sin dinero la desaparición de estados y empresas conlleva que todo lo que se quiera conseguir, cambiar o resolver, dependa de cada individuo (por otro lado, ¿quién querría que se encargasen de llevar las riendas de su vida cuando le colocan las mismas en sus manos?). Aquellos que elijan no participar en esta política del día a día acabarán viéndose aislados, ya que al mismo tiempo que no quieren colaborar en la resolución de conflictos y necesidades ajenos, tampoco podrán contar con nadie que les apoye en la resolución de los suyos propios.

La micro política, siempre enmarcada en la sociedad sin dinero y las pequeñas naciones que la hacen posible, da la capacidad a todos los individuos de intervenir directamente en el curso de sus vidas y su entorno, proponiendo cambios en su comunidad con plena consciencia de su viabilidad, y de su posible efecto en la misma, aplicando todo el cuidado, conocimiento y esfuerzo que sean necesarios, ya que de ello depende la buena salud de su comunidad y por tanto su bienestar personal. Esto no presupone que los integrantes de las pequeñas naciones y hacedores de la micro política tengan que tener conocimiento sobre todas las materias para afrontar los retos del día a día, sino que deberán preocuparse de aprender o pedir apoyo a otros individuos de otras comunidades para que les enseñen sobre aquello que en cada momento les resulte útil y necesario.

La micro política es reproducible a otros niveles mediante dos distintas vías: una que podríamos llamar tradicional y otra digital. En la gestión de los recursos comunes entre varias comunidades, se crearía, por ejemplo aplicando la vía tradicional, un marco de diálogo en el que portavoces (no representantes) de estas comunidades implicadas, transmiten al resto la decisión tomada por su pequeña nación. Una vez se ha llegado a un acuerdo de actuación conjunta, que

los portavoces han alcanzado haciendo de mensajeros entre su comunidad y el resto de comunidades, los integrantes de las distintas comunidades comienzan a trabajar juntos. No obstante, la tecnología nos brinda también la posibilidad de afrontar estos ejercicios de toma de decisiones con la mayor pluralidad posible, lo que se podríamos la vía digital de la micro política. En ella un gran número de personas de distintas comunidades pueden discutir sobre los más diversos temas sin desplazarse de su casa, y llegar a un consenso o realizar votaciones a través de herramientas de democracia online. De esta manera vemos cómo la micro política no implica comunidades que sólo se miran su ombligo, sino que también les da la capacidad de articularse a gran escala para resolver problemas globales.

Esta forma de concertar la convivencia tiene sus obstáculos, pero la responsabilidad de superarlos recae invariablemente sobre los individuos que la practican. Imaginemos que en una asamblea se debe llegar a un acuerdo acerca de cómo abordar cierto problema. Es totalmente posible que la decisión no se alcance porque no se llegue a un consenso y que por tanto el problema persista sin solucionarse. A diferencia de los órganos de toma de decisiones actuales, en los que quienes toman las medidas ni sufren estas ni la situación que ha llevado a tomarlas, los integrantes de una sociedad sin dinero se ven obligados, si quieren seguir avanzando como comunidad, a reunir todos sus esfuerzos para llegar a un acuerdo, ya que mientras que no haya consenso el problema seguirá existiendo y les seguirá afectando.

- Asambleas y consenso obligado.

Las asambleas son reuniones realizadas periódicamente, tan asiduamente como la comunidad lo precise, en las que se toman decisiones y plantean propuestas que afectan a sus habitantes. Es muy recomendable que en ellas participen todos los integrantes de las comunidades, desde los más jóvenes hasta los más ancianos, enseñando a los primeros a tener y a exponer su opinión acerca de las cosas que ocurren a su alrededor, y recibiendo de los segundos la sabiduría de su experiencia. Es también altamente recomendable, cuando la complejidad técnica del problema así lo requiera, invitar a las asambleas a especialistas que aporten opiniones basadas en su conocimiento y experiencia. Esto no cambia el hecho de que en última instancia, la responsabilidad de decidir en cada asamblea qué hacer y cómo hacerlo, siga recayendo solamente en los habitantes de la comunidad.

El consenso obligado, por otra parte, es un mecanismo de las asambleas que busca evitar la "dictadura de la mayoría" a la hora de la toma de decisiones. Decidir "por mayoría" supone que exista una minoría, que puede ser amplia o pequeña, que no quede conforme con lo decidido, pero que sin embargo, tenga que acatar y llevar a cabo aquello que otros decidieron. Estas situaciones crean tensiones dentro de la comunidad que pueden ser evitadas a través del consenso obligado. Su funcionamiento es muy simple: las decisiones son tomadas solamente cuando todos los participantes de la asamblea están conformes. Aunque esto por un lado puede suponer que las asambleas se alarguen o que

incluso se tengan que realizar varias veces sobre los mismo temas, asegura por otro lado que todo aquello que se lleva a cabo en la comunidad tiene el consentimiento de todos sus integrantes.

Antes de continuar es pertinente aclarar lo que implica, en este contexto, "estar conforme" con la decisión tomada. Evidentemente, por mucho que se intente acercar posturas, todas las personas de una comunidad no van a alcanzar siempre un acuerdo sobre lo que se debe hacer. En estos casos, el individuo o individuos que persistan en una postura distinta a la del resto, a pesar de todas las asambleas realizadas, pueden resolver la situación apoyando la iniciativa sobre la que no están de acuerdo y comprometiéndose al mismo tiempo a colaborar para que salga adelante. En contrapartida, por parte de los individuos cuya propuesta finalmente se ha elegido desarrollar, se llega el compromiso de que, si tras desarrollar su iniciativa, esta no soluciona el problema ni conlleva mayor bienestar para toda la comunidad, adoptarán la propuesta que fue rechazada en favor de la suya, trabajando para que esta pueda cristalizar. De esta forma, habrá ocasiones en que se esté conforme con la decisión de la asamblea a pesar de no estar de acuerdo, pero con la condición de ver resultados positivos tanto para uno mismo como para la comunidad.

En caso de que, persistentemente, dos grupos dentro de la comunidad sean incapaces de llegar a acuerdos, será seguramente síntoma de que tienen visiones distintas, y es probable que la mejor opción sea que cada grupo desarrolle, separadamente, su propia experiencia comunitaria.

Por otro lado, como veremos en el siguiente apartado, la participación en las asambleas estará asegurada por el hecho de que el individuo sabrá que aquello que se decida en su ausencia, tendrá que igualmente llevarlo a la realidad, colaborando junto con el resto de habitantes de la comunidad.

- Democracia horizontal y directa.

Este aspecto hace referencia en primer lugar, a la inexistencia de partidos políticos y por tanto de representantes, en la micropolítica desarrollada diariamente en la comunidad. El pequeño tamaño de Libertaria permite que todos los integrantes de la comunidad puedan participar en la discusión y toma de decisiones, y su posterior aplicación, siendo así las asambleas totalmente plurales y participativas, pero al mismo tiempo eficientes. De esta manera, desaparecen las estructuras jerárquicas tradicionales de las instituciones públicas, que hacían que el grueso de la población cediera sus responsabilidades en favor de una pequeña parte, los políticos, que asumían una responsabilidad sobre cientos, miles o millones de personas que jamás se les debería haber dado, independientemente de la ética de sus intenciones. Para que el individuo sea plenamente libre, tiene que tener la capacidad de decidir sobre todos los aspectos de su vida, en consenso con el resto de individuos con los que convive. Si seguimos dejando que otros decidan por nosotros, jamás seremos libres.

En segundo lugar, la democracia horizontal y directa hace alusión al hecho de que en la comunidad, los mismos que deciden, acatan lo decidido, y estos son los mismo que lo llevan a cabo. De esta manera, el individuo vive colectivamente,

pero al mismo tiempo lo hace en libertad, ya que no acata las órdenes de una autoridad superior, sino que hace aquello que anteriormente ha decidido junto a otros realizar. Este aspecto enlaza con lo ya expuesto anteriormente en el subapartado: "Asambleas y consenso obligado".

Afecto y conocimiento

"Tan difícil es el amor del sabio,
como efímero el del necio."

La sociedad de la que hablamos se sostiene sobre dos pilares, afecto y conocimiento: siendo el afecto la empatía, el cariño y el amor entre sus integrantes, y el conocimiento la creación y difusión del estudio profundo del entorno tecnológico, natural y cultural. Ambos son origen y consecuencia uno de otro: el afecto por las personas que nos rodean lleva al conocimiento de su interior, y el conocimiento de nuestro entorno lleva al afecto por el paisaje que habitamos. No se puede entender un individuo que no conozca su entorno y no cree vínculos afectivos con este. Una persona así será siempre esclava y manipulable, exactamente como lo que somos ahora.

Los vínculos que genera el afecto son fértiles, creadores, y por ello partir de nuestros seres queridos será una gran ayuda. Nos rodearemos de familia, amigos, pareja... para articular nuestras sociedades, y para más adelante ahondar en esas relaciones y crear otras nuevas. Pero, ¿porqué es tan importante el afecto? Porque nuestras sociedades deben ser profundamente empáticas, profundamente humanas, basadas en el continuo conocer del otro, dispuestas a tratar los problemas individuales como algo colectivo, partiendo de lo mucho que a todos nos une. Porque la sociedad afectuosa es abierta, abierta a todas las manos que la quieran enriquecer, y entiende que hay algo que todos perseguimos, la felicidad. Esta llega cuando te rodean las personas que quieres, cuando quieres a quienes te rodean, personas que conoces y te conocen, personas por las que te interesas, personas que te cuidan, personas cuya felicidad es tú felicidad. El afecto es esencial y en nuestra sociedad futura nos supondrá una ayuda inestimable.

¿Pero que ocurrirá con el conocimiento? Dado que no existirán intereses económicos se investigará por amor a la ciencia, al progreso, nunca más por lucro, permitiendo así que el farmacéutico investigue en las medicinas que realmente se necesitan, aunque el enfermo tenga los bolsillos vacíos; el químico desintoxique nuestra comida y nuestra ropa, utilizando los compuestos que siempre se debían hacer utilizado; el ingeniero fabrique como siempre quiso, para la utilidad, para la eternidad. No obstante, para alcanzar esta ciencia de todos y para todos, antes tendremos que recuperar las tecnologías.

Como a día de hoy se crean, nos hacen obsoletos a la gran mayoría. No las conocemos, no sabemos repararlas, reproducirlas, mejorarlas, y por ello dependemos de quienes las fabrican, de quienes determinan su vida útil, de quienes eligen sus piezas, de quienes, inevitablemente, son dueños de una parte de nuestra rutina cuando no de gran parte de nuestra vida. Por esto la tecnología

debería llamarse artesanía de la tecnología, y ser nuestra, salir de nuestras manos, ser replicable por todos, entendida. Si no, seremos siempre dependientes de ella, y en última instancia de quienes la produzcan.

Hoy, el conocimiento que nos permitiría comprenderlas completamente, hacerlas nuestras, es limitado. Nada nuevo bajo el sol capitalista, que raramente alumbra las posibilidades de una sociedad de conocimiento libre, colaborativa, interdependiente, conectada y construida realmente por todas las manos, todas las mentes. Un sol capitalista que desde hace ya mucho tiempo nos ha cegado para que no veamos que no necesitamos de su obsolescencia programada, de su producción en cadena, de sus falsos avances de inflado marketing y ninguna utilidad.

Podemos hacer tecnología mucho mejor que la alumbrada por el dinero, tecnología que realmente responda a nuestras necesidades, que nos acompañe durante muchos años, que nos cueste esfuerzo y tiempo producir, pero a cambio nos convierta en sus verdaderos dueños, conocedores de sus piezas débiles, de sus posibles mejoras y sus mejores usos. Tenemos que volver a hacer nuestra la innovación, cerrar las brechas de la segregación por el conocimiento, con ayuda de herramientas como internet, haciendo que todos seamos partícipes de las innovaciones, asegurándonos de que sea el "no querer" y no el "no saber, la única barrera para no participar de la tecnología y su desarrollo.

Pero cuidado, en este camino tendremos que estar siempre atentos, y discernir entre la tecnologías que significan un progreso colectivo y las que lo sacrifican en pro de un beneficio individual para, en su caso, sustituir las segundas por otras para el bien común, que no comprometan nuestro futuro ni el de las generaciones venideras.

Por la cercanía

Pensar de manera cercana significa, dentro de una misma comunidad, vivir en estrecha colaboración e interdependencia, compartiendo los mismos espacios, discutiendo conjuntamente el futuro. Esto implicará, por ejemplo, que las comunidades giren en torno a espacios de uso colectivo, que satisfacen unas necesidades comunes. Aspirando también a una eficiencia energética pero siempre enmarcado dentro de esta filosofía de lo común, no tendrá porqué haber una lavadora, una secadora, un lavavajillas, un frigorífico por cada casa, sino que se dará la posibilidad de que estos electrodomésticos, que cubren necesidades comunes, sean utilizados y cuidados por todos los integrantes de la comunidad. Pero no sólo hablamos del uso de compartido de aparatos. En estos espacios comunes se podrá también compartir conocimiento, impartiendo cursos, haciendo talleres para niños y mayores... En resumen llevando a cabo iniciativas que persigan poner en común el saber individual. Estas que se indican son sólo algunas de las innumerables posibilidades: en estos espacios comunes, en el epicentro de las pequeñas naciones se podrán crear (ya no habrá dinero que lo obstaculice) grupos de teatro, talleres de mecánica, de cocina, grupos de apoyo psicológico, guarderías, grupos de reflexión, colectivos de estudio e

investigación... En pocas palabras un hervidero de ideas, inquietudes, habilidades, conocimiento. Vemos que la primera de las acepciones de "cercanía" se basa en que, desde la intimidad de nuestra permeable vivienda, aspiremos continuamente a entretejer una rica vida social. Antes de pasar al siguiente punto es importante recalcar que estos espacios comunes de las pequeñas naciones, donde se dan la mano las necesidades y conocimientos de los integrantes de la comunidad, no vienen a sustituir los medios de creación propiamente dichos, (como centros de investigación, colegios, universidades, fábricas, centros de artesanía...), sino que los complementan a pequeña escala.

Por otro lado, "cercanía" entre comunidades significa una íntima relación entre todas ellas, como una red de neuronas repartidas homogéneamente y conectadas entre sí, evitando el asilamiento, la excesiva distancia entre ellas, que al fin y al cabo sólo puede empobrecer a la comunidad.

Pensar de manera cercana también tiene consecuencias en los medios de transporte. Existiendo pequeñas distancias entre las comunidades, cada una de ellas se puede concentrar en construir y mantener las vías de comunicación que llegan a su comunidad, solapándose con los tramos que salen o entran de las comunidades adyacentes, gestionados por sus respectivos integrantes, y creando así una red de caminos, carreteras... La distribución cercana y homogénea de las comunidades, permitirá que cada comunidad no tenga que hacerse cargo de grandes infraestructuras para el transporte, con los problemas que eso evita. Además, el interés en mantener unas buenas vías de acceso es obvio por parte de las comunidades. Démonos cuenta de cómo también aquí lo construido debe ser un reflejo de las capacidades de las personas: vías de transporte más pequeñas, que abarquen las pequeñas distancias que existan entre comunidades, que no se derrumben bajo su propio peso y puedan ser gestionadas por las personas que se benefician de ellas.

Otro hecho que tendrá consecuencias directas en los recursos destinados al transporte es la interconexión de los procesos productivos, ya que la "cercanía" también se debe buscar entre los medios de creación, para aprovechar eficientemente los recursos y hacer partícipes a los individuos de todo el ciclo productivo de lo fabricado. De esta manera las fábricas se convertirán en centros interdisciplinares, donde alrededor de una o varias materias primas se desarrollarán toda clase de industria, ciencia y artesanía.

Pongamos por caso una fábrica dedicada a la extracción del hierro. En la sociedad del dinero esta extraería tanta cantidad como pudiese del entorno, sin atender a las consecuencias medioambientales y sociales, y otorgando un beneficio muy reducido a la población local. En la nueva sociedad, no sólo se toma en consideración que la extracción sea sostenible (ya que los mismos individuos que participan en esta actividad dependen del ambiente en el que la desarrollan y por tanto de sus consecuencias sobre este), sino que los beneficios que conllevan para las poblaciones circundantes se ven multiplicados, al crearse múltiples procesos creativos en la fábrica multiproductiva que gira en torno a este mineral: fabricación de utensilios de todo tipo, aplicaciones en la tecnología, artesanía derivada de su uso, ciencia investigativa sobre este recurso, e incluso

porqué no, especialidades artísticas que orbiten en torno al hierro. Esta es la única manera de que todas las posibilidades de un recurso natural se exploten realmente por las poblaciones circundantes (antagónico a la lógica productiva actual, en la que la extracción se produce en un lugar y sus posteriores elaboraciones en otros, llevándose la mayor parte de su riqueza consigo).

Además, la interconexión de procesos productivos de distintas materias primas permitirá utilizar los excedentes de uno como material para otro. Por ejemplo, el serrín de una actividad ligada a la madera puede servir en el interior de la misma fábrica para otros procesos, como la obtención de energía a través de la combustión de biomasa, o en la construcción de lechos para animales. Estos centros que aúnan e interrelacionan varios procesos productivos aseguran que los recursos son aprovechados en todas sus dimensiones y fases posibles, al mismo tiempo que evitan los gastos de energía que conlleva el transporte en la fabricación fraccionada en distintos lugares. Al igual que en lo académico hemos entendido que los estudios deben ser interdisciplinares para ser realmente completos, nos queda comprender que también esta forma de pensar volverá los procesos productivos mucho más eficientes y prolíficos.

Cercanía es también acortar las distancias de las personas a los medios de creación, de manera que no haya que desplazarse obligatoriamente largas distancias a grandes edificios que centralicen muchos servicios. El dinero nos ha enseñado a pensar a lo grande, y cuando así se hace, se necesitan estados o empresas que administren, volviendo a convertir el dinero en imprescindible. Sin dinero tendremos que entender que lo más coherente es diversificar y repartir los medios de creación alrededor de las comunidades. Así, por ejemplo, será probable que cada comunidad tenga su pequeña clínica, un centro sanitario un poco más grande se dé entre varias, y un gran hospital sólo pueda darse cuando muchas comunidades se involucren, construyéndose seguramente en un punto intermedio de todas ellas, y beneficiando por tanto a todos los integrantes de todas las comunidades implicadas, de manera que sólo en el caso de una enfermedad grave, que haya que tratar en un gran hospital, sea necesario recorrer más distancia. Cuanto más grande es un medio de creación, más gente se beneficia, pero también más gente vela por su cuidado.

Que el transporte dependa de las personas y que todo orbite en torno a pequeñas distancias, hará que ya no sea frecuente comer soja de China en España, o comer paté de Francia en EEUU. Los medios de creación están diversificados y su carácter es local, aprovechándose de ellos las poblaciones adyacentes, lo que hace que la fabricación y el consumo sean conscientes y consecuentes con los recursos presentes en el entorno que se habita. O dicho de otra manera, la creación, siendo local y llevada a cabo por integrantes de las comunidades en las que se produce, es una muy ligada a su medio, y trata de conocer y aprovechar de la mejor manera los recursos presentes en este. Al cohabitar los medios de creación con los integrantes de las comunidades, estos no tendrán que recorrer grandes distancias para beneficiarse de ellos. Sin embargo, habrá ocasiones en las que se necesite o se quiera un material especial, o un objeto que por sus características sólo se fábrica en cierto lugar. Entonces el transporte a mayor distancia se hará inevitable. Un transporte que sin embargo

parte de los individuos, configurado según las necesidades de desplazamiento colectivas y la conciencia con el entorno. Esto, sumado a una producción cercana y a una producción ligada a la estricta necesidad, imprimirá un ritmo distinto a nuestra sociedad, más pausado, menos frenético. Un ritmo que nuestro planeta podrá sobrellevar.

Este ritmo más lento, más orgánico, no nos debe llevar a error. Las personas en esta nueva sociedad se mueven, y lo hacen mucho más libremente que antes, ya que no hay un trabajo fijo al que acudir, ni tampoco fronteras ni visados. Sin embargo son conscientes de lo que las distancias suponen, porque las recorren, y tratan, siempre de que sea posible, de encontrar los recursos en su entorno antes que optar por viajar. Cuando les es necesario desplazarse, se organizan colectivamente, para hacer el viaje junto a otros que vayan al mismo destino, o destinos cercanos o intermedios. Sin fronteras los límites los ponen las personas. El turismo por su parte, no existe como lo entendemos ahora.

Estamos acostumbrados a exigir al viaje paisajes hermosos, cosas exóticas, gentes auténticas, sabores nuevos. Pero el verdadero viaje es aquel que también e te pide, al que le das, un camino en el que te dejas un poquito en cada lugar. Viajar en la sociedad sin dinero significa dedicar tiempo, habitar el paisaje, dejar huella. Significa no tener otro pasaporte que lo que puedas aportar. Significa ser acogido por las gentes en sus comunidades, para que les cuentes, para que prestes tus manos, tus habilidades, para que compartas lo que sabes, lo que traes en la maleta de la experiencia, para que te enseñen orgullosos su tierra, su hogar, para que aprendas tú también lo que ellos aprendieron, para unirse a ti, o para aconsejarte sobre el mejor camino. En definitiva viajar es, como todo en esta sociedad sin dinero, una experiencia de profundo intercambio y enriquecimiento recíproco, donde sólo necesitamos como pasaporte lo que cada uno pueda aportar.

Los derechos que nunca conquistamos (y de cómo alcanzarlos realmente)

De los derechos que creímos conquistados, como el derecho a la justicia, la libertad o la educación, realmente sólo tenemos su concepto, su significado, la compresión de que son inherentes a la condición humana. Pero no tenemos más, son palabra para un hecho inexistente. Hasta ahora los derechos no han sido verdaderamente conquistados, porque no han sido una responsabilidad nuestra sino responsabilidad del dinero: es este el que ha satisfecho nuestro derecho a la vivienda, a la educación, al trabajo. Ahora comprobamos en nuestra piel que cuando este falta, se han quedado en conceptos sin ninguna aplicación, se han quedado en derechos vacíos.

Antes de profundizar en este pensamiento debemos subrayar la frase: "inherentes a la condición humana". ¿Pero porqué es importante hacer hincapié en esto? Porque tenemos que ser conscientes de que los derechos existirán siempre, ya que surgen de la misma persona, y no de leyes, tratados, documentos, tribunales o estados. Si asumimos que parten de la condición

humana, y que nada ni nadie puede dárnoslos o arrebatárnoslos, cuando cualquiera de nuestros derechos como personas sean vulnerados por el estado o ley de turno, sabremos que esto no implica su desaparición, ya que surgen de nosotros mismos, siendo nuestra responsabilidad para con nosotros y los demás, ejercerlos, promoverlos, ampliarlos y defenderlos siempre. Tampoco nos deberían satisfacer los estados o leyes que supuestamente salvaguardan nuestros derechos. Como ya he repetido, estos surgen de nuestra condición, y no hace falta nadie que venga a recordarnos que podemos ser libres, que podemos expresar nuestra opinión o acceder a la información, al igual que nadie nos puede decir que tengamos o no tengamos hambre (pero sí será responsabilidad nuestra satisfacer esta sensación, y parar de comer cuando el cuerpo nos lo diga).

¿A dónde quiero llegar con todo esto? A que tenemos que dar un nuevo paso. Se han formulado nuestros derechos, pero aún queda ser plenamente conscientes de ellos y actuar consecuentemente. Nos dicen que tenemos un montón de derechos, y nos quedamos tan satisfechos. Pensamos: "bien, el Estado defenderá mi derecho a la educación, o a la información" Mentira. Los gobiernos solo los han formulado, los han recogido, categorizado, dado un nombre, pero estos no nos otorgan nuestros derechos ni tampoco están dispuestos a que los ejerzamos completamente. Sin contar con el hecho de que su supuesta defensa de estos es irreal, ya que está sujeta a los intereses económicos, o dicho de otra manera, sólo se preocuparán de que estén velados cuando no supongan un obstáculo para el beneficio económico.

Por ello debemos dejar de caer en la ilusión de que, vivir en un estado que se declara defensor de nuestros derechos, con una constitución que los recoge, nos hace libres, o educados, o bajo un techo, gracias al derecho a la libertad, a la educación y a la vivienda respectivamente, porque ni lo hace (los vulnera con frecuencia sin impunidad), ni debe hacerlo. Seremos libres sólo cuando entendamos que es nuestra responsabilidad, y no la de ningún gobierno u ONG, serlo, ejercer ese derecho inherente, responder a esa aspiración de nuestro espíritu para sentirse plenamente humano. Del mismo modo tendremos educación y una vivienda cuando comprendamos que ambas son responsabilidad nuestra.

Haciendo un paralelismo con el hambre, tenemos que dejar de abrir la boca con la comida que nos dan y comenzar a alimentar nuestras humanas aspiraciones nosotros mismos. Los derechos son al espíritu lo que el hambre al cuerpo: pueden decirte que no tengas hambre, pero si no has comido igualmente la tendrás; que la tengas, pero si has comido, por mucho que te digan, no la tendrás; te pueden cerrar la boca, y el hambre seguirá ahí, y puedes negarte a probar bocado, pero con eso tampoco evitarás sentirte hambriento. La necesidad de alimento, la sensación de hambre, es inherente al ser humano, de la misma manera que lo son nuestros derechos. Es tan ridículo que alguien te prometa hambre para siempre, o lo contrario, que no sentirás nunca hambre en tu vida, como que alguien te niegue tus derechos o se erija en dador o protector de los mismos. Los derechos son potencias que poseemos de manera natural (somos potencialmente libres, potencialmente informados, potencialmente educados…), pero su desarrollo es sólo responsabilidad nuestra.

Otra cosa muy distinta, es la falta o la abundancia de alimento, que influyen evidentemente en la sensación de hambre, pero no obstante nunca pueden hacerla desaparecer. De la misma manera nos podrán encarcelar, pero siempre será decisión nuestra ser o no libres. Porque la libertad no es el libre albedrío, hacer cada cosa que se pase por nuestra mente. Ser responsable y consecuente con el inherente derecho a la libertad significa ampliar esta, buscarla, defenderla, pensarla, llevarla hasta su máxima expresión dentro de nuestras circunstancias. Por ello es posible que alguien en la cárcel sea más libre que otro fuera de ella. La libertad se hace a cada momento y si el prisionero da la vida por la libertad, la anhela, la lucha, la desea, con sus manos y su mente, es sin duda más libre que el que está en la calle pero trata de acatar las normas, de adaptarse a lo que las leyes imponen sin cuestionarlas, de acallar las voces en su interior que le piden mayor libertad. Y lo mismo ocurre con el resto de derechos. Te podrán decir que no tienes derecho a dar tu opinión, pero siempre pensarás lo que te gustaría decir (y seguramente antes o después salga), tu espíritu, tu mente, estarán siempre empujando, aspirando a opinar, a decir la tuya, a dar tu punto de vista para sentirte un poco más humano. Por ello los derechos, como el hambre, nunca pueden ser suprimidos, son inherentes a nuestra naturaleza humana.

No obstante, a pesar de que, como se ha repetido, se encuentran en nuestra forma de ser, también hay que hablar del gran obstáculo que supone la "fuerza de la costumbre gradual", y que adormece frecuentemente las humanas aspiraciones a desarrollar los derechos. Este fenómeno se puede volver a ilustrar haciendo un paralelismo con el hambre: todos podríamos acostumbrarnos a comer la mitad de lo que comemos hoy y sin apenas darnos cuenta. Sería tan sencillo como que alguien nos quitara diez gramos de la comida cada día, o cualquier otra cantidad que hiciera imposible constatar que estamos comiendo menos que el día anterior. Así nos iríamos acostumbrando gradual e inconscientemente al cambio, y pasado un tiempo nos sentiríamos enfermizos, débiles. Solamente observando detenidamente nuestro cuerpo, recapacitando sobre lo que ha ocurrido con nuestra comida durante este proceso, podríamos ser capaces de deducir que nos han quitado la mitad del alimento que ingeríamos normalmente, y darnos cuenta de que necesitamos volver a comerlo.

De la misma manera nos cercenan nuestra humana aspiración a desarrollar nuestros derechos. Imaginemos que un individuo vive en un país cuyos gobernantes tienen como objetivo limitar el derecho a la opinión. Saben que si de un día para otro imponen una ley que lo haga, nadie la aceptará, se encontrarán con una numerosa y encendida oposición. Sin embargo si van acotando gradualmente los espacios y las circunstancias en las que es "recomendable" opinar, justificándolo por el bien del país, de la seguridad del ciudadano o cualquier otra de sus fábulas, el individuo del que hablamos acabará, tarde o temprano, entendiendo que es normal hablar en su casa a susurros. La única manera que este sujeto tiene de revertir la situación, de volver a querer llevar a cabo el derecho a la opinión es, como en el ejemplo del hambre, observándose, recapacitando acerca de su circunstancia, analizando cuál ha sido el proceso y quienes han sido los que le han llevado hasta ese punto. Por ello dejar los derechos en manos de otros es tan arriesgado, y por ello debemos estar siempre

alerta, inflexibles con cualquier mínima circunstancia que los ponga en cuestión, los limite, los condicione...

Aunque estemos aquí poniendo el énfasis en la trascendencia que tiene desarrollar nuestros derechos, no es menor la que tiene promoverlos entre nuestros iguales. Y en esto una vez más no entra el altruismo, sino algo tan simple como que en la sociedad sin dinero (ni Estado) sobre la que reflexionamos, es inevitable. Y recalco "sociedad sin dinero", ya que sabemos que en la actual es perfectamente posible y de hecho frecuente, que dependiendo del nivel económico disfrutemos de más o menos derechos, independientemente de la situación de las personas que nos rodeen. En la sociedad sin dinero que se propone, no es posible ser libres rodeados de esclavitud, ni tener justicia rodeados de injusticia, ni estar informados rodeados de manipulación, ni tener libertad de expresión en una sociedad censurada. Pero, ¿porqué? ¿porque nuestra moral nos lo impide? No, porque en un mundo sin dinero todos somos los mismos humanos, la igualdad es por fin real. No importa el nivel económico de tu familia, tu lugar de nacimiento, tu sexo ni tu raza, estas consideraciones ya no van a estar alimentadas por las desigualdades del dinero, en esta sociedad sólo importa, sí, realmente sólo importa, el esfuerzo de cada uno y la salud de las relaciones humanas que construye. Por este motivo, al vulnerar, o no defender los derechos de los que nos rodean, estamos justificando la vulneración de los nuestros ya que, al ser radicalmente iguales, las mismas razones que aplicáramos para la vulneración de los derechos de los demás se podrían aplicar para pisar los nuestros. E insisto, esto ocurrirá en una sociedad sin dinero, ya que en la que vivimos el dinero se deshace de la interdependencia a corta distancia, es decir, de cualquier atisbo de reciprocidad, haciendo que nuestros derechos no dependan de los de nuestros vecinos, sino de nuestra cartera. Podrán, nuestros vecinos, ser recalcitrantemente pobre, pero eso a nosotros nos da igual, si nuestra cartera está llena nada nos impedirá ir a un hospital, pagar unos estudios a nuestros hijos, contratar a un abogado que nos defienda…

Se comprueba una vez más cuál es la verdadera fuerza de esta sociedad que se propone: los derechos de los que te rodean son tus derechos, sus posibilidades tus posibilidades, su bienestar el tuyo. Una sociedad profundamente interdependiente, donde no es posible que exista tu justicia, tu libertad y tantos otros derechos, si son negados a las personas que te rodean.

Cabe decir que todo derecho lleva implícito una gran responsabilidad, la responsabilidad de practicarlo, porque si no se actúa consecuentemente con ellos, quedan en meros conceptos. Los derechos reales son sólo los que se practican. Esto la sociedad actual no lo permite, porque es el dinero el que los garantiza, no nosotros mismos. El derecho a la libertad, a la educación, a la vivienda, a la información… es sólo nuestro, no podemos permitir que nadie se erija como protector de las aspiraciones que nuestro espíritu quiere alcanzar para sentirse plenamente humano. Será siempre responsabilidad nuestra desarrollar, defender, promover y pensar nuestros derechos.

- Educación

Este derecho, para que sea alcanzado plenamente, se debe basar en una preocupación:

- por enseñar a aprender,
- enseñar a obtener información, dando las herramientas necesarias,
- enseñar a responder las preguntas y no a memorizar las repuestas,
- enseñar a escuchar lo que en el interior suena, a vivir con uno mismo, a encontrar la felicidad y ponerle rostro,
- enseñar a dar medios a la curiosidad y la inquietud innatas, dando libertad y recursos a la creatividad, la expresividad.

La educación también debe fundamentarse en el fomento de una responsabilidad del propio individuo por informarse, investigar, preguntar, un compromiso por no olvidar nunca el placer que nos reporta aprender, alimentar la inquietud y el ansia de conocer, siempre desde la humildad del que sabe que nunca lo sabrá todo.

La libertad en la educación, para que su desarrollo sea realmente una voluntad de la persona y no una imposición externa será, como en el resto de derechos, fundamental. No se buscará adoctrinar a los niños con la obligación de ciertas tradiciones, sino que se hará lo posible por transmitírselas, porque las conozcan y las valoren, pero también se les dará la oportunidad de crear las suyas propias. Es por esto que se les explicarán la normas de convivencia de la comunidad que habitan, para hacer que comprendan que no son un capricho de los adultos sino que buscan el bienestar común. Algo que no irá en contradicción con escuchar su opinión y enseñarles a darla desde temprano.

Otro concepto importantísimo a transmitir será el del rechazo a cualquier autoridad, cualquier figura superior con el prestigio, la legitimidad, o el derecho a imponer sus decisiones, con capacidad para influir sobre las decisiones de otros. La verdadera convivencia no se basa en el acatamiento de unas normas reguladas por una autoridad, si no en un ejercicio diario y colectivo de toma de decisiones, de puestas en común, de consensos, de largos debates, de proyectos comunes… que convierten al individuo en el único responsable de la deriva de su vida y su comunidad. Ésta responsabilidad total sobre sus vidas, que al mismo tiempo les da la verdadera libertad, es la que debemos transmitir a los más pequeños.

En consecuencia la figura del profesor, en la actualidad totalmente autoritaria, pasará a ser mucho más cercana a la de un acompañante, un guía, o un consejero, quien camina al lado de su alumno para ayudarle en su crecimiento, pero permite que este sea el que decida en todo momento qué caminos quiere descubrir.

Una persona adulta no es ni mucho menos la que ha cumplido los 18 años, sino la plenamente consciente y responsable sobre todos sus derechos, poniendo los medios necesarios para el desarrollo de todos ellos. Una persona no adulta en cambio es alguien que no conoce sus derechos, o no sabe poner los recursos para alcanzarlos y desarrollarlos. En definitiva, la diferencia entre un niño y un adulto

es que el segundo sabe de la importancia de desarrollar sus derechos, mientras que el primero necesita del adulto para comprender su valor.

- Libertad

Nuestro derecho a la libertad estará plenamente satisfecho cuando nuestra dignidad (aquello que comemos, aquello que vestimos, aquello que habitamos) no dependa de intereses económicos, si no que surja de nuestras manos y de las manos de aquellos con los que convivimos, a los que tenemos afecto. La libertad es poder decidir con quién colaborar, con quien relacionarse para obtener conocimiento y tecnología, en intercambios donde el único interés sea el humano, sin sombra de interés económico. El dinero es la antítesis de la libertad en cuanto que no nos permite decidir, nuestra libertad se ve limitada desde el momento en que nuestras vidas sentimentales, laborales, profesionales, artísticas, personales, se ven marcadas por este. En la sociedad del dinero la única decisión posible es el propio dinero.

- Justicia

En primer lugar hay que decir que no es lo mismo ley que justicia. La ley es impuesta, no es necesario ningún ejercicio moral para acatarla y al individuo simplemente se le exige seguir las normas. Lo cuál es muy sencillo, pero no nos hace preguntarnos por la verdadera justicia. De esta manera nace la persona legal pero injusta, quien sigue las normas de tráfico pero trata a los demás conductores injustamente, el que lleva a su hijo al colegio como dictan las leyes, pero luego le trata y castiga injustamente… Pero no sólo en este sentido la justicia nos viene impuesta. Tribunales, abogados, jueces, fiscales… (muchos de ellos, además, movidos e influenciados por el dinero, y aquellos que lo detentan) dirimen sobre la justicia de un acto, y su más adecuado castigo. Por ello esta justicia se dice que es ciega, porque es practicada por personas sin ninguna conexión con los implicados en el conflicto, quienes juzgan a unas personas cuya vida apenas conocen. No queremos esta justicia fría, insensible, ciega, si no una justicia humana, que parta de las personas y tenga los ojos abiertos. Una justicia que sabe del día a día de los implicados, de sus problemas diarios, de los conflictos personales, e intenta con ello ponerse en la piel del otro y, con todo ello, aspira a ser imparcial y objetiva.

La verdadera justicia no emana de leyes (aunque estas se conozcan y se tengan en cuenta), ni de hombres de leyes, sino que se busca y encuentra en el interior de cada uno, tratando de reparar el daño cometido por los actos propios o ajenos, tratando de acabar con la desigualdad... Es la que llama a gritos a veces y a susurros otras a la conciencia, la que va de la mano de la empatía, sin tratar de tomar partido por una u otra parte, si no preocupándose por conocer las circunstancias de cada una de ellas.

Hablo de la verdadera justicia universal, no de la que se basa en unas mismas leyes que nos rigen a todos, sino de aquella que es resultado de un ejercicio individual y colectivo de justicia, una búsqueda de la equidad, una búsqueda

individual de una propia moral, de unos principios propios, para posteriormente ponerlo en común con los demás para llegar a unos principios de convivencia. La resolución de un conflicto afecta a toda la pequeña nación, ya que el daño se hace a toda ella, siendo su responsabilidad la resolución de este.

La justicia que debemos alcanzar busca en lugar de un castigo, la reparación del daño, los medios para que el conflicto no se repita, la reflexión en torno al arrepentimiento, al aprendizaje de los errores, al saber perdonar y el saber perdonarse. En este ejercicio de justicia se entiende que la resolución del conflicto no se puede basar en tratar de encontrar víctimas y culpables.

Por su lado quien comete la injusticia en la sociedad sin dinero, tiene una gran responsabilidad sobre sus hombros: la responsabilidad de entender porqué hizo lo que hizo, la responsabilidad de seguir viviendo a pesar de ello, de reparar el daño hecho tanto al otro como a él mismo, la responsabilidad de crear las herramientas que le permitan no volver a cometer el mismo error. Su comunidad debe, siendo justa, permitirle la posibilidad del arrepentimiento, del perdón, del aprendizaje, para que pueda reinventarse, volver a emprender el camino, y ser capaz otra vez de enriquecer a su entorno.

Por otro lado aquel que sufre los actos injustos de otro necesita que le ayuden a sobrellevar el dolor, para que este con el tiempo no se convierta en rencor, en odio, volviendo la justicia una arma arrojadiza para colmar una sed de venganza. La justicia es ayudar a que la persona vulnerada viva y supere el dolor, y que también entienda las circunstancias que empujaron al otro a hacer lo que hizo, haciendo un gran ejercicio de empatía. La justicia es un ejercicio colectivo, y también la parte más perjudicada tiene que participar en él, reflexionando sobre los medios para evitar que la injusticia se repita.

¿Porqué creo en que esta justicia se dará en la sociedad del dinero? Primeramente por que se produce entre iguales, de manera que todas las decisiones represivas, tomadas con la aspiración de ser venganza, pueden ser también tomadas contra uno mismo, ya que, siendo iguales, no existe razón para que no se así. En esta sociedad fundamentada en las relaciones humanas todo lo que viertes en tu comunidad te es devuelto. En segundo lugar por la interdependencia a corta distancia de la que ya se ha hablado. Cuando dependes del bienestar de quienes te rodean, tratas de actuar lo más justamente posible, para que el daño sea reparado cuanto antes y el conflicto no vuelva a surgir. Por añadidura, un individuo en la sociedad sin dinero que cometa insistentemente injusticias, correrá el riesgo de no ser aceptado por su comunidad, algo grave si se piensa en que estas son lo único de lo que puede depender una persona en este mundo que se propone. En definitiva, y aludiendo al interés personal, se tiene más cuidado en cometer injusticias cuando estas afectan a la vida de aquellos de los que dependes y de los que dependen de ti.

Como el resto de derechos, la justicia es del que la busca, del que la práctica. Todos tenemos derecho a ella y por ello tenemos la responsabilidad de promoverla, reflexionarla, estudiarla, construirla, aplicarla.

Desde el dinero y hacia el fin del mismo

"Asumir, permitir, conformarse,
es la cobardía del que no quiere perder lo que tiene.
Indagar, intentar, luchar,
es la valentía del que ve, en lo poco que le queda,
todo lo que le han negado."

Pero exactamente, ¿cómo llegará este cambio?, ¿qué factores lo precipitarán?, ¿cómo cambiará nuestra concepción del mundo?:

* La primera brecha se abrirá cuando en esta sociedad del conformismo se asuma que el cambio es inevitable, y si no queremos que decidan por nosotros la solución, tendremos que ser nosotros quienes la alcancemos.

* Nuestros hábitos también tendrán que cambiar profundamente. Porque, ¿cuánto tiempo de nuestras vidas dedicamos a reflexionar, a pensar, a buscar nuestras soluciones más allá de lo que nos digan, de lo que escuchemos? Ahora permanecemos embrutecidos. Por los medios de comunicación y el circo que nos tienen montado, por la universidad y el mercado de trabajo, que nos hacen meramente "empleables" en vez de hacernos seres de reflexión, buscadores de nuestra felicidad y por tanto de la de quienes nos rodean. Permanecemos embrutecidos por la televisión, por la tecnología, por el ocio contemplativo y no reflexivo. Nos emboban en nuestros ratos libres, aquellos que deberíamos usar para pensar. Nos cansan tanto durante el día que llegamos exhaustos a casa, y cuando por fin podemos dedicarnos a nosotros elegimos el sofá. Nuestros hábitos tendrán que cambiar, y por la fuerza de la necesidad lo harán.

* Partiendo desde el dinero y hacia el final del mismo, el cambio será paulatino pero sostenido. No dejaremos de utilizar el dinero de la noche a la mañana, pero si iremos poco a poco deshaciéndonos de las cadenas del trabajo tradicional, de la deuda de bancos y estado, del consumo alentado por las grandes empresas. A medida que nos deshacemos de estas ataduras iremos construyendo otros vínculos, pero esta vez vínculos afectivos entre familiares, amigos o desconocidos, personas todas ellas que quieren ser libres y quieren trabajar conjuntamente para conseguirlo, en un proceso que establece a su vez fuertes lazos.

* Desde el dinero encaminaremos nuestros gastos hacia el fin del mismo, consiguiendo con nuestras cada vez menos frecuentes compras a una mayor independencia, comprando, por ejemplo, una placa solar o un invernadero.

* A medida que la conciencia sobre el cambio se extienda, quienes produzcan en las fábricas comenzarán a hacerlo para ellos mismos y para quienes les rodean. Tratarán de hacerse con los medios de creación que siempre les han pertenecido, porque les dieron su valor, invirtieron su tiempo y su esfuerzo, y porque sin el tiempo y esfuerzo de los trabajadores que estuvieron antes con ellos, las grandes corporaciones no tendrían lo que ahora se empeñan en

monopolizar y utilizar para su propio beneficio. Así se comenzará a producir (materiales, tecnología, conocimiento) desde la gente y para la gente, a través de medios de creación que mantienen y gestionan las comunidades adyacentes, buscando su bienestar. No lo pondrán fácil quienes dicen ser los dueños de todo, y en el caso en que no nos podamos hacer con los medios de creación que ya existen, porque gobiernos y multinacionales lo impidan, nos llevaremos con nosotros nuestras manos y nuestras mentes, dejando sus fábricas, laboratorios y oficinas desiertas, para crear otros medios de creación que sean reflejo de nuestras verdaderas necesidades e inquietudes. No les necesitamos. Ellos a nosotros sí.

* La desobediencia fiscal irá, también, poco a poco creciendo, lo que llevará inevitablemente a la desaparición del Estado. Al mismo tiempo nuestro consumo irá decayendo (no nos costará mucho, cada vez nos obligarán a vivir con menos dinero), iremos anulando nuestras deudas y nuestro nuevo trabajo (un trabajo más nuestro que nunca, que no atiende a la rentabilidad del mercado, y en el que nos organizamos como necesitamos, pasando del proletariado al "nosotroriado", sin el patrón el dinero), que nos dará nuestra dignidad y nos enriquecerá, irá haciendo desaparecer el viejo trabajo, mercantilizado.

* En el trato de lo compartido no habrá ni altruismo, ni caridad, ni bondad, sino comprensión de que el beneficio común es el individual, de que el bienestar individual estará íntimamente ligado al colectivo y cada individuo, velando por su propio bienestar, hace lo posible por trabajar por el común.

* Tendremos que recuperar el conocimiento de todo nuestro entorno, no sólo el natural, sino también el tecnológico, en un paso más hacia nuestra libertad. Hacer la tecnología nuestra no significa limitarse a usarla, sino conocer cómo funciona, repararla, mejorarla. Significa convertirla en herramientas para necesidades concretas. Significa deshacerse de lo que está pensado para volverse obsoleto. Ahora estamos rodeados de tecnología inteligente que sin embargo sólo nos atonta, nos entretiene, nos consume tiempo, y nos crea necesidades que antes no teníamos. Pero lo más grave es que además dependemos de ella, haciendo nuestras vidas más sencillas, pero al mismo tiempo extremadamente dependientes de las empresas que las fabrican y controlan.

Este proceso de emancipación de la sociedad del dinero, puede recogerse en las siguientes etapas:

1. Inicialmente, hasta que la comunidad sea capaz de satisfacer la dignidad fundamental de sus integrantes (comida, vivienda y ropa), estos cohabitarán ambos mundos, participando en la comunidad el tiempo que sus trabajos asalariados les permitan, y contribuyendo económicamente a la misma cuando lo consideren necesario. Como ya se ha apuntado anteriormente, este consumo irá siempre enfocado a alcanzar una menor dependencia del uso del dinero.

Yendo a lo concreto, el médico seguirá trabajando para el sistema nacional de salud de su país, pero simultáneamente se preocupará de construir, junto a otros profesionales de su ámbito, otros medios de creación de salud propios, donde la lógica del dinero no imponga sus limitaciones. Asimismo, cada

individuo seguirá comprando en el supermercado, pero cada vez significativamente menos que la vez anterior, ya que su dignidad fundamental (comida, ropa, vivienda) dependerá cada día en mayor medida de sus manos y las de sus vecinos.

2. Posteriormente, cuando la comunidad se vuelva tan fértil que produzca excedentes, los integrantes podrán desarrollar su vida por entero en ella, al mismo tiempo que podrán rentabilizar las actividades, productos y espacios de la comunidad, buscando satisfacer aquéllas necesidades que ésta aún no puede resolver sin el uso del dinero. Como siempre, ya que estamos buscando la independencia de la comunidad del dinero, este gasto estará encaminado a disminuir la dependencia del mismo. El cooperativismo será sin duda una alternativa interesante durante esta etapa de transición, tanto como forma de organización laboral, como opción de consumo.

3. En la tercera etapa que buscará alcanzar la comunidad, sus integrantes, que como ya hemos apuntado se pueden sustentar por entero en ella, ya no se verán empujados a tener que monetizar sus actividades o productos, y si lo hacen es sólo eventualmente o empujados a ello por su condición de contribuyentes. Gran parte de sus necesidades materiales e intelectuales pueden ser cubiertas por la comunidad, la cual se ha esforzado en construir (o en los casos en que esto no sea posible, adquirir) bienes, infraestructuras, relaciones humanas… ganando cada vez mayor independencia con respecto al exterior (no confundamos independencia con aislamiento!).

4. Durante la última etapa, las comunidades recogerán las semillas plantadas fuera y dentro de ella. ¿Qué es lo que quiere decir esto exactamente? A lo largo de todo su crecimiento, estas se esforzarán en ser un vivero de ideas, proyectos, experiencias y recursos, acogiendo y promoviendo muy diversas iniciativas con un factor común: la búsqueda de la libertad del ser humano, de su plenitud, dignidad y soberanía vital. De esta manera las comunidades acogerán talleres, ponencias, cursos, experimentos y estudios cuyos principios sean los mismos que los que sus integrantes persiguen y defienden.

No obstante, esta actitud de difusión y enriquecimiento, no se realiza sólo de puertas hacia dentro. Las comunidades tendrán la responsabilidad de animar y ayudar a otras personas a construir sus propias experiencias emancipadoras, fomentando la creación de una red de comunidades a su alrededor a la que aportar y que le aporten, en un enriquecimiento y fortalecimiento mutuo.

Gracias a esta red, cada comunidad podrá construir en colaboración con sus comunidades vecinas, medios de creación de una envergadura que aisladamente resultarían imposibles de desarrollar, como hospitales, grandes fábricas, institutos de investigación, grandes centros de enseñanza… De esta manera el individuo puede desarrollar toda su vida en su comunidad, en las comunidades adyacentes y en los medios de creación de salud, de tecnología, de conocimiento… creados y mantenidos en los nodos de la red de comunidades. El papel del Estado, puesto en entredicho desde el primer paso de esta largo y

arduo, pero también enriquecedor, trayecto, deja de tener sentido para los integrantes de las comunidades llegados a este punto. Romper totalmente los lazos con este será una decisión que esté en sus manos.

El cambio: una respuesta inevitable ante la precariedad del dinero

Existe un factor primordial para que un cambio se dé, y este es el de la necesidad. La fuerza de este cambio que se propone, reside en una necesidad que se empeñan en crearnos: la de aprender a vivir cada vez con menos dinero. Esto, aunque parezca paradójico, nos hará más fácil abandonar la dictadura del dinero.

La sociedad capitalista en la que vivimos lleva a un futuro de precariedad absoluta, en el que cada vez un mayor porcentaje de la población se ve y verá obligada a vivir con menos, hasta verse empujada a la indigencia. Aunque parece que esto entra en contradicción con el hecho objetivo de que cada vez hay más riqueza, la explicación es que esta se concentra cada vez en menos manos, de manera que, a pesar de que nunca hubo tanto dinero, la brecha entre ricos y pobres nunca fue tan grande. Como ya se ha dicho en estas páginas, el camino de la precariedad no tiene fin, y no es exagerado pensar que serán capaces de pagarnos con comida, e incluso, porqué no, con el mantenimiento de nuestra status de ciudadanos (es decir, si queremos seguir siendo considerados como tales y queremos seguir conservando nuestra nacionalidad, estaremos obligados a trabajar).

No obstante no es necesario que nos asustemos con lo que podría llegar, el escenario presente ya es bastante desolador de por sí. Hoy, millones de personas en todo el mundo, en cualquier país, de cualquier raza, sexo, edad, viven marginados por la sociedad del dinero. Sin vivienda, sin comida, sin educación, sin cobertura médica, sin justicia, sin dignidad, sin, sin, sin, pero sobre todo, sin dinero. El estigma, la lacra, la enfermedad, es siempre el mismo, la falta de dinero, el decide si la vida de millones de seres humanos vale la pena o no es rentable. Hablo de indigentes, de sin techo, de mendigos, de pobres, de malnutridos, de analfabetos… y de muchos más, de todos aquellos a quienes la pobreza les sopla en la nuca, tan capaces como cualquiera, pero a los que les ha tocado apañarse con las migajas del pastel. Hablo de ellos, pero también de los parados de “demasiada” edad, parados sin prestación, parados de larga duración, jubilados con más dientes que pensión, jóvenes cuya única oficina es la del INEM, no tan jóvenes que siguen dependiendo de sus padres, asalariados que cada mes deciden entre el hambre de sus hijos o el hambre de su banco, asalariados con la enfermedad como compañera de trabajo, la cura no es para su bolsillo, estudiantes que tienen que dejar de serlo, la carrera es para el que pueda pagársela…

Todos estas personas y, antes o después, la gran parte de la población, se ven y verán empujadas a tener que aprender a vivir sin dinero o con muy poco. Es en estas circunstancias en que esta posibilidad de una nueva sociedad del afecto y el conocimiento de la que hablo, construida sobre los más perjudicados, marginados y vulnerados de la antigua, se abre paso con fuerza, con la fuerza de

la necesidad, recogiendo toda la indignación, deseos y capacidades de las mentes y manos desechadas por la sociedad del dinero.

Quienes decidamos arriesgar, dar los primeros pasos, retar a lo establecido, proponer lo alternativo, tenemos una gran responsabilidad, la responsabilidad de servir de ejemplo. La necesidad será el motor, pero el ejemplo será el volante, será el guía, el horizonte, la prueba de que es posible, de que, al menos, vale la pena intentarlo. Por ello aquellos que lo intentemos en primer lugar debemos hacer un gran esfuerzo por asegurarnos que cada uno de nuestro errores y victorias son conocidos por el mayor número de personas posible. No queremos engañar a nadie, no queremos ocultar nuestras debilidades ni nuestros tropiezos, será un camino tortuoso, pero ante todo "otro" camino, mucho más nuestro que cualquiera que hayamos recorrido antes.

La vida de Liberta

"Entonces los borregos dejaron de alimentar a lobos
para que les protegieran de lobos, y se alimentaron ellos mismos.
Matando así a los lobos de hambre,
matando así al hambre con dignidad"

Hace ya dos años que Liberta decidió ser libre. Su comunidad, o pequeña nación, como a sus integrantes les gusta llamarse no sin cierta dosis de humor, está formada por no más de 100 personas. Niños, jóvenes, no tan jóvenes y ancianos, madres, hijos, hermanos, nietos, parejas, amigos, amigos de amigos y amigos cuya amistad surgió con la comunidad... todos ellos tienen en común una cosa, el afecto. Liberta no puede decir que conozca a todos por igual, ni que les quiera lo mismo, pero si sabe que a todos les tiene cariño, estima. En parte porque así lo comprendieron desde el principio: si querían ser libres, sólo podían hacerlo con aquellos en los que depositaran su afecto, su confianza. Pero también, y en gran medida, porque tras decidir tomar juntos las riendas de sus vidas, no tuvieron otra alternativa que conocerse profundamente, para que cada decisión estuviera guiada por la empatía. Liberta ha compartido con ellos toda suerte de fracasos y victorias, ha vivido y resuelto conflictos, discutido hasta la madrugada normas de convivencia, construido la mayor parte de lo que les rodea, lo que se ve y lo que no se ve. Por ello el vínculo que les une es profundo, casi desconocido desde nuestra óptica capitalista.

La sociedad de Liberta es profundamente interdependiente: sus comunidades son un reflejo fiel de sus integrantes, quienes dependen directamente de las personas y comunidades vecinas. Son muy conscientes de que trabajar por el bienestar de su pequeña nación es trabajar por el suyo propio, de que ellos son lo único que tienen, pero no quieren ni necesitan otra cosa. Es más, desde que comenzaron su vida en su comunidad, han tratado de animar a otros para que formen sus pequeñas naciones, ya que cuantas mas comunidades rodeen a la suya, mayor riqueza e intercambio habrá.

Liberta recuerda el día que decidieron construir su pequeña fábrica de papel. Esta surgió en torno a una necesidad común, teniendo en mente que la vida del papel que produjeran debía ser un círculo semicerrado (reciclarse hasta que el papel lo permitiese, para finalmente integrarlo en el entorno) y sostenible (cada árbol talado tenía que dar paso a otros dos plantados). Recuerda, también, que el trabajo se demostró demasiado para una sola comunidad, de lo que aprendieron una lección importante: cuanto más grande fuera el proyecto, más manos eran necesarias y por tanto, más comunidades debían participar en él. La consecuencia inmediata de esto fue que las iniciativas que cubrían una amplia necesidad común, como una escuela, un polideportivo o un hospital, fructificaban por encima de otras que partían de un interés personal. Por ello Liberta, y las demás personas con las que convive, saben que ahondar en la interdependencia con las comunidades que les rodean es fundamental.

Aunque pueda parecerlo, no hay que pensar que la pequeña nación que habita Liberta tuvo que construirlo todo desde cero. No. Mientras que el hecho de que el hospital más cercano estuviera demasiado alejado, les animó a construir un centro sanitario entre varias comunidades, la universidad que ya existía cerca de ellos les quitó de la cabeza la necesidad de construir una. "Lo que hay se aprovecha, lo que se necesita se crea", podemos decir que esta es una de las máximas que guían su día a día. Dentro de esta filosofía cobran inevitablemente protagonismo los mal llamados “residuos”, de la sociedad anterior. En el mundo de Liberta los deshechos son preciados, una fuente de materias primas y objetos con múltiples vidas. Las comunidades saben cómo obtener de los residuos muchas cosas, pero tienen sobre todo presente que no obligarán a las generaciones posteriores a buscar entre la basura para recuperar tantos y tantos recursos. Por ello se emplea un gran esfuerzo en conseguir una vida larga y circular de sus objetos, o lo que es lo mismo, tratan de que aquello que fabriquen esté hecho para durar lo máximo posible, y cuando su vida llegue a su fin, se pueda integrar en el medioambiente o reconvertir en un nuevo objeto, completando un ciclo circular (cerrado, como el del vidrio, que puede reutilizarse casi infinitamente, semicerrado, como el del papel, que puede reciclarse un número limitado de veces y reintegrarse en el entorno, o sosteniblemente abierto, como el del adobe, directamente absorbible por el entorno). De esta manera no sólo cuidan su entorno, sino que además el ritmo de fabricación, al dilatar la vida de los objetos, puede ser mucho menor, empleando más esfuerzo, tiempo y recursos en otros aspectos de su vida.

Sin lugar a dudas uno de los días más felices de Liberta ocurrió cuando supo que los científicos de los laboratorios y los obreros de las fábricas habían comenzado a entender que la sociedad dependía de sus manos y sus mentes. En un ejercicio de empoderamiento y libertad, comenzaron a producir y a investigar para ellos mismos y su entorno, y en los casos en que no pudieron hacerse dueños de los medios de creación crearon otros, llevándose su conocimiento con ellos, y haciendo infructuoso el intento de empresas y gobiernos por monopolizar y controlar la producción. A partir de ese momento se empezó a crear para las personas, y no para las empresas.

Una de las mayores preocupaciones de Liberta al comenzar esta vida, estuvo relacionada con el trabajo. En su sociedad se entienden dos tipos de trabajo: trabajo por bienestar y trabajo por vocación (aunque realmente la palabra "trabajo" es un arcaísmo llamado a sustituirse, poco tiene que ver con sus significado capitalista). El primero tiene dos vertientes, una ligada a sus necesidades más básicas y que les da su dignidad: ropa, alimento y vivienda, y otra ligada a cualquier proyecto en común, dentro de la comunidad y entre comunidades, que contribuyen a su bienestar y crecimiento personal. La base fundamental de su convivencia es este trabajo. Les permite vivir libre y dignamente, pero nunca aisladamente, sino ahondando en relaciones de enriquecimiento recíproco, dependencia, y colaboración no altruista.

Los trabajos por vocación podríamos decir que son todos los restantes, cualquier labor, arte, especialidad, manualidad, afición, que se hacen con pasión, voluntariamente, por gusto y pura vocación. El tipo de actividades que te hacen crecer, sentirte realizado, completo, a gusto contigo mismo. Ni en el trabajo por bienestar ni en el trabajo por vocación, cabe la palabra obligación, son decisiones que cada individuo toma libremente. Nadie se ve obligado, por nada ni por nadie, a trabajar en algo que no responda a sus necesidades e inquietudes intelectuales, emocionales o humanas. Y esto era precisamente lo que al inicio de esta aventura preocupó a Liberta. Sin obligaciones, ¿quién querría trabajar? Y si de algo era muy consciente, es que se iba a tener que trabajar, y mucho.

No obstante no pasó demasiado tiempo hasta que pudo comprobar que sus miedos eran infundados: cuando las personas dependen de sus manos, porque no hay Estado ni dinero al que acudir, asumen las riendas de su vida con compromiso, esfuerzo y valentía. Claro, tienen la posibilidad de asumir la responsabilidad de su propia libertad, de ser dadores de su propia dignidad, y no piensan ni por un momento en perderla.

Liberta recuerda cuales fueron los primeros pasos, dados mucho antes de que comenzara a construir, junto a otros, su propia comunidad. Fueron gestos pequeños, gestos que sin embargo ella recuerda como grandes victorias: la primera vez que trabajó en una granja a cambio de manutención, sin que el dinero intercediera; cuando se sumó a un grupo de consumo, que compraba los alimentos de huertos cercanos; cuando vio construir una casa con pilas de paja y aprendió que también se podía hacer con adobe y sacos de arena; el día que cerró todas sus deudas con el banco y se prometió a sí misma no volver a asumir ninguna más; cuando conoció a gente con sus mismas inquietudes y crearon un grupo de trabajo y discusión, con el objetivo de buscar alternativas; el día que participó en un taller de costura, donde se arregló una blusa que hasta hoy le ha acompañado; cuando con la ayuda de un amigo consiguió reparar su móvil; aquella vez que recogió los primeros tomates de su balcón y cuando no recogió nada pero sí aprendió; el día que se lo creyó, que sí, que realmente era posible; cuando conoció la tierra donde más tarde enraizó y creció, digna y libre junto a otros; cuando se cosió su primera camisa, mucho más bonita que ninguna de las que se había comprado hasta entonces; cuando junto a otros decidió, por fin, intentarlo: trabajando para ella y los demás, reduciendo su consumo al mínimo posible, resistiéndose a pagar los impuestos de un Estado injusto e innecesario.

De este momento recuerda el miedo, la incertidumbre, pero también la ilusión, la confianza en su capacidad, las ganas de trabajar y la certeza de qué era lo que no se quería.

Erraron, erraron mucho, pero con cada error se acercaron un poco más a la solución, no a la definitiva, ni a la extrapolable a otros, sino la que en cada momento les sirvió para seguir avanzando. Esto es algo que siempre le gustó a Liberta de la nueva sociedad que se estaba creando, la libertad de cada comunidad para repartir esfuerzos, concentrar energías, elegir uno u otro camino, dependiendo de su entorno, de las habilidades de los integrantes, de sus situaciones personales. Así, por ejemplo, Liberta sabe que aunque en su comunidad trabajan la tierra, en otras con escasez de recursos han optado por la aeroponía y la hidroponía. Y lo mismo ocurre con la energía, en su comunidad el viento es abundante, pero sabe que más al sur han optado por los paneles solares antes que por los molinos. Cree que esta heterogeneidad es una de las principales virtudes de la nueva sociedad, una diversidad que el dinero no contemplaba, homogeneizando los recursos para que cumplieran un único objetivo: la rentabilidad, el beneficio.

La comunidad de Liberta partió del capitalismo y hacia el fin del mismo. Vendiendo lo que sobraba de la cosecha, o aprovechando las nuevas habilidades que habían tenido que aprender, fabricando o reparando objetos, con el objetivo de emplear el dinero acumulado en aspectos que les otorgaran cada vez mayor y mayor independencia frente al mismo. Además, ya que todas sus necesidades estaban cubiertas, podían vender a un precio justo y sin lucro.

A su pequeña nación también llegaron aquellos en los suburbios de la sociedad del dinero: parados, indigentes, estudiantes sin trabajo desde hace años, pensionistas que malvivían con su paga, inmigrantes ilegales... Personas que en la sociedad del dinero no tenían alternativa a su pobreza, pero que sin embargo en las comunidades sí, tenían todas las alternativas que surgieran de sus manos. Liberta y los demás les recibieron sin dudarlo un momento por muchas razones. Porque significaba que no estaban equivocados, la idea de recuperar la soberanía de sus vidas se estaba extendiendo, que podían contar con más manos, más experiencia, lo que enriquecerían sin duda su comunidad, la harían crecer, y porque ver como estas gentes, marginadas, apartadas, inútiles para la lógica del dinero, se volvían capaces, fértiles, enriquecedoras y enriquecidas, era fabuloso.

Cuando comprobaron que asumir más integrantes volvería su comunidad demasiado grande para que las decisiones se tomasen conjuntamente, para que todos se conocieran a todos, para que la convivencia fuera no sólo posible sino deseable, animaron a los que seguían llegando a que construyeran sus propias comunidades, pero no alejadas de la suya, sino cerca, para poder enriquecerles y enriquecerse de su propia experiencia, distinta a la suya. De esta manera ayudaron a muchas personas a empezar a construir sus propias comunidades, creando una extensa y rica red de comunidades a su alrededor.

Liberta hace memoria y tiene la sensación de que todo esto siempre ha existido, la sociedad del dinero queda ya muy alejada, aunque no olvidada. Sin embargo hay algo a lo que Liberta, aún hoy, no se ha acostumbrado, ni cree que lo hará nunca: la inmensa sensación de libertad. Una libertad muy distinta a la que estamos acostumbrados. Una libertad alejada enormemente del libre albedrío y con una gran, gran responsabilidad. Una libertad hermosa pero cuyo peso te deja muchas veces exhausto. Porque en la comunidad de Liberta todo, absolutamente todo, depende de decisiones que se toman entre todos diariamente. A veces, cuando piensa en lo que se empeñaban en llamar antes democracia, "el poder del pueblo", no puede evitar reírse, ahora le parece un teatrillo ridículo que no se explica cómo pudieron aguantar tanto tiempo. La democracia horizontal que ellos practican en sus comunidades sí representa realmente el poder del pueblo y este el único poder que existe: las decisiones que sólo ellos toman y que nadie toma en su representación, afectan directamente al destino de sus vidas, como siempre debió de ser.

Liberta tampoco olvida el primer escrito que hicieron entre todos, animando a otros a intentarlo como ellos, junto a ellos:

"*<u>Sólo nos queda aspirar a la libertad</u>*

Para poder aspirar a ella, a la libertad, antes tenemos que perder muchos miedos: miedo a depender de nosotros mismos, miedo a depender de los demás, miedo a vivir sin dinero, miedo a que nosotros seamos los únicos garantes de nuestros derechos.

Superados estos miedos, tendremos que deshacernos de aquello que nos obliga a perpetuar y justificar el sistema macabro: la deuda, el consumo y el trabajo.
Para terminar con la primera, es necesario deshacerse de cualquier deuda con el banco, templo a la usura, y por supuesto no asumir ninguna más. Para acabar con el consumo tendremos que convertirnos paulatinamente en nuestros propios productores. Todo este proceso, a su vez, tiene que estar inevitablemente teñido de insumisión fiscal y desobediencia civil. ¿Porqué? Porque sabemos sobradamente de parte de quién están los Estados, cómo nuestros impuestos engordan los bolsillos de la casta político-parasitaria. Para acabar con esta plutocracia de lo corrupto, lo más efectivo es negarse a pagar cualquier clase de impuesto, tanto por el impuesto en sí, como por lo que estos financian. Esto, casi con toda probabilidad, y tenemos la certeza de que para nuestro bien, llevará inevitablemente al fin del Estado. Así, muerto el perro se acabará la rabia. Sí, pensamos que esta es tanta que no queda otra que matar al perro de hambre, y es dinero de lo que se alimenta.

Como consecuencia de un progresivo menor consumo y menor endeudamiento, empezarán a ver peligrar sus beneficios, a lo que responderán con lo que tanto les priva: precarizando aún más el trabajo, recortando salarios y derechos, estirando horarios y haciendo laborable incluso el día del Señor. Como ya tantas veces nos han demostrado, dejarán gente en la calle antes que bajarse el sueldo. Bien, pues es en ellos, en los parados, en quienes el dinero se empeña en marginar, en los que nosotros ponemos nuestras esperanzas.

Primero porque son muchos, y conocen la injusticia del sistema. Saben que en él no hay espacio para el que no encuentra trabajo, saben que se les trata como parados, estorbos, gastos, antes que como personas. Segundo porque sus manos están ociosas, deseosas por demostrar que siguen siendo útiles, que pueden aportar. Y por último porque tienen poco que perder y mucho que ganar (mientras que el que aún trabaja se agarra a la ilusión de que las cosas mejoren y decir no a un sueldo le parecerá estúpido). Por perder tienen la limosna del Estado o, con suerte, si algún magnánimo empresario les ofrece trabajo, un sueldo para vivir 2 de las 4 semanas del mes (aunque con las jornadas que sus negreros les impongan tampoco tendrán horas para gastarlo). Por ganar sin embargo tienen nada más y nada menos que aspirar a la libertad. Una libertad ahora encadenada al consumo, la deuda y el trabajo.

Superados los miedos y creyéndonos capaces de por lo menos intentarlo, tendremos que centrarnos en recobrar nuestra dignidad y la de los que nos rodean. La dignidad más fundamental depende de tres necesidades: ropa, techo y alimento, y sería en torno a estos tres conceptos que deberemos articular nuestras sociedades en primera instancia, de manera que todos comencemos este camino con la humanidad más básica. Por ello nos organizaremos en comunidades, de individuos que comparten la cercanía entre ellos, consecuentes con sus recursos más inmediatos, que buscan el auto abastecimiento y promueven la interdependencia.

Si queremos recobrar nuestra libertad tendremos que ser partícipes, creadores, productores de lo que comemos, lo que vestimos, lo que habitamos. La comida, la ropa y el techo, alimentan, visten y cobijan nuestra dignidad son, por tanto, el inevitable primer paso en el camino a la libertad. Y de esta dignidad de la que hablamos sólo nosotros seremos dueños.

Robados, engañados, de miedo hasta el cuello y de mierda hasta las cejas. Oprimidos, vulnerados, más pobres que nuestros padres y más cultos que nuestros hijos. Manipulados, vigilados, obligados a colocar sobre- a vivir, con lo sencillo que esto podría haber sido…No nos dejan otra alternativa que aferrarnos a la libertad. Aún cuando sepamos que nos harán caer con violencia, volaremos agitando nuestras manos, que volverán a ser generosas. Sin miedo! Pisamos tierra fértil. La pobreza es una creación humana en un planeta abundante. En este que os proponemos no hay posibilidad para la especulación: una barra de pan no crea más barras al cabo del tiempo, al igual que una bombilla no cría bombillas tras unos meses. ¿Entendéis? Sin su dinero no habrá cabida para la acumulación y el egoísmo.

Esperamos que poco a poco nos demos cuenta de que no se necesita ninguna gran revolución, y ni mucho menos alzarnos en armas, para aspirar a nuestra libertad es tan simple como volver a producir nuestros propios bienes, recuperar la soberanía sobre nuestras fuentes de sustento.

Cosamos nuestras ropas, hagamos nuestras sillas. Sin prisa!, también crearemos nuestro propio ocio. Cuando tengamos ya el cajón de los calcetines lleno, compartamos los que nos sobren, o no, reparemos nuestra bicicleta. Sí!, desterremos la obsolescencia programada, la que nos consume en una vorágine de

necesidades infinitas, consume los recursos de nuestra Tierra en un vórtice de estupidez humana.

Quizás penséis que para poder mantenernos con lo que nosotros mismos fabricáramos, tendríamos que pasarnos la vida trabajando. Pero no, os equivocáis. Pensad: ¿cuánto dura una silla, o una camiseta?, ¿cuánto duran los enseres de cocina, los cubiertos, los platos, los vasos? En vuestra habitación, ¿cuánto tiempo lleváis con el mismo colchón o la misma almohada? Tened en cuenta que la mayor parte de lo que nos rodea no está pensado para durar y sin embargo, a pesar de todo, nos acompaña durante años. Ahora imaginad que aprendemos a reparar nuestro coche, imaginad que el ingeniero que diseña para la longevidad no es censurado, imaginad que esos vasos de cocina, que ahora se rompen con mirarlos, están hechos de nuestro vidrio, un vidrio al que le podemos devolver su dureza. Sólo tenemos que confiar en el poder de nuestros manos y en el conocimiento y tecnología acumulados durante todos estos años, y entonces dejaremos de depender de la vida de nuestros bienes, para hacer que la vida de nuestros bienes dependan de nosotros.

Hoy más que nunca tenemos la tecnología, hoy más que nunca tenemos la información. ¿Porqué no empezar hoy mismo?

Os proponemos algo así como… Atracar un banco, dejar el dinero y llevarse a la gente: "Las manos arriba! Todo el mundo conmigo, no quiero ver más esas manos ociosas" Es una broma, pero no se aleja mucho de lo que os queremos transmitir... Aunque parte de verdad tiene, os habréis percatado ya que los banqueros no tendrán otra que aprender un nuevo oficio. El resto a hacer lo que sepa, lo que ya esté haciendo o lo que siempre ha querido hacer. Pero no de cualquier manera, sino propartiendo, es decir, producir (saber, tecnología, alimentos, materiales…) compartiendo. Tened confianza, ya no habrá interés en almacenar lo que se produzca. Internet nos lo ha demostrado, las personas comparten libremente el conocimiento. ¿Porqué no vamos a ser capaces de compartir también lo que produzcamos? Al fin y al cabo, el ser humano por naturaleza, necesita compartir, ya sea bienes, afecto o saber. Somos, de manera natural, dependientes los unos de los otros, profundamente sociales; aunque se nos haya olvidado, o hayan insistido en que lo olvidemos, necesitamos de la salud y el bienestar del otro para ser felices, sentirnos completos.

Nos costará, nos costará mucho volver a confiar en nosotros mismos y en el resto, en romper la burbuja de la autonomía que nos ha mantenido aislados de los demás. La televisión, convertida en escaparate de lo peor de lo que somos capaces, nos ha hecho desconfiar de nuestro vecino. Pero antes o después tenía que pasar, antes o después veríamos la cara de la injusticia o la sufriríamos en nuestra carne, y la burbuja que han creado a nuestro alrededor explotaría. ¿De verdad creíais que podíamos ser felices rodeados de pobreza? ¿Pensabais seriamente que seríamos capaces de comer cuando a nuestro alrededor sólo hubiera hambre? Ellos sí, en sus despachos, sus cumbres, sus altos cargos, son felicísimos, pero por su convenido aislamiento de la realidad. Porque es obvio que si el daño que cometen con sus decisiones se infligiese entre sus más cercanos ni se les pasaría por la cabeza. Si, son humanos, podemos pedirles caridad, empatía, que se esfuercen por entender lo

que es no llegar a fin de mes, pero por su parte no habrá ningún cambio, cuidarán siempre de sus intereses. Y que no os engañen, cuando prometen dinero, cuando incluso acaban dándolo, no están actuando con generosidad. Lo que nos den será, de todo su dinero, una limosna, una propina por nuestra excelente silencio y obediencia. Si realmente actuaran con generosidad, acabarían con la injusticia que nos lleva a mendigar su dinero, y que ellos crean en su lucrativo negocio de la infamia.

No, no os proponemos una utopía, no os hablamos de un ejercicio universal de solidaridad y altruismo. Estamos hablando de nuestra naturaleza, de que somos humanos, de que recordemos que lo somos. Queramos o no queramos, nuestro propio bienestar, nuestra felicidad, siempre estará irremediablemente ligada al bienestar y la felicidad de las personas que nos rodean. Volvamos a la generosidad de las manos, no sólo de las que fabrican sino también de las que colman de afecto."

Hay algo que Liberta nunca ha confesado a nadie. En los momentos en los que se han equivocado, en los que han tenido que sufrir sus propios errores, en los que han pasado días, semanas, meses informándose acerca de un aspecto para solucionar un problema, para cubrir una necesidad, los momentos en los que se han quedado hasta la madrugada, deliberando acerca de un conflicto para tomar decisión más justa, o discutiendo sobre un nuevo proyecto con comunidades cercanas. En todos estos momentos Liberta ha echado de menos, aunque fuera fugazmente, la sociedad del dinero, la sociedad en la que su curso no dependía de ella y los integrantes de su comunidad, la sociedad en la que podía delegar, y tenía a quién culpar si las cosas no iban bien, la sociedad que funcionaba sola, aunque fuese mal, pero que le permitía limitarse a hacer su trabajo y olvidarse, volver a casa, tumbarse en el sofá y ver por la tele cómo afuera se estaban matando.

Entonces mira a su alrededor, a su gente, a su comunidad, y no puede evitar sonreír…

Piensa:

"Menos mal que lo intentamos, que reunimos el valor, que confiamos en nosotros mismos y no seguimos asumiendo, tragando, permitiendo, conformándonos con nuestro sofá, nuestra tele y nuestros quince días de vacaciones. Menos mal que comprendimos que era mejor errar libremente antes que vivir cautivos."

- Fin de la 2ª parte -

Apéndice: Resumen de conceptos llave

0 Libertad y dignidad fundamental**:** que nuestra dignidad fundamental parta de nuestras manos es un requisito indispensable para sustentar la sociedad sin dinero, y el primer paso hacia nuestra libertad. Para construir una vida digna y realmente libre, tenemos que ser soberanos de lo que comemos, vestimos y habitamos, o lo que es lo mismo, recuperar la capacidad para construir y reparar nuestra vivienda, para cultivar y conservar nuestros alimentos, para coser y arreglar nuestra ropa. Esto en ningún caso debemos hacerlo solos, ya que la libertad no significa no depender de nadie, sino poder decidir de quien depender y cómo.

1 Pequeñas naciones: las partes más pequeñas de la sociedad del afecto y el conocimiento son comunidades integradas por unos pocos individuos (no más de 100?):

- en las que sus reducidas dimensiones ya no justifican la existencia de una estructura administrativa. Las personas pueden organizarse sin mediación del estado cuando conocen el entorno natural que habitan y conviven en pequeños grupos interconectados.

- en equilibrio con su entorno natural, del que se enriquecen y al que enriquecen, con plena consciencia de que su bienestar depende del bienestar del medio natural que habitan.

- además, su pequeño tamaño asegura la viabilidad de asambleas donde todos pueden participar, evitando que el consenso y la toma de decisiones se conviertan en tareas imposibles. Tampoco es necesaria la existencia de representantes políticos, ya que en el caso de grandes asambleas entre comunidades, existen dos posibilidades, o bien son portavoces los que transmiten la voluntad de cada comunidad, o bien se utilizan aplicaciones de democracia en red.

- donde todos sus individuos se conocen, pueden establecer lazos afectivos tan profundos como quieran, y fortalecer aquellos a partir de los cuales la comunidad creció en primera instancia.

- en las que sus integrantes saben de las necesidades, carencias, dificultades, fortalezas… del resto de habitantes de la comunidad, gracias a la estrecha convivencia en un mismo espacio.

- donde se favorece el uso colectivo de elementos que cubren necesidades comunes, como electrodomésticos, utilizando así de manera más eficiente los recursos.

- la interdependencia entre los individuos que las componen es intensa: son los lugares donde se entrelaza afecto, convivencia, colaboración, intercambio… En las pequeñas naciones especialmente, ocurre algo que vertebra toda la sociedad del dinero y que le otorga su principal virtud: el bienestar individual es el bienestar colectivo, y viceversa, el bienestar colectivo depende del individual. Lo que hace que los integrantes de la nueva sociedad no tengan otro remedio que aprender a conocerse, colaborar, enriquecerse, ayudarse… Por otro lado la interdependencia

entre las pequeñas comunidades es profunda. Se asemeja a una tupida red de interconexiones neuronales y se articula en torno a medios de creación y a Bolsas de Necesidades, Capacidades y Recursos. Estos últimos espacios en las que se produce el intercambio indirecto.

11

- se podrá crear una infraestructura sostenible de transporte, en la que cada comunidad sólo tendrá que preocuparse de construir y cuidar los accesos a su pequeña nación, ya que tras escasos kilómetros conectarán con los accesos de las comunidades adyacentes. El pequeño tamaño de estas redes de transporte hace que puedan ser mantenidas por los habitantes de las comunidades que conectan. Un cuidado que está asegurado, dado el interés evidente de las distintas comunidades por facilitar el acceso a personas y recursos externos.

2

Afecto y conocimiento: Cualquier sociedad alternativa a la actual deberá fundamentarse en estos dos pilares.

El afecto es entendido como el sentimiento de apego, cariño, amistad o amor hacia las personas que te rodean, de las que uno depende en la sociedad sin dinero y que dependen de uno. Dentro de las pequeñas comunidades, facilita la convivencia y hace que perdure, gracias a que sus individuos empatizan con las circunstancias del otro (que por otro lado conocen bien, ya que comparten el mismo espacio). Este afecto, que es tan necesario en el nacimiento de las pequeñas naciones, tendrá que renovarse y cristalizar continuamente en nuevas relaciones. Incluso en el caso de que una comunidad no pudiera nacer desde el afecto, sus integrantes tendrán que aprender a apreciarse, acudir a lo que les une y en definitiva construir una convivencia donde la vida del otro importe, no sólo porque uno depende de ella (*interdependencia a corta distancia*), sino también porque se le guarda un afecto. Sin afecto, en una sociedad basada en las relaciones plenamente humanas, la convivencia está abocada al fracaso.

En cuanto al segundo pilar, ¿cuántas veces se ha dicho que el conocimiento nos hará libres? En cambio, lo que prefiere omitirse es que, para que realmente el conocimiento nos haga libres, este debe ser así mismo, creado, enseñado y fomentado en libertad. Grande es la importancia, para construir una sociedad verdaderamente libre, de un conocimiento no mercantilizado y artificialmente escaso, sino que es compartido sin impedimentos y construido colectivamente, en la senda que vienen marcando las iniciativas en red y las alternativas educacionales.

Debemos caer en la cuenta de lo indispensable que es, si queremos ser realmente libres, aprender, enseñar e informarnos continuamente, para saber cómo mejorar nuestras condiciones de vida y las de quienes nos rodean (que ahora dependen de nosotros), para alcanzar soluciones a los retos diarios que se nos presenten, y para adquirir y fomentar una postura crítica acerca de lo que acontece en el mundo. Tenemos que dejar de pensar que el conocimiento se adquiere en el colegio y más tarde en la universidad, delante de una pantalla o de un libro. El conocimiento en la nueva sociedad que perseguimos es algo que se busca cada día, con la convicción de que nos aporta una vida plena, y mayor bienestar para nosotros y para quienes nos rodean.

No sólo en pos de nuestra libertad, sino como elemento fundamental para fortalecer nuestra comunidad, el conocimiento adquiere en la sociedad del afecto yu el conocimiento aún mayor relevancia. En una vida colectiva en la que cada persona depende directamente del resto, el bienestar será mayor cuanto mayor sea el conocimiento que los integrantes de la comunidad puedan poner en práctica, beneficiando por ende al grupo. De esta manera tenemos un incentivo más para aprender cada día: ya no depende de ello sólo nuestro bienestar y nuestra autorrealización, sino que ahora también nos empuja a saber cada día más el hecho de poder contribuir con lo aprendido al bienestar de las personas con las que convivimos. Por todo ello, es fundamental que todos nos esforcemos en aprender de todo.

3

Éxodo rurbano (rural-urbano): no podemos seguir viviendo alejados de la naturaleza, necesitamos volver a las fuentes de sustento o traerlas de vuelta, para recobrar la salud y la libertad perdida. En estrecha convivencia con la naturaleza podremos ser dueños de nuestra dignidad fundamental, volviendo a hacer que dependan de nuestras manos la vivienda, el alimento y la ropa. También podremos gestionar y obtener nuestro agua, tratar nuestros residuos, producir nuestra energía. Para ello llevaremos el campo a la ciudad y la ciudad al campo, aprendiendo a integrar nuestras actividades humanas con el entorno natural, conservando su diversidad y permitiéndola crecer con la certeza de que su riqueza es la nuestra. Es hora de que la especie humana aprenda a hacer lo que el resto de especies siempre han sabido: vivir en un equilibrio de mutuo enriquecimiento con su entorno natural.

6

8

4

Intercambio indirecto: mientras que la actual sociedad del dinero se basa en intercambios directos, en los que nuestras actividades son medios para un fin que es el dinero, donde se trabaja o se paga por servicios y productos concretos, en la sociedad del afecto y el conocimiento propuesta los intercambios son fundamentalmente indirectos. En una sociedad basada en la *interdependencia a corta distancia*, es una certeza que el bienestar de cada individuo es consecuencia de la riqueza de su entorno humano y natural que él mismo ha ayudado a construir. De esta manera, el individuo vierte su conocimiento y el resultado de sus distintas actividades desarrolladas en espacios construidos colectivamente, como las Bolsas, medios de creación o pequeñas comunidades, sabiendo que su esfuerzo, tiempo, creatividad, energía… le será devuelto, pero de forma indefinida e indeterminada en el tiempo, en lo que llamamos un *intercambio indirecto*. Esto lo hace sin bondad ni altruismo, sino sabiendo que la riqueza creada por él mismo en su entorno influirá inevitablemente en su riqueza individual de una u otra manera, gracias a la interdependencia a corta distancia. Así, el trabajo o el conocimiento ya no son medios para conseguir un fin que es el dinero, si no que son fines en sí mismos, en los que lo que importa es su valor intrínseco, no aquello que supone en relación a un beneficio económico. De esta manera finalmente cada individuo podrá elegir unas u otras actividades, por un lado por lo que le aporte a nivel personal (realización, satisfacción…), y por otro lado por lo que le aporte en el intercambio indirecto con su entorno: no sabrá ni cómo ni cuando, pero tendrá la certeza de que le será devuelto, gracias a que su vida, como las del resto, es profundamente interdependiente con su entorno humano y natural. Es importante aclarar que los intercambios indirectos no son anónimos, ya que tanto los que comparten el resultado de su creatividad y

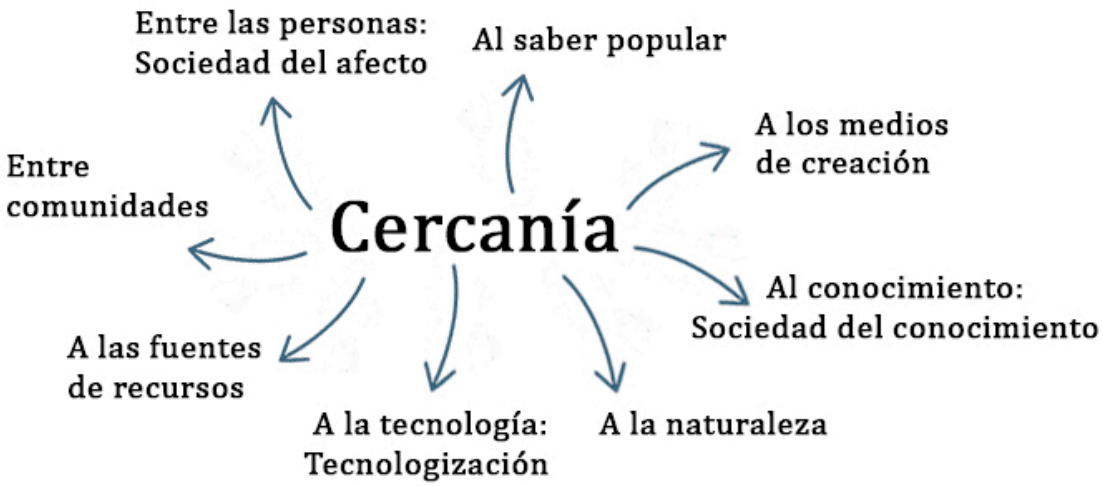
conocimiento, como los que lo disfrutan, se conocen, son intercambios plenamente humanos.

5 Interdependencia a corta distancia: fenómeno fundamental que vertebra la sociedad sin dinero. En contraposición con la sociedad actual, donde la lógica del dinero fomenta una interdependencia a larga distancia, en la que no vemos el alcance de nuestras decisiones diarias, se nos difumina el verdadero origen de la pobreza, la violencia, la contaminación..... y los rostros de los que ganan y los que pierden con ello se nos ocultan, en la sociedad propuesta el rechazo al uso del dinero fomenta una interdependencia a corta distancia. Los integrantes de las pequeñas naciones dependen fundamentalmente, para su propio bienestar, del bienestar del resto de individuos con los que conviven, de la convivencia que logren construir, de la riqueza creada en su entorno... En la sociedad del afecto el conocimiento no es posible tener derechos y estar rodeado de injusticia, tener riqueza y estar rodeado de pobreza, ya que el bienestar de cada persona es un reflejo del bienestar del entorno natural y humano que le rodea y que ha contribuido a crear. La *interdependencia a corta distancia* de una sociedad sin dinero, permite a cada individuo ver los rostros de las personas beneficiadas o perjudicadas por los resultados de sus actividades, algo imprescindible si perseguimos una sociedad verdaderamente humana.

7 Medios de creación: son los lugares que recogen la generosa creatividad primera de nuestra infancia, dormida con el dinero pero que volverá con renovadas fuerzas cuando renunciemos a este. Sin presupuestos, ni rentabilidad, ni beneficios, ni pérdidas, ni despidos… no habrá más requisito para construir y mantener hospitales, fábricas, talleres, colegios, institutos de investigación… que reunir las manos disponibles con la voluntad necesaria. Los participantes en estos medios de creación se preocuparán del impacto de su actividad en el entorno, ya que serán los mismos individuos que habiten en las comunidades aledañas. Su producción podrá adaptarse a las necesidades cambiantes del entorno, aumentando, sustituyendo o deteniendo su actividad. Del mismo modo su tamaño se adecuará a la cantidad de gente que beneficie, y por tanto a la cantidad de gente que participe en el mismo. Cómo se representa en el diagrama, habrá medios de creación de pequeñas dimensiones para las comunidades, otros más grandes en los puntos de intersección de dos o tres comunidades, y otros mucho más grandes entre un número mayor de comunidades. Además podrán ser heterogéneos, y albergar actividades más o menos afines entre sí, dando la oportunidad de que surjan sinergias hasta ahora desconocidas en ámbitos alejados entre sí. Además podrán ser heterogéneos, y albergar actividades más o menos afines entre sí, dando la oportunidad de que surjan sinergias hasta ahora desconocidas en ámbitos alejados entre sí. En definitiva sin empresas ni estados, las personas podremos finalmente decidir cómo queremos que los medios de creación sean.

9 Tecnologización: al igual que sería poco inteligente no aprovechar los avances tecnológicos, no tiene tampoco sentido abrazar este desarrollo ingenuamente, esperando que por sí solo sea la solución a nuestros problemas. La tecnologización persigue el reapropiamiento de la tecnología a través de su conocimiento. Significa ser realmente dueños de la misma y no al revés, que ella sea dueña de nosotros, recuperando la capacidad para modificarla, repararla, mejorarla y tratar los residuos derivados de la misma. La tecnologización es un proceso análogo a la alfabetización,

en el que se consiguen las herramientas y conceptos necesarios para aprender a controlar la tecnología que en cada caso las circunstancias necesiten. Así, esta deja de responder al beneficio económico, es nuestra y podemos utilizarla a favor del bienestar humano y natural.

10 Democracia horizontal y directa: es la que se da cuando quienes deciden qué hacer, son los mismos que lo llevan a cabo, los mismos que acatan lo decidido y los mismos que experimentan sus resultados. Además, gracias al pequeño tamaño de las comunidades, no es necesaria la existencia de representantes políticos. La democracia horizontal es por fin realmente democracia; un ejercicio diario, individual y colectivo de reflexión crítica, de toma de conciencia sobre nuestras debilidades y nuestras capacidades, de participación en la toma de decisiones y en el trabajo posterior para hacerlas realidad. La democracia horizontal no deja espacio a la pasividad: el que no quiere participar en la búsqueda de solución, se convierte parte del problema, y en un mundo donde el bienestar individual depende de la convivencia con los demás, el aislamiento deja de ser una opción. La democracia horizontal es, en definitiva, asumir toda la responsabilidad que conlleva una vida de la que somos dueños, una vida realmente libre y digna.

12 Bolsas de Capacidades y Necesidades. Bolsas de Recursos: las Bolsas, tanto en su versión real como virtual, son el mecanismo a través del cual conocimiento y materiales se intercambian entre comunidades de manera indirecta. A ellas llega lo producido en los medios de creación y lo creado en las pequeñas naciones aledañas, que no ha encontrado en los mismos a los individuos que se beneficien de ello. En su versión no digital, se emplazan en los puntos de intersección entre varias comunidades, recibiendo la riqueza de todas ellas. Los recursos materiales e intelectuales se mueven a través de esta red, donde comunidades, medios de creación, pequeñas naciones y Bolsas se entretejen. Este movimiento de recursos se produce a una velocidad mucho menor que la actual, pero al mismo tiempo, al recorrer menos distancia a menor velocidad, se produce mucho menor gasto de energía. Un menor ritmo de intercambio de los recursos en la sociedad sin dinero permitirá al planeta recuperarse del frenético consumo al que le hemos sometido.